



# ESFINGE

conocimiento • reflexión • diálogo

Revista digital n.º 162

Septiembre 2026

Esquilo: teatro misterico

*Prisas*

Duplicación del cubo en Egipto

Los hongos

*Carta a Marcela* de Porfirio

Karttikeya, guerrero del alma

*Fedón*, la Tierra en el espacio

Jainismo, visión occidental

Las heroínas de Puccini

Los números de Hemachandra

Aranis. el Fuego en los Vedas

Mujeres que escribieron los Vedas

Custer, murieron con las botas

puestas (I y II)

# SUMARIO

4 Esquilo: teatro misterioso



16 Prisas



19 Duplicación cubo y Egipto



21 Los hongos



25 Carta a Marcela, de Porfirio



Karttikeya



Fedón, la Tierra en el espacio



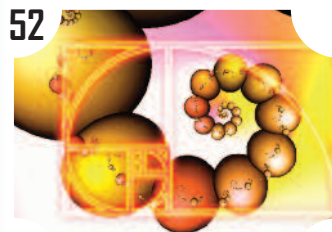
Jainismo



Heroínas de Puccini



Números de Hemachandra



Aranis, Fuego en los Vedas



Mujeres en los Vedas



Custer (I y II)



Revista digital n.º 162 Septiembre 2026

www.revistaesfinge.com

ISSN: 2952-4784

MESA DE REDACCIÓN:

M.<sup>a</sup> Dolores F.-Fígares, subdirectora

Fátima Gordillo, coordinadora

Miguel Ángel Padilla, mesa editorial

Juan Carlos del Río, webmaster

Gabriele Ruskenaitė, edición de contenidos

Esmeralda Merino, estilo y corrección

Lucia Prade, suscripciones y redes sociales

*Esfinge es una revista publicada por la EDITORIAL NA, impulsada por la Escuela de Filosofía de la Organización Internacional Nueva Acrópolis en España, para promover el conocimiento, la reflexión y el diálogo, como medios que proporcionen, en estos tiempos convulsos, herramientas válidas para el respeto y la convivencia de los seres humanos entre sí y con su entorno.*

*La opinión vertida por los autores de los artículos, no ha de ser estrictamente la misma de la mesa editorial.*





## Oriente y Occidente

Como cada mes, ofrecemos una interesante entrega de sugerencias, recuerdos y reflexiones, que ofrecemos a nuestros fieles lectores de Esfinge. En este caso, parece que nuestros colaboradores se han puesto de acuerdo para ofrecer una especie de danza cuyas alternaciones están organizadas y pensadas. Es más interesante conseguir una armonía casi por azar o casualidad, si bien sabemos que existe una cierta conexión que surge cuando nos animamos a seguir por el camino de la filosofía.

Esta conexión ha surgido muchas veces, de manera espontánea: las aportaciones de cada trabajo participan en un todo a partir de una interesante diversidad.

Esta vez nos encontramos con las relaciones entre las formas culturales de Oriente y Occidente a lo largo del tiempo y nos damos cuenta de que no son antagónicas; al contrario, son complementarias.

En todo caso, la humanidad lo ha logrado en algunas ocasiones, y esos son los momentos más bellos y felices que logró alcanzar.

**El Equipo de Esfinge**



## Invocación a Dionisos

*¡Oh Dionisos, el dos veces nacido. Tú, quien tienes por padre y madre al Rey de los Cielos, invoca al Coro de los tiempos para que canten las glorias y penurias de los hombres!*

*¡Tú, Señor que nos ofrendaste la realidad desposeída de espacio y tiempo! ¡Tú, que nos legaste el saber sin dolor en la propia piel! ¡A tus pies nos postramos rogando que inspires cordura a nuestro corazón y a nuestra mente!*

Esquilo

Nació Esquilo en Eleusis (525-456 a. C.) y fue iniciado en los antiguos Misterios de esta ciudad. Combatió en las batallas de Maratón, de Salamina y de Platea y, a semejanza de nuestro eterno Cervantes, sentía un gran orgullo de su actuación como soldado. Esquilo perteneció a la generación brillante que derrotó a los persas entre el 490 y el 480 a. C., tanto que en su epitafio, que el mismo escribió, quiso dejar testimonio de su valentía.

La versión que nos llega de su muerte en época romana es un tanto enigmática. Se dice que un águila, que había atrapado a una pesada tortuga, la dejó caer sobre su cabeza creyendo que era una piedra. Pero puede que este relato tenga connotaciones simbólicas y haga mención velada a la transgresión del voto de silencio en relación con los Misterios de Eleusis.

A su genialidad debemos el legado de la única trilogía que nos ha llegado del teatro de la Antigüedad, la *Orestíada*.

## **La Orestíada; el pacto y la sangre**

La *Orestíada* está formada por tres tragedias: *Agamenón*, *Las coéforas* y *Las euménides*, y la gran celebridad del genial Esquilo se debe en parte a que es a él a quien pertenece la única trilogía que ha llegado hasta nuestros días completa. La tetralogía a la que pertenecía tenía también una comedia que era la que se representaba al final y ayudaba al auditorio a volver a la realidad más prosaica, tras el inmenso impacto que significaba para el espectador participar en estas obras. Por desgracia, no ha permitido el destino que esta comedia se conservase.

La representación de estas tetralogías tenía una duración de doce horas. Normalmente, la obra comenzaba al amanecer y terminaba al atardecer, de sol a sol. Y, como metáfora del amanecer de la vida al atardecer, el espectador vivía realmente una vida al contemplar el espectáculo. Al ponerse el sol, terminaba la trilogía con una comedia de carácter ligero que hacía de intervalo entre el espectáculo impactante que había impresionado el alma de los participantes y las nuevas experiencias cotidianas a las que los ciudadanos tenían que volver.

La intención del teatro misterico era pedagógica. No se iba al teatro a entretenerse sino a purificarse, a atisbar desde el ojo de la cerradura cuáles eran las motivaciones de los dioses; a comprender cómo se encadenan las causas y los efectos de lo que nosotros llamamos vida; a tener una experiencia real de las implicaciones que tiene el comportamiento de los hombres y de cómo afecta este a todo el mundo que le rodea. El teatro era el lugar de una ceremonia donde se producía la famosa catarsis, que, en griego, significa ‘purificación’.

El espectador era un participante activo de esa representación y se veía profundamente afectado por aquello que estaba contemplando. No solo impresionado sentimentalmente, sino que afectaba su mente y su mismo espíritu. El teatro se convertía en experiencia destilada para el espectador.

Nos conmueve profundamente imaginar cómo sería esa Grecia del siglo V a. C., donde se hacían representaciones a las que acudían todos los ciudadanos. Nos sobrecoge pensar que tuvieran tal conocimiento acerca de la psicología humana y que fueran capaces de impactar en la experiencia colectiva.

Pero asomémonos por un momento a la única trilogía que nos ha llegado del teatro clásico, de la mano del gran Esquilo.

### **Tres tragedias:**

#### ***Agamenón, Las coéforas y Las euménides***

No es Agamenón el gran héroe de la guerra de Troya, si se considera la presencia magnífica de Aquiles entre los griegos o de Héctor entre los troyanos.

Pero como Agamenón es el jefe de las huestes de los griegos, es protagonista del *Nóstos*, el género de la literatura griega antigua que centra su trama en el regreso de los héroes griegos por mar a sus tierras patrias después de la destrucción de Troya.

*Agamenón* es el planteamiento del nudo dramático que tendrá su intensidad máxima en la segunda tragedia, *Las coéforas*, y el desenlace en *Las euménides*.

La segunda de las tragedias se titula *Las coéforas*, que significa ‘plañideras’, *fero* en griego es ‘llevar’ y *Coe* es el tributo que se ofrenda a las tumbas, las libaciones, los llantos.

La tercera parte de la tragedia se titula *Las euménides*; su nombre significa ‘apacibles, bien dispuestas’ y se está refiriendo a las furias, las erinias, quienes, en la mitología griega, son personificaciones femeninas de la venganza, que perseguían a los culpables de ciertos crímenes. El uso de esta antífrasis, al referirse a las vengadoras como las apacibles, nos muestra la bella mentalidad antigua, que se refería a las fuerzas desfavorables de la naturaleza dirigiéndose a ellas con un lenguaje amable, rogando así su clemencia.

Podemos observar este mismo fenómeno al llamar océano *Pacífico* al más proceloso de los mares, o al referirnos al Ponto Eusino (‘mar hospitalario’) a esa parte del mar Mediterráneo ya en Oriente conocida por su inclemencia.

### ***Agamenón (I parte)***

Se nos muestra en la obra a los héroes griegos volviendo a casa tras la conquista de Troya. Sin embargo, vamos a tener noticia de que en esta conquista se ha incurrido en una *hybris*, un exceso, un pecado, una ruptura del orden moral grave que va a acarrear lógicas consecuencias.

Agamenón vuelve a casa con parte de su botín, la hija del rey Príamo, Casandra, quien posee el don de la profecía y va a ser consciente en todo momento de la tragedia que se cierne sobre el rey y sobre ella misma. Casandra, una princesa, una mujer consagrada, debe plegarse a la voluntad del conquistador. Su don profético solo intensificará la magnitud del drama. Todo lo sabe y nada puede hacer por evitarlo, ya que la sacerdotisa



del dios Apolo carga con la maldición de que nadie crea sus certeras predicciones. Su cautiverio y la destrucción de Troya han sido anunciados por su boca, clamando el peligro del caballo de Troya sin que nadie atendiera sus súplicas.

Hay diálogos de un gran ingenio en la obra, en los que Casandra vaticina, pero quienes están a su alrededor no comprenden sus palabras o se burlan de ella.

Casandra sabe que, dentro del palacio, Clitemnestra, la esposa de Agamenón, y Egisto, su amante, esperan al rey en palacio para asesinarle a hachazos. Ella, rehén del rey, será asesinada a continuación.

La figura de Casandra es majestuosa. Ella siente en este terrible momento más piedad por la futilidad de los hombres que por su inminente asesinato: «¡Ay de las empresas de los hombres mortales! Cuando van bien, se pueden comparar a una sombra; y, si van mal, con aplicar una esponja mojada se borra el dibujo. Esto, mucho más que aquello, me inspira compasión».

Nos advierte Casandra: los grandes reyes, los palacios, aquello que parece mover los designios de los hombres solo es una sombra que ven los demás, el resto menos que nada. Solo permanece la justicia del universo restableciendo la armonía, lo demás es solo polvo que se llevará el viento.

## **Los hilos del destino: los pactos de la sangre**

Podemos imaginarnos a los espectadores sentados en esos bellos anfiteatros que los griegos construían en parajes naturales logrando una sonoridad excelente, situados a menudo al lado de grietas en la tierra que procuraban efectos especiales que envidiarían hoy en día nuestros cineastas por el ingenio que demuestran.

Pero la catarsis como purificación comenzaba cuando el argumento de la obra teatral hacía comprender al espectador los hilos que habían motivado las actuaciones de los agonistas (los actores). La palabra *protagonista* procede del término griego que significa ‘luchador’, es decir, los personajes luchaban contra el destino (como el que agoniza lucha con la muerte), con una corriente que a menudo habían puesto en marcha sus antecesores y que se mostraba en su comportamiento como pulsiones de un actuar que parecían no poder evitar.

El espectador adquiriría la experiencia vivida de que nuestras faltas tienen consecuencia en nuestros hijos y en los hijos de nuestros hijos, en nuestros conciudadanos, en las casas que habitamos, en la naturaleza que nos rodea. La naturaleza del hombre es social en su esencia y no existe la posibilidad de pecar a escondidas, ni de que nuestras acciones nos atañan solo a nosotros.

Una magnífica lección que, como consecuencia, ampliaba el marco de conciencia y de responsabilidad de los espectadores. Y no solo eso: cuanto mayor era el rango de la persona que cometía la falta, las consecuencias, las redes que quedaban contaminadas por su acción, eran mucho mayores.

Como el ser humano se asoma a los mismos paisajes mentales, vemos esta idea del dolor que atraviesa el tiempo y los espacios en un hermoso fragmento de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez:

«Tan pronto como José Arcadio cerró la puerta del dormitorio, el estampido de un pistoletazo retumbó en la casa. Un hilo de sangre salió por debajo de la puerta, atravesó la sala, salió a la calle, siguió en un curso directo por los andenes disparejos, descendió escalinatas y subió pretilles, pasó de largo por la Calle de los Turcos, dobló una esquina a la derecha y otra a la izquierda, volteó en ángulo recto frente a la casa de los Buendía, pasó por debajo de la puerta cerrada, atravesó la sala de visitas pegado a las paredes para no manchar los tapices, siguió por la otra sala, eludió en una curva amplia la mesa del comedor, avanzó por el corredor de las begonias y pasó sin ser visto por debajo de la silla de Amaranta, que daba una lección de aritmética a Aureliano José, y se metió por el granero, y apareció en la cocina donde Úrsula se disponía a partir treinta y seis huevos para el pan.  
—¡Ave María Purísima! —gritó Úrsula».

Naturalmente, el comprender la motivación de la acción de los protagonistas no justificaba sus comportamientos excesivos, pero sí hacía consciente al espectador del afluente lejano que había puesto en funcionamiento el correr de las aguas, que con el tiempo se podía transformar en un torrente terrible, y de la misma forma, les advertía acerca de cómo los pensamientos, los sentimientos, los rencores, las deudas que el ser humano contraía siempre eran saldadas por el destino.

## **El odio de Egisto y Clitemnestra**

Pero ¿por qué Egisto y Clitemnestra odian al rey Agamenón y desean asesinarle?

Vamos a conocer que Egisto y Agamenón son primos hermanos. Atreo es el padre de Agamenón y Tiestes, el padre de Egisto.

Atreo y Tiestes, incitados por su madre, habían asesinado a un hermano que tenían solo de padre para impedir sus posibilidades de acceso a la sucesión del trono.

Huyen y son acogidos por el soberano de Micenas, quien decide que los hermanos le sucedan en el trono turnándose anualmente en el gobierno. Estalla la guerra entre los hermanos, que no quieren respetar este pacto de alternancia, y además, Atreo descubre que su hermano es el amante de su esposa. El hermano traicionado decide no decir nada pero secuestra a los hijos varones de Tiestes, los mata y se los sirve a su hermano en un banquete, quien inconscientemente devora a sus propios hijos.

Al quedar sin descendencia, Tiestes consulta al oráculo, que le vaticina que la única manera de tener otro hijo es cometiendo incesto con su propia hija.

Egisto es el producto de esta abominación y, así, el espectador comprende cómo el odio, el horror y el deseo de venganza corre por las venas de Egisto. La culpa de Atreo, el *hybris*, el infame asesinato de los pobres infantes cometido por él, llega como una secuela hasta Agamenón y este terrible augurio dictado en su sangre se suma a su propia *hybris* por el incesto cometido por su padre yaciendo con su hija, por los excesos cometidos en la guerra de Troya y por la humillación cometida contra la princesa troyana, la sacerdotisa Casandra.

Por su lado, también tiene Clitemnestra motivos para odiar a su esposo Agamenón, ya que cuando el jefe de los griegos salía hacia Troya y el viento amainado impedía a sus naves realizar la expedición, conminó al cielo a favorecerle con vientos propicios e hizo juramento de sacrificar a su propia hija Ifigenia (en algunas versiones se sacrifica



efectivamente a Ifigenia, y en otras, Artemisa, apiadada, substituyó en el sacrificio a la joven por una cervatilla).

Artemisa había requerido también este sacrificio por una culpa contraída por Agamenón, quien había matado a una cierva en una arboleda sagrada y se había jactado de ser el mejor cazador.

Es decir, al espectador le quedaba absolutamente claro que todos acaban pagando lo que deben; que la armonía que rompemos los seres humanos con el exceso de nuestros actos tiene que ser restablecida mediante la actuación de la justicia.

La primera tragedia termina con el asesinato de Agamenón y de Casandra y con la toma ilícita del poder por parte de Clitemnestra y de Egisto, lo que anunciaba grandes desastres, porque las manos manchadas de sangre del gobernante harían derramar esta sangre de un modo invisible en todos los ciudadanos. Es decir, nos enseñaban que el gobernante estaba indisolublemente unido a los gobernados y, así, las faltas del gobernante caían sobre el pueblo, al ser juntos una unidad de destino.

### ***Las coéforas (II parte)***

Es Orestes el protagonista de *Las coéforas*, el punto culmen de la trilogía. Orestes es el hijo de Agamenón y Clitemnestra y hermano de Electra. En escena aparece la tumba de Agamenón, y Electra, poseída por el ansia de venganza, se ve impelida por un impulso que domina todo su ser a vengar la muerte terrible de su padre en manos de su madre.

Aparece Orestes, quien había sido enviado fuera para educarse e ignora las circunstancias terribles bajo las que ha muerto su padre. Rinde honores ante la tumba

de su padre y deja como ofrenda un rizo de su cabello. Tras esto, se esconde al ver llegar a las plañideras.

Al frente de las coéforas, aparece Electra, cuyo deseo de venganza se ve enardecido porque su padre se le aparece en sueños reclamando el resarcimiento. Ella hace votos ante la tumba para que el hado traiga de regreso a su hermano Orestes para que pueda vengar el crimen cometido.

Orestes sale de su escondite y aparece ante Electra, pero han pasado diez años desde que Orestes se fue y, por lo tanto, los hermanos no se conocen. Sin embargo, una vez que están frente a frente se produce la anagnórisis, el reconocimiento, un recurso narrativo que consistía en el descubrimiento por parte de un personaje de la identidad de un ser querido o de otro personaje, oculta para él hasta el momento y que tiene fuertes implicaciones filosóficas.

La anagnórisis era el momento en el que alguien descubría la verdadera identidad del ser humano que tenía delante o la suya propia. Es el reconocimiento.

Es decir, en ese momento algo de la esencia de ese personaje se le revela y, al reconocer la condición oculta, que como una potencia ese personaje tenía en su interior, se desplegaba un poder. Los personajes creen ser una cosa, pero el destino les enfrenta con pruebas que despiertan su identidad real, su verdadero ser.

El momento del reconocimiento era de un gran patetismo, y el espectador se sentía a su vez impelido a descubrir la identidad oculta que también latía en su interior.

Los personajes murmuraban al ser interno del espectador: «Creéis ser unos, pero en realidad sois otros».

La escena del reconocimiento en *Las coéforas* es de una gran belleza:



ORESTES.- Pide a los dioses que tan felizmente acojan tus demás votos como estos.

ELECTRA.- Pues ¿qué he obtenido de la voluntad de los dioses?

ORESTES.- Viendo estás a los que tanto tiempo ansiaste.

ELECTRA.- Pues ¿sabes tú quién es el mortal que deseo?

ORESTES.- Sé que esperas a Orestes con ardor.

ELECTRA.- ¿Y en qué se han cumplido mis anhelos?

ORESTES.- Orestes soy: no busques amigo mejor.

ELECTRA.- ¡Oh, extranjero! ¿Es que quieres tenderme un lazo?

ORESTES.- Contra mí mismo en tal caso lo tendería.

ELECTRA.- Quieres, tal vez, burlarte de mis penas.

ORESTES.- De las mías burlárame entonces.

ELECTRA.- ¡Así pues, eres Orestes! ¡Con Orestes estoy hablando!

[Sabe Orestes que debe reparar el crimen de su padre, pero también es consciente de que si comete ese crimen contra natura se verá perseguido por las erinias, por las furias vengadoras que ya no le permitirán vivir en paz].

ORESTES.- No; ciertamente, el todopoderoso oráculo de Loxias no me hará traición, él, que me ha mandado afrontar este riesgo, incitándome a ello en voz alta, y amenazándome, hasta helar mi corazón ardiente, con terribles desdichas si no vengaba la muerte de mi padre en sus asesinos, matándolos como mataron, y los castigaba por haberme arrebatado mis bienes. Dijo que entonces sufriría y me agobiarian males horribles. Anunció que a los mortales les abrumarían cuantas calamidades hay que pagar a las Erinnis irritadas, y que, por mi parte, me vería presa del mal que roería mis carnes, devoraría con sus dientes feroces mi naturaleza primera, me volvería decrepito y me blanquearía el cabello. Y profetizaba otros asaltos de las Erinnis, por la sangre de mi padre, y que él flecharía su mirar flamígero desde el fondo de las tinieblas; porque el dardo sombrío que lanzan los muertos, cuando los padres han sido presa del crimen, y la rabia y los terrores nocturnos agitan, turban y arrojan al miserable de la ciudad con látigo de hierro. No le es lícito al hombre mancillado participar de la crátera y de las libaciones vertidas. Rechazado se ve de los altares por la oculta ira de su padre; nadie le acoge; todos le desprecian, y muere, mucho después, sin amigos y consumido por un destino lamentable y horrendo. Ciertamente, hay que dar fe a tales oráculos. Aun sin creer en ellos, cumpliera yo mi propósito.

Decidido a afrontar su destino, asesina a su madre Clitemnestra y a su amante Egisto.

### ***Las euménides (III parte)***

Es esta obra el desenlace de la trilogía. Comienza con una escena impactante, ya que Orestes se encuentra perseguido por las erinias, las furias que le castigan por haber cometido un crimen que atenta contra la naturaleza, asesinar a la propia madre.

Sabe bien Orestes la magnitud de su culpa y acude a la pitonisa para consultar al oráculo de Delfos si puede eludir de alguna forma el castigo que sabe que merece.

En el templo de Apolo, en Delfos, se situaba la pitia frente a una piedra de mármol que representaba el ombligo del mundo, el lugar en el que el cielo se comunicaba con la tierra y, por lo tanto, era posible la profecía.

En el prólogo, la sibila se horroriza al observar cómo Orestes es perseguido por criaturas terribles. La descripción de las erinias es escalofriante:

«Entro en el santuario ornado de coronas, veo a un hombre sacrílego sentado en el ombligo del mundo, a un suplicante, con las manos manchadas de sangre, con una espada desenvainada y un ramo de olivo de las montañas envuelto en tiras de lana blanca. Todo claramente me lo explico. Ante ese hombre duerme un espantoso cortejo de mujeres sentadas en tronos. No diré que son mujeres, sino, más bien, gorgonas. Ni siquiera con las gorgonas he de compararlas. Una vez las he visto, pintadas, arrebatarse la comida de Fineo. Pero estas mujeres no tienen alas, son negras y horribles. Roncan con resoplido feroz, y sus ojos vierten lágrimas horribles, y sus vestiduras son tales que nadie llevará otras semejantes ante las efigies de los dioses o bajo el techo de los hombres. ¡Nunca vi raza semejante! Jamás tierra alguna pudo vanagloriarse de criar hijos tales sin merecer lamentables calamidades...».

Aumenta el patetismo de la escena cuando aparece el espíritu de la madre asesinada incitando a las erinias a que castiguen al matricida:

EL ESPECTRO DE CLITEMNESTRA (a las Erinnis que duermen).- ¿Dormís? ¡Ea! ¿Para qué dormir? Olvidada por vosotros, sola entre todos los muertos, yo, que maté, voy errante por entre las sombras, detestada y cubierta de oprobio. Os lo digo, atormentada estoy por mi crimen, y yo, que tantos males espantosos he padecido por parte de los que me eran muy caros, no tengo dios que se irrite y me defienda, aunque manos impías y parricidas me hayan degollado. ¡Mira estas llagas, míralas en espíritu! Oíd lo que os dice mi alma. ¡Despertad, diosas subterráneas! ¡Soy yo, es el espectro de Clitemnestra quien os llama!...

Orestes, desesperado por la persecución de las erinias, se refugia en el templo de Atenea y, abrazado a la estatua, le suplica el final de su castigo.

Orestes debe ser juzgado y los dioses determinarán qué sentencia merece.

A continuación, aparece en la obra de Esquilo un proceso judicial que, como veremos, es el antecedente de las formas que hoy día se siguen en nuestros tribunales actuales.

El jurado lo dirige Atenea, quien comienza el proceso y le da la palabra al coro, que tiene el papel del letrado de la acusación que interrogará al procesado:

ATENEA.- A vosotras os cumple hablar primero. Doy comienzo a la causa. El acusador ha de comenzar y exponer el asunto.

CORO DE LAS EUMÉNIDES.- Muchas somos, en verdad, pero hablaremos brevemente. Respóndenos tú, palabra por palabra. Dinos, ante todo: ¿has dado muerte a tu madre?

ORESTES.- La maté, no lo niego.

CORO DE LAS EUMÉNIDES.- En esta lucha, mírate ya caído una vez por cada tres.

ORESTES.- Antes de haberme derribado alardeas.

CORO DE LAS EUMÉNIDES.- Sigue contestando. ¿Cómo la mataste?

ORESTES.- Contesto: con mi mano le hundí esta espada en la garganta.

CORO DE LAS EUMÉNIDES.- ¿Quién te impulsó y aconsejó?

ORESTES.- Los oráculos de este dios. Él aquí lo atestigua.

CORO DE LAS EUMÉNIDES.- ¿El Adivino te impulsó a matar a tu madre?

ORESTES.- Hasta aquí no me arrepiento de ello.

CORO DE LAS EUMÉNIDES.- Cuando se te condene, de otro modo hablarás.

ORESTES.- Tengo mis esperanzas. Mi padre me ayudará desde el fondo de la tumba.

CORO DE LAS EUMÉNIDES.- ¡En muertos fías, tú que mataste a tu madre!

ORESTES.- Manchada estaba por dos crímenes.



CORO DE LAS EUMÉNIDES.- ¿Cómo? Díselo a tus jueces.

ORESTES.- Dio muerte a su marido y dio muerte a mi padre.

CORO DE LAS EUMÉNIDES.- Vives, y ella, muriendo, expió su crimen.

ORESTES.- Pero ¿cuando vivía la perseguisteis?

CORO DE LAS EUMÉNIDES.- No era de la sangre del hombre que mató.

ORESTES.- ¿Y yo era de la sangre de mi madre?

CORO DE LAS EUMÉNIDES.- ¡Cómo! ¿No te llevó bajo su cinto, matador de tu madre?

¿Renegarás de la sangre carísima de tu madre?

ORESTES.- ¡Sé testigo, Apolo! ¿No la maté legítimamente? Porque no niego que la maté.

¿Piensas que su sangre fue legítimamente derramada? Habla, para que se lo diga a estos».

Orestes arguye en su declaración que ha sido incitado al matricidio por el dios Apolo, quien comparece en el juicio y ratifica su declaración cargando contra las furias que persiguen a Orestes:

APOLO.- ¡He de hablaros, Jueces venerables instituidos por Atenea! Soy el Adivino, y no he de engañar. Nunca en mi trono fatídico dije de hombre, de mujer o de ciudad nada que Zeus, padre de los Olímpicos, no me haya mandado decir. Acordaos de tener mis palabras en lo que valen y de obedecer a la voluntad de mi padre. No hay juramento que sea superior a Zeus.

CORO DE LAS EUMÉNIDES.- ¿Zeus, por lo que dices, te había dictado el oráculo con el que mandaste a Orestes que vengase la muerte de su padre, sin respeto a su madre?

APOLO.- No da lo mismo ver a una mujer degollar a un valiente honrado con el cetro, don de Zeus, y a quien no han traspasado las flechas lanzadas desde lejos, como las de las Amazonas. ¡Escúchame, Palas! Escuchadme también vosotros, que venís a juzgar en esta causa. ¡Al volver de la guerra, de donde traía numerosos despojos, ella le recibió con palabras lisonjeras, y en el momento en que, habiéndose lavado, iba a salir del baño, le envolvió en



amplio velo y le hirió, teniéndole inextricablemente impedido! Tal ha sido la suerte fatal de aquel hombre venerabilísimo, del Jefe de las naves. Digo que tal ha sido, para que la mente de los que juzgan en esta causa sienta la mordedura.

CORO DE LAS EUMÉNIDES.- A Zeus, según tus palabras, más le irrita el asesinato de un padre que el de una madre. Pero él mismo cargó de cadenas a su anciano padre Cronos. ¿Por qué no añadiste esto a lo que has dicho? Vosotros, ya le oísteis; por testigos os tomo.

APOLO.- ¡Oh, alimañas, las más abominables de todas, aborrecidas por los dioses! Pueden romperse cadenas; remedio hay para ello y medios innumerables para libertarse de ellas; pero cuando el polvo ha absorbido la sangre de un hombre muerto, ya no puede volverse a levantar. No ha enseñado mi padre encantamientos que lo consigan, él, que, por encima y por debajo de la tierra, manda y lo pone todo en movimiento, y cuyas fuerzas son siempre iguales.

CORO DE LAS EUMÉNIDES.- Pero ¿cómo has de defender la inocencia de este hombre? ¡Mira! Después de haber vertido la sangre de su madre, su sangre propia, ¿podrá vivir en Argos en la casa de su padre? ¿En qué altares públicos sacrificará? ¿Qué fraternidad le dará lugar en sus libaciones?

APOLO.- Esto diré, mira si hablo bien. No es la madre quien engendra al que se llama hijo suyo; no es ella sino la nodriza del germen reciente. El que obra es el que engendra. Recibe la madre el germen, y lo conserva, si place a los dioses. He aquí la prueba de mis palabras: puede haber padre sin madre. La hija de Zeus Olímpico me sirve aquí de testimonio. No se ha nutrido en las tinieblas de la matriz, porque diosa ninguna hubiera podido producir tal hija...

Termina el proceso dictaminando Atenea sentencia en favor de Orestes, ya que el argumento que dicta Apolo es definitivo. Hay un designio superior a los propios dioses que ha obligado a Orestes a vengar de esta manera el crimen de su madre y esto está por encima de los dioses olímpicos.

Así concluye la trilogía del genial Esquilo.

## Conclusión

Hemos querido asomarnos con estas líneas a la obra dramática de Esquilo en el contexto del teatro misterioso y del mundo de la Antigüedad, que mostraba un conocimiento excelso acerca de la psicología humana, y que era capaz de impactar en la conciencia colectiva de un pueblo, instruyéndole acerca de las leyes de la naturaleza que rigen el destino de los hombres y cómo al actuar en contra de esta armonía se rompía un equilibrio que la ley exigía fuese restablecido.

Tal manifestación del arte, que impactaba el alma del espectador mediante una belleza sublime de las formas, ha generado una herencia que ha llegado hasta nuestros días, siendo el teatro griego no solo la cuna del teatro occidental, sino una de las cimas más altas que ha alcanzado el espíritu humano. Sean los griegos honrados por ello.

## Bibliografía

Norwood, Gilbert. *Greek Comedy*. Taylor and Francis Group, 2022.

Livraga, Jorge Á. *El teatro misterioso en Grecia I. La tragedia*. Ed. Nueva Acrópolis, 1987.

Esquilo. *Tragedias*. Ed Gredos. Madrid, 1986.

Al hilo del tiempo. Ernesto de la Peña. 5 de abril de 2018. (Archivo de Vídeo). YouTube. Agamenón. <https://www.youtube.com/watch?v=CnDZTt2LYQM>





Anxela Baltar y Violeta Mosquera son las componentes del dúo Bala. Es una apuesta original y arriesgada. Ha habido otros dúos; recuerdo especialmente a las geniales Vainica Doble con su folk-pop o pop psicodélico. Pero aquí estamos hablando de otra cosa: con solo una guitarra y una batería, desgarran un *punk rock* potente. Es innegable su influencia *stoner* y *grunge* (algunos momentos recuerdan a lo mejor de Nirvana). Pero también encontramos influencias de Sex Pistols, Queens of Stone Age e incluso de dinosaurios como Black Sabbath y Led Zeppelin. Como curiosidad, en sus actuaciones aparecen con Dino, un peluche con forma de dinosaurio que, según ellas (entre risas), les hace parecer más dulces. Aunque de dulzura hay poco, su sonido es crudo, ideal para las actuaciones en vivo.

Sus letras son tremendamente reivindicativas; como dice Ánxela intentan destacar «la importancia de “levantarnos del sofá y liarla”; siempre es buen momento de luchar por lo que consideramos justo».

*Prisas* es una crítica a la sociedad occidental moderna, al culto a la inmediatez, es la sensación constante de no poder parar: vivir en un estrés constante. Y surge la pregunta: ¿es necesario ir tan rápido? El ritmo de la canción (batería agresiva y riffs de guitarra muy pesados) ayuda a recordar las sensaciones un tanto asfixiantes de nuestro día a día:

*Tengo dentro un volcán  
que no me deja ni hablar.  
Se me duermen los pies  
y mis manos ya no están.  
¿Dónde estoy? Sal de aquí,  
dime dónde encontrar*

*¿Dónde estoy? Sal de aquí,  
dime dónde encontrar  
un portal que me lleve a otro lugar  
y esa voz que frene  
esta puerta giratoria estropeada  
y diga: ¿qué prisas son esas?*

Y sobre todo, ¿qué estamos sacrificando por ello? Producir y consumir a toda velocidad nos hace perder de vista los objetivos, perdemos profundidad, no llegamos a la esencia de las cosas. Y no debemos acostumbrarnos a que eso es algo normal que no tiene solución:

*Te dirán que es normal,  
que es la vida y nada más,  
que espabiles y sepas  
que nada va a cambiar,*

*que la cura no es más  
que una droga legal  
que te duerme y hace  
que sonrías mucho sin pensar.*

Son varios los filósofos que ya, en otros momentos de la historia, coincidieron en las consecuencias que trae una vida descontrolada. Los estoicos explican que el estrés surge cuando intentamos controlar lo externo, lo que no depende de nosotros. Si nos centramos en resolver lo que sí depende de nosotros, el estrés no desaparece, pero se puede dominar. Lo que nos perturba no son las cosas, sino la interpretación que hacemos de ellas. Por ello Séneca nos recuerda aceptar el destino, pero no de una manera derrotista. Se trataría de vivir correctamente el presente para transformar el futuro.

En el siglo XVII, Blaise Pascal ya hablaba de situaciones agobiantes en el ser humano. Aún estábamos lejos de las redes sociales y de vivir para el trabajo, pero ya reflejaba que el ser humano huye de sí mismo a través del ruido y la actividad constante. «Todas las desgracias del hombre derivan de no saber reposar tranquilamente en una habitación». Es decir, que tenemos miedo al silencio, sobre todo al silencio interno. Deberíamos aprender a reflexionar, a estar a solas con nosotros mismos.

Por su parte, Epicuro nos habla de lograr la *ataraxia*; es el máximo placer, que consiste en la tranquilidad del alma. Frecuentemente mal comprendido, se le achaca una búsqueda desenfadada de excesos y placeres. El exceso de comodidad y de placer sería, según Epicuro, la causa de nuestras desgracias. Hay cosas que no son necesarias para el ser humano, como la fama, el poder y el exceso de riquezas.

Según dicen, era muy querido por sus discípulos, entre otras cosas por su alto grado de moralidad y una virtud hoy en día un tanto ausente en la mayoría de la sociedad, que es honrar las verdades con la práctica.

Aunque se le acusa por parte de sus detractores de ser amante de los placeres, cuentan que llevaba una vida bastante frugal. La finalidad de la filosofía, según su escuela, era proporcionar la felicidad al ser humano, liberándolo de deseos y de opiniones irrazonables.

Para ello, proponía cuatro remedios:

- No hay que temer a los dioses.
- No hay que temer a la muerte; cuando nosotros existimos, la muerte no existe, y cuando la muerte existe, no existimos nosotros.
- Es fácil lograr el placer
- El dolor no dura siempre.

El concepto de felicidad es la ataraxia, es el placer estático. Es no sufrir ni vivir agitado. Para Epicuro, destruyendo el dolor llegamos al placer. No se trata de abandonarse a los placeres, sino medirlos con prudencia. Precisamente, alaba la virtud de la prudencia y, en general, cualquier virtud como medio de llegar a la felicidad.

Estas enseñanzas de Epicuro nos deberían hacer reflexionar: hay que saber elegir lo que necesitamos y lo que no necesitamos tanto. Hay algunas necesidades que son básicas para llevar una vida digna y de las cuales no podemos escapar. Sin embargo, hay otras necesidades que son un tanto artificiales. Debemos huir de aquello que nos produce dolor, aunque por momentos nos pueda producir placer. Hay placeres efímeros e innecesarios, y otros más duraderos que nos conducen a la eliminación del dolor.

Por último, dentro del taoísmo encontramos el concepto de Wu Wei. También mal comprendido, porque se entiende como no hacer nada. En realidad, Lao Tsé en el *Tao Te King* explica que es «acción sin esfuerzo». Para explicarlo, utiliza el agua como metáfora. Debemos fluir como el agua; ante una roca, el agua no se estresa; la rodea y la va desgastando poco a poco sin aparente esfuerzo. Por ello no debemos forzar las situaciones. El estrés surge cuando intentamos forzar situaciones a las que no les ha llegado el momento. No hay que oponerse al fluir natural de la vida, debemos caminar con él. Si vivimos dentro de un orden natural (Tao), conservaremos nuestra energía vital (Chi).

Tanto Epicuro como Lao Tsé coinciden en que la ansiedad deviene por la búsqueda de deseos artificiales y el miedo al futuro, es una resistencia al orden natural de las cosas. Tenemos estrés porque hay una diferencia entre lo que quieres y lo que realmente necesitas para vivir con dignidad.

Hay que saber elegir y, sobre todo, tener valor para elegir.



# La duplicación del cubo y los 42 jueces de la confesión negativa en EGIPTO



*José Carlos Fernández*

En el problema 212 del tratado hindú de matemática Lilavati, escrito por Bhaskara en torno al 1150 d. C. se dice:

«También puedes obtener el volumen de la esfera si al diámetro del cubo le calculas su mitad y sumas  $1/21$  de esa misma cantidad».

Esto se basa en que una buena aproximación de pi (*trita* en sánscrito) es, como él mismo enseña antes (y Arquímedes también 1300 años antes que él), la fracción  $22/7$ , con un valor de 3.1428.

Veamos.

Esto es simbólicamente de gran interés, el desarrollo mismo y la aparición del número 42, un número clave, por ejemplo, en la religión egipcia.

42 son los jueces en la Confesión Negativa del Difunto en la obra llamada *Libro de los Muertos*, aunque su título original es *Salida del alma a la luz del día*. Representan, como dioses, la encarnación de las leyes de la Justicia (Maat, el ideal eterno, el Orden-Verdad-Justicia).

Una interpretación de ese número es que, de las 49 Leyes del Cosmos (los 49 Fuegos de Ptah o de Agni en la India), los 7 más elevados conforman la unidad ideal misma, o sea, Osiris. Así tendríamos Osiris y los 42 Jueces.

Estos 42 Jueces son el equivalente a los músicos en algunas portadas de catedrales románicas, con su modelo más perfecto en la de Santiago de Compostela. Dan la música ideal que conforma el ideal de la realidad y la naturaleza misma. Están por encima de las arquivoltas, que representan los diferentes cielos, de las que emana la música de las esferas. Aquello que no esté en concordancia con esa música genera un ruido, una

infracción contra la ley de armonía que, evidentemente, tiene consecuencias a posteriori sobre quien lo ha generado por ignorancia o egoísmo.

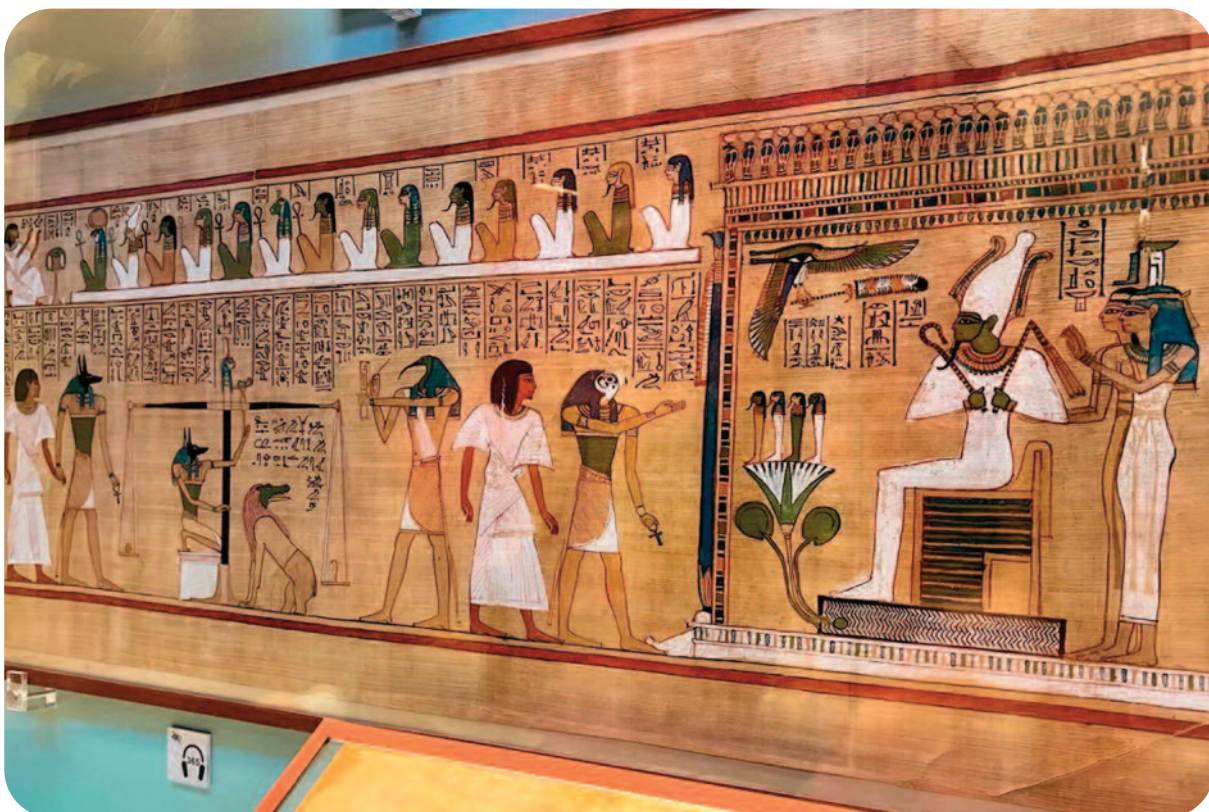
Los 42 Jueces están en relación, uno a uno, con las 42 Reglas de Maat, en el tribunal de la Doble Verdad (que quizás sea la «verdad de la intención» y la «verdad de la acción»)

Es fácil hacer una lectura filosófica y simbólica del proceso geométrico:

1. El Cubo de la Justicia Perfecta (que, al desenvolverse, extiende la constitución septenaria ideal de cuanto existe).
2. La Esfera inscrita en el mismo, que es el Alma del Mundo, como velo entre lo perfecto y su sombra material.
3. El Cubo-proyectado como Cubo-mitad de volumen del anterior, la existencia manifestada. Para poder convertirse en Esfera, medir el mismo volumen, le falta  $1/42$  del volumen del Cubo Perfecto. Así, ese  $1/42$ , en su analogía numérica, representaría lo que le falta para ser «osirificado», «divinizado» y es la concordancia perfecta con la Ley, la obediencia a cada una de esas Leyes que, como clavos, sujetan el alma de la perfección dinámica (esfera) a lo material.  $1/42$  del Cubo Perfecto (en que está inscrita la Esfera-Alma del Mundo) permite que el Cubo-Mitad se identifique con la Esfera-Alma del Mundo.

Se recomienda leer un artículo de esta misma revista, «El misterio de la duplicación del cubo».

Las verdades geométricas pueden ser verdades de la vida y de su desarrollo, como las aritméticas lo son de las ideas puras o del espíritu, según nos enseñó H. P. Blavatsky en su *Isis sin velo*.





Sobre el vasto tapiz de la naturaleza surge el reino de los hongos, soberano e insondable. Actualmente, la biología otorga a los hongos una estructura propia. Aun siendo vegetales, su esencia evolutiva los acerca misteriosamente al linaje de los animales.

Lo cierto es que hoy en día los hongos pertenecen al denominado reino Fungi, donde actúan cual guardianes silenciosos de un universo oculto. Y, aunque se conocen unas cien mil especies, se intuye la existencia de un número diez veces mayor. Misteriosos, aguardan en la penumbra para revelarnos verdades por descubrir.

Pero ¿qué es un hongo? La inmensa mayoría de gente nos los describirá como una especie de paraguas diminuto, un tronquito adornado con un pequeño sombrero, emergiendo en otoño como susurro de la tierra. Pero, bajo esta apariencia efímera, late y habita lo más poderoso y misterioso de este ser vivo: el micelio, la raíz viva, la red filamentosa que atraviesa el subsuelo tejiendo conexiones que trascienden lo visible.

El *esporóforo* es el fruto del hongo, aquello que recogemos en los bosques dorados durante el otoño y que tan sabrosamente preparamos como alimento.

De sus esporas ligeras y sutiles que caen al suelo, nacerán nuevos micelios que darán nacimiento a un nuevo ciclo.

El tamaño de los hongos es variable, siendo algunas especies invisibles para nosotros, como es el caso de las levaduras.

La sabiduría tradicional nos recuerda que todo en la naturaleza tiene su razón de ser. Cada ser vivo ocupa su lugar, donde todos se ayudan, se sostienen en una armoniosa danza.

Así, está demostrado que la inmensa mayoría de plantas mantienen una estrecha relación con los hongos desde hace millones de años, y que la supervivencia del mundo



vegetal —y por extensión, del mundo animal— no hubiese sido posible sin la existencia de los hongos, misteriosos seres y buenos amigos que sostienen la existencia misma de la vida.

La fotosíntesis, milagro solar, es una función básica llevada a cabo por los vegetales, los cuales transforman la energía luminosa en carbono. Y aquí surge esa colaboración encantadora. Los hongos, incapaces de capturar la luz por sí solos, reúnen en su micorriza un tesoro de nutrientes esenciales. Y se produce el prodigio en forma de intercambio: el hongo recibe los azúcares y aminoácidos que tanto anhela y, a la par, otorga a la planta protección inquebrantable contra virus, bacterias y cualquier agresor.

El micelio se convierte en escudo y espada. La simbiosis que se genera es estrategia biológica, pero ¡qué enseñanza de fraternidad y qué forma de evocar y recordar que la verdadera fuerza nace de dar y recibir, con mucho de humildad y escasa vanagloria.

Efectuándose un intercambio, el hongo obtiene el carbono necesario y este garantiza protección a las plantas contra potenciales agresores. Esta defensa la garantiza el micelio. Tal colaboración se llama *simbiosis*.

Pero lo apasionante no acaba aquí, sino que empieza ahora. El micelio, compuesto por hifas filamentosas, se entrelaza con las raíces de las plantas y conforman un sinfín de conexiones que se extiende por hectáreas, convirtiendo el subsuelo en una suerte de cableado vivo, una inteligencia colectiva que detecta, transmite y coordina información entre todas las plantas conectadas. Esta malla natural posee la capacidad de localizar y transportar información a todas las plantas. Hace millones de años, la naturaleza ya inventó un internet primordial.

No queda aquí la labor que lleva a cabo el micelio. Digiere toda la celulosa de los

vegetales muertos, transformando la muerte en vida fértil, organiza la distribución de agua y nutrientes esenciales para las plantas, coordina la resistencia a sus enemigos comunes (gérmenes, patógenos), es el gran arquitecto subterráneo, el tejedor invisible que mantiene el equilibrio del bosque entero.

## **La micoterapia: el don curativo de los hongos**

Durante el siglo XIX, algunos hongos fueron utilizados contra la tuberculosis y para contener hemorragias.

Fue en 1928 cuando la importancia de los hongos, dentro de la medicina, cobró especial relevancia. Un investigador, Alexander Fleming, encontró la toxina *penicillium*, extraída del moho de un hongo, capaz de combatir infecciones bacterianas, salvando millones de vidas.

Posteriormente, otra sustancia derivada de un hongo, la ciclosporina se mostraría como el primer inmunosupresor, aplicándose en las técnicas de trasplante de órganos.

Los beta D-glucanos y otros principios activos de los polisacáridos se han mostrado muy útiles como aliados en la quimioterapia. La cremina procedente del kawaratake ha mejorado notablemente los resultados en pacientes sometidos a extirpación gástrica, mientras que sus extractos han aumentado las tasas de supervivencia a diez años en casos de cáncer de mama, tras padecer cáncer. Así mismo, el extracto de kawaratake aumenta la tasa de supervivencia en cánceres más agresivos.

Las micorrizas no solo nutren; generan sustancias que protegen a las plantas de patógenos. ¿Acaso no podrían actuar también como protectoras contra los patógenos humanos? Investigaciones llevadas a cabo han demostrado que el kawaratake es el hongo más inmunoestimulante y un potente antiviral.

Respecto a las enfermedades inflamatorias crónicas y autoinmunes, como la gota o la poliartritis reumatoide, se han investigado los beneficios del hongo *Aspergillus fumigatus*, el cual contiene un componente de la membrana, llamado GAC de potente efecto antiinflamatorio.

Otro hongo, el *Phellinus linteus*, posee la capacidad de reducir la inflamación intestinal y articular.

Los micelios cultivados sobre cortezas son los más beneficiosos, al estar impregnados de polifenoles nobles —apigenina, quercetina, rutina, o betulina—, sustancias naturales que son altamente antioxidantes, antitumorales, antiinflamatorias y antiinfecciosas.

Pero, cuidado con comer hongos si no sabemos su procedencia. Lo ideal es recogerlos nosotros en bosques limpios y entornos naturales o, en su defecto, saber que los que compramos ofrecen garantías de salubridad. El peligro es que pueden contener quitina, una sustancia que convierte a setas y champiñones en «depósitos» de radiactividad, metales pesados y pesticidas.

Puestos a buscar los beneficios de los hongos, usemos preferentemente el micelio mismo, que permanece casi inmune a tales venenos y conserva intactos sus principios activos. Cultivarlos sobre madera o extraerlos en forma purificada es el camino más aconsejable.

Muchos pueblos primitivos tomaban el *psilocybe* para potenciar la espiritualidad y la creatividad, y combatían la depresión mediante estados expandidos de conciencia.

En los años 60, sustancias psicodélicas derivadas de hongos iluminaron mentes y corazones y, aunque más tarde fueron prohibidas, hoy algunos psiquiatras, con rigor y respeto, exploran las psilocibinas como aliadas para trastornos obsesivo-compulsivos, en el alivio del dolor vascular facial y en la prevención de sus crisis devastadoras.

¿Por qué poseen los hongos tan variadas virtudes? Porque son maestros de la supervivencia. Incapaces de huir de sus depredadores, desarrollaron a lo largo de su evolución una serie de estrategias para defenderse. Sintetizaron moléculas tóxicas, concentraron sabiduría química como quien, sitiado en una fortaleza, transforma la necesidad en genialidad. Son ejemplo vivo de que la verdadera fuerza nace de la quietud y de la inteligencia creativa. Entre los hongos que revelan sus dones curativos destacan el kawaratake, el mesima, el reishi, el maitake, el shitake, el cordyceps, el pleurotus en forma de ostra y el hongo blanco. Cada uno se comporta como mensajero de la Madre Naturaleza.

Cuando regresemos al campo, además de los árboles poderosos, de porte majestuoso o de estilizada figura y las verdes briznas de hierbas danzantes con sus hermosas flores, tratemos de adivinar entre la umbría, la espesura, o al abrigo de algún tronco ajado y añejo, algún hongo o grupo de ellos. Humildes y esquivos, bajo su figura cómica y su sombrerito inocente, late uno de los más bellos ejemplos de entrega y fraternidad que la tierra haya concebido. Gracias, hermanos hongos, y gracias a nuestra Madre Naturaleza, que vela por todos sus hijos.

Qué maravillosa, qué profunda y qué sagrada es la vida. En cada micelio invisible late la promesa de que, si aprendemos a conectarnos como ellos, la humanidad podrá sanar, unirse y florecer en armonía.



# Enseñanzas de la *Carta a Marcela* de Porfirio

José Carlos Fernández

Cuando Porfirio escribió su *Carta a Marcela*, nubes tempestuosas se cernían en el horizonte de la historia. Un mundo, el Imperio romano y una mentalidad que bien podemos llamar «clásica» por un lado, con signos de decadencia, y en alza todo un conjunto de nuevas creencias y valores incompatibles con la antigua visión. El tiempo, antes cíclico, fue quebrado en dos, con un antes de la llegada de Cristo y un después. El aceite y el agua de ambos convivían pero no se podían mezclar. Eclecticismo, amplitud religiosa, fortaleza, responsabilidad individual, construcción esforzada para las futuras generaciones sobre la base de la *virtus*, generosidad, búsqueda de la honra y de la fama, mística heroica, sentido ecológico de la vida y el mundo, valor de la ley, por un lado. Fin de los tiempos (y, por lo tanto, inutilidad de ningún esfuerzo civilizatorio de cara al futuro), abandono a Dios, sumisión, estrechez de miras (fin de la vocación verdaderamente filosófica) y fanatismo, culto, por veces obsesivo a la humildad y a la pobreza, sentido de la gracia que exime del esfuerzo por crear, disolución de jerarquías en la sabiduría y el gobierno (solo los obispos pastorean al pueblo de Dios, sencillos e indefensos como ovejas), ascetismo y búsqueda del martirio como mística. Dos mundos destinados a no entenderse y uno de ellos ya tambaleándose en su cansancio existencial.

Porfirio mismo se embanderó en la visión antigua frente a las nuevas corrientes cristianas y escribió uno de los tratados más eruditos y demoledores contra ellas (como haría el pitagórico Celso y más tarde el emperador filósofo Juliano), texto que evidentemente no ha sobrevivido.

Como dice la genial H. P. Blavatsky, las últimas campanadas de los Misterios habían sonado ya en tiempos de Julio César, con la destrucción de Alexis y Bibractis, y —a pesar de personajes heroicos casi divinos como los estoicos Séneca y el emperador Marco

Aurelio, o el mismo Plotino y su maestro, Amonio Sacas, fundador de la escuela ecléctica de Alejandría—su llama ardía débilmente.

La filosofía de Porfirio, como discípulo de Plotino, es heredera de esta llama de los Misterios, y esto se hace evidente al estudiar su Carta a Marcela, una síntesis de enseñanzas a su esposa y discípula, en el amable y bello modelo epistolar, como las Cartas de San Pablo o las de Séneca a Lucilio o a su madre Helvia.

El que sean estas enseñanzas herederas de una misma luz y «sabiduría de todos los tiempos» hace que encontremos exactas semejanzas con otros textos, algunos tan distantes como el *Bhagavad Gita* hindú o *La voz del silencio* del budismo tibetano.

Son joyas filosóficas que aún pueden guiar nuestra senda, y saciar, como fuente de vida, la sed del alma. Tal es el valor de las obras clásicas, contra las que el tiempo nada puede; resisten sus embates como una roca en medio de la tempestad. Los autores clásicos son refugio y amparo de almas, y su saber es siempre de pura actualidad. Cuando el fundador de la escuela estoica, Zenón de Citia, preguntó qué debía hacer para vivir del mejor modo, el oráculo respondió: «estar en contacto con los muertos», o sea, con las enseñanzas que no mueren.

Examinemos algunas de estas enseñanzas en la *Carta a Marcela*.

Igual que existen los hijos del cuerpo y de la atención debida para que crezcan, también están los «hijos del alma». Como los primeros son amamantados por la leche materna, los segundos lo son por la sabiduría. Arde la vida de los primeros, y el alma de los segundos. Los padres velan por que los hijos estén a salvo y no se pierdan en los caminos del mundo, y los maestros por que brille su nombre secreto y avancen en las sendas internas, dando, asimismo, luz al mundo. Es de este modo como oímos al gran Maestro decir: «¿no sabéis que sois la sal de la tierra y la luz del mundo?» y «dejad que los muertos entierren a los muertos», pues vuestros pies huellan otras sendas.

Es muy interesante toda la cosmovisión de dioses, *daimones*, héroes y mortales en el mundo clásico y en este libro. Las fuerzas de la necesidad están regidas por daimones. Insiste en que debemos apaciguar a los *daimones*, o sea, los que rigen nuestro temperamento y todo aquello que nos sucede. Son los barrotes de la jaula de necesidad en que está el alma, y la Filosofía, con mayúsculas, está ahí para que su poder sobre esta sea cada vez menor. Aunque también en el sentido de Plotino, *daimon* es el mismo ser interior o destino que impulsa, guía y ampara al alma humana para su realización en esta vida. Recordemos la escena impactante de la vida de Plotino, descrita por Porfirio, en que un mago egipcio llegó a Roma y era capaz de evocar y hacer presente el *daimon* de quien lo solicitase. Al hacerlo con Plotino vio que era un dios mismo.

Bella metáfora en esta Carta de «la tragicomedia de esta vida», en que el guion está trazado, pero cómo actuamos en él depende de nuestra voluntad y conocimiento.

Llama también la atención la alusión al héroe Filoctetes, uno de los antiguos compañeros de Hércules, herido casualmente por la mordedura de una serpiente al ir camino de Troya, en la nave de Ulises. El hedor fue tan insoportable que tuvieron que abandonarlo en una isla desierta. Ignominia para un camarada de armas. Hasta que supieron por el oráculo que, sin las flechas de Hércules que él llevaba, no podría ser



ganada la guerra de Troya. Y Ulises mismo, que lo abandonó, tuvo que convencerlo para que volviera con ellos. Identifica a Filoctetes con el alma caída en la materia y envenenada por ella. Ulises hace aquí de *daimon*, pues es el designado para engañarle y abandonarle en la encarnación, pero quien le trae de nuevo a las barcas de los héroes, llegado el momento y tras gran sufrimiento y purificación en la vida material (isla desierta), pues la cualidad neta de la vida material es «el río de las cosas que arrastran», como la filosofía budista definió también la corriente del samsara, que impide llegar a «la otra orilla», el Nirvana de la plenitud incondicionada.

Otra de las verdades o joyas de esta carta es el «*per aspera ad Astra*» romano. Solo a través del esfuerzo y las dificultades se puede ascender la montaña de la realización. Mejor las cadenas de hierro que nos alertan dolorosamente de nuestras faltas que las de oro, que nos enamoran de ellas y deseamos ser esclavos del placer. Sufrir es necesario, dice, para alcanzar la virtud. Así lo hicieron todos los héroes. La comodidad y el placer nos mutilan, enseña Porfirio, y pensar que ya hemos avanzado mucho en la senda y que no es necesario ya el esfuerzo es un veneno de ensoñación para el alma. Platón decía que «somos dioses pero lo hemos olvidado». Que lo hemos olvidado es porque hemos caído en la materia, y el único modo de retornar a casa y recuperar esta naturaleza divina es liberarnos de toda atracción de la materia. La fantasía de haber llegado o estar cerca arruina al alma y su poder ascendente. En el simbolismo budista esto es representado por la liebre. Ella es el «hundimiento sutil» (la falta de viveza o claridad mental) *y simboliza una trampa insidiosa donde la mente está concentrada y aparentemente tranquila, pero ha perdido intensidad, lo que conduce a un estado de somnolencia o sopor.*



Y sentimos los vientos de un futuro Espinoza o Giordano Bruno cuando dice que «Dios está presente en todas partes y de manera absoluta», y se le honra haciéndose sabio y practicando con esa conciencia divina actos de justicia. El sabio mismo es una estatua divina que se aproxima al misterio de lo que está siempre más allá (trascendente) y más en lo íntimo (inmanente). Qué semejante al *Bhagavad Gita* cuando en él, Dios (Krishna) menciona que «entre todos los sacrificios, el que me es más grato es el de la sabiduría». Toda acción que no culmine en sabiduría abre las puertas al dolor o al abismo. Y del mismo modo que en el *Mahabharata* y en el *Bhagavad Gita* combaten en la llanura de los Kurus los ejércitos del bien y del mal, y este campo de batalla es la conciencia humana, el sabio prepara su castillo interior para la bondad y belleza de Dios, y el malvado para acoger fuerzas oscuras, *daimones* perversos que sirven a las fuerzas disolventes de la materia. Ya lo dijo el sabio Sri Ram: están los constructores de pirámides y los destructores, las fuerzas que permiten la salud y las que se oponen a ella para hacer que lo material se reintegre a lo material.

En toda obra y en toda acción, Dios está como observador y vigilante, dice Porfirio. En el *Bhagavad Gita*, el Espíritu (Purusha) es el «vigilante del espacio», y en la mística egipcia, Dios, como Osiris, es representado por el jeroglífico del ojo sobre el trono, siendo el trono la naturaleza manifestada, el asiento de los poderes celestes. Y a Dios no se le debe suplicar nada que no sea necesario más allá de las puertas de la muerte. ¡Asombrosa y poderosa afirmación! Ni fama, ni honra, ni bienes materiales, ni siquiera salud, pero sí aquello que debe resplandecer, ahora en vida y después en lo invisible, como virtudes celestes, estas que la tradición budista figuró como las joyas de los

Bodhisatvas, aquellas fuerzas espirituales con las que, al trabajar, se forjan las virtudes celestes en el corazón humano, y que la tradición medieval caballeresca asoció a las armas del caballero, o sea, del consagrado a la Justicia de Dios: la espada de la voluntad. «El escudo es la pureza del caballero, el resguardo de su virtud..., la lanza es la verdad, el yelmo la vergüenza, la loriga es castillo y muro contra los vicios y faltas; el puñal es la misericordia; la túnica es la capa formada por los muchos trabajos cumplidos y por cumplir; y la insignia o divisa es lo que representaba y distingue a ese símbolo viviente que es el caballero»<sup>1</sup>. Pues con estas insignias y armas mágicas sí que se cabalga y avanza más allá del umbral de la muerte, y son válidas solo ante los ojos de Dios y de la mirada espiritual del ser humano.

Continúa Porfirio diciendo que no es necesario hacer la súplica a Dios antes de tiempo, «sino cuando Dios te muestra la recta súplica que está en ti». La mejor pregunta es la que hace la sabiduría misma en la voz del discípulo y a la que responde la sabiduría con la voz del maestro. Como afirma el *Bhagavad Gita* hindú: «Dios mismo es la ofrenda, es el ofrendante, y es a quien ofrenda», y el corazón humano es donde tal misterio se verifica. El corazón del sabio es donde esta ofrenda es perfecta y pura, porque nos dice en su *Carta a Marcela*, que «el único sacerdote es el sabio». Y si la «verdadera filosofía» es necesaria, es porque «el pensamiento inspirado por Dios, convenientemente afirmado, une a Dios». La filosofía no está, como dijeron después los padres de la Iglesia, sometida a la teología, sino que ella misma es teología.

Y frente a las pseudofilosofías que proclaman un nihilismo que adormece el alma humana y le trae irremediablemente la desesperanza, nos dice Porfirio que no podemos huir de la verdad, que es una, y que sale a la luz en un buen argumento. Nos dejaremos, insiste, vencer por quien dice la verdad y es testigo moral de ello, o sea, que con él y su verdad trae la belleza, la bondad y lo que eleva al alma humana. Y no nos dejaremos seducir con los que parece que dicen verdad pero que mienten, y la prueba es que son testigos de la maldad, y fácilmente sentimos que arruinan la obra de lo más luminoso construido en el interior. Por sus frutos los conoceréis, dijo el Santo, cuando aún no dominemos la ciencia de los rectos argumentos y de la sabiduría desnuda. Los falsos testigos nunca son válidos. Qué pena que hayamos perdido la ciencia de los juristas de Córdoba, en el periodo omeya, que solo aceptaban testigos después de un proceso moral de selección en que se preguntaba a todos los que le conocían de siempre. *Quién eres, a dónde vas* está trazado casi unívocamente en *de dónde vienes*.

Otra de las enseñanzas de los Misterios y que después la filosofía va a repetir una y otra vez es que «todo es mental» (una de las llamadas leyes del Kibalión) y que, por lo tanto, la mente humana recibe la luz de la divina como en un espejo. En los Misterios de Eleusis, nos revela Jinarajadasa, en la famosa «cesta sagrada» se contenían los «juguetes de Dionisos», y entre ellos el espejo, pues la faz divina (*Macroprosopus* en la tradición hebrea) se refleja como en un espejo en la naturaleza, en todos sus siete planos de conciencia, y en el alma humana (la pequeña faz, el *microprosopus*). Y aunque fuera

---

<sup>1</sup> De Jorge Ángel Livraga, en su libro *Magia, religión y ciencia para el tercer milenio*. Volumen II, pág 40. Editorial Nueva Acrópolis.

impío y secreto en aquel tiempo revelar de forma abierta estas verdades de los Misterios, se contienen por medio de alusiones en la filosofía de Platón, y de Plotino y de Porfirio, como después en la matemática y teúrgia de Jámblico (discípulo de Porfirio) y de Hipatia.

Y sin embargo, todo lo asociado a los Misterios divinos y a su filosofía, debe ser mantenido en un círculo de almas selectas, que no vayan a malinterpretar o abusar por ignorancia y maldad de estas enseñanzas, o como los sofistas, hacer de ellas su «modus vivendi», de enriquecimiento y soberbia personal. Hablar abiertamente de Dios es vanagloria, dice Porfirio, y no debemos profanar estas verdades con discursos ante la multitud, en las calles, pues «el mejor discurso sobre Dios son los actos gratos a Dios» y «no manches lo divino con simples opiniones humanas».

Sin entrar en detalles, que luego haría con abundancia su discípulo Jámblico en su libro *Los Misterios egipcios*, dice que la validez de los ritos se fundamente en que «lo semejante va a lo semejante», y en el lenguaje de los símbolos de la naturaleza y de la matemática y geometría sagrada se puede establecer una afinidad con lo divino, aunque la mejor afinidad es la de la mente inspirada por su luz. Cuando el compañero de Porfirio, Amelio, recriminó a su maestro Plotino por qué no asistía a las ceremonias públicas de ofrenda a los dioses, le respondió que elevando su mente se hallaba en su compañía.

Sigue la naturaleza, afirmaron los estoicos, y también Porfirio dice que somos puros y hacemos lo justo y necesario si no pervertimos la voz de la naturaleza, los límites que impone. De ahí la necesidad de la abstinencia y purificación para saber qué es realmente necesario. Solo arrancándose de la dependencia de lo material podemos renacer, como el niño que nace es arrancado del amnios en que ha vivido hasta ese momento en el vientre materno, o la mariposa del capullo de seda en que ha realizado esta transustanciación. Metáforas semejantes usó el *Bhagavad Gita* cuando enseña: «Como una llama rodeada por el humo, como un espejo cubierto de polvo, como el feto envuelto en el amnios, así es el alma ocultada por el deseo. La sabiduría se ve cercada por este eterno enemigo del sabio que es el deseo, como una llama insaciable».

«Todo lo que se desborda al margen de la naturaleza es maldito y mortífero», dice Porfirio en esta *Carta*. «Ayuda a la naturaleza y trabaja con ella, y la naturaleza te mirará como uno de sus creadores y obedecerá», dice el libro místico *Voz del Silencio*. El filósofo, como el verdadero médico, sigue la naturaleza, restablece la armonía perdida, su paz, porque es imposible que el dominado por las pasiones sea libre y, nos recuerda Porfirio, es mejor morir que destruir el alma por falta de fuerza interior. Esta es la religión-filosofía natural, la verdadera pietas o vínculo entre lo divino y humano (así la define Cicerón en *Los deberes*, el recto cumplimiento de los deberes con los dioses), pues su fundamento, aquello que define su verdad es el amor a los seres humanos. *Religión*, de *religare* es todo aquello que una las almas humanas a través del amor y la concordia. Lo que las separa, como el odio y el fanatismo, nunca será verdadera filosofía ni verdadera religión, pues «quienes han alcanzado una vida sensata conocen a los dioses y son reconocidos por los dioses que conocen».

Y la filosofía llama a las almas que quieren vivir acordes con estos principios, como el clarín llama a la batalla al que está despierto y no quiere sucumbir ante el enemigo.

# KARTTIKEYA: guerrero del alma

*Iolanda Pitarch*

*con la asistencia de inteligencia artificial en la corrección de estilo*

La guerra en la naturaleza es un proceso vital: vemos cómo la flor se abre paso entre el asfalto o cómo la semilla perfora, rompe y atraviesa la oscuridad de la tierra para alcanzar la luz del sol.

A nuestro yo inferior no le gustan las dificultades, prefiere la comodidad; pero nuestra alma nos empuja a luchar para vencer nuestras sombras y forjar nuestro carácter. Por eso nos lanzamos a conquistar retos que despierten y desafíen nuestras fuerzas. El espíritu guerrero consiste en no darse por vencido, en seguir adelante y aprender a motivarse para afrontar aquello que nos da miedo o nos cuesta. Cuando el entorno nos ofrece oposición, es cuando extraemos lo mejor de nosotros mismos para aprovechar nuestro potencial.

Para ganar estas batallas interiores, nos podemos inspirar en Ganesha: la sabiduría estratégica antes de actuar; pero, en el momento del combate, la táctica concreta y la voluntad inquebrantable que nos lleva a la victoria es, precisamente, lo que Karttikeya nos revela.

## **1. El origen del fuego interior**

La mitología hindú narra que el demonio Tarakasura obtuvo una bendición de Brahma que lo hacía casi invencible, desatando el caos cósmico. Su único punto débil era que solo un hijo de Shiva podría derrotarlo. Para restaurar el *dharma* (el orden), la voluntad divina propició la alianza entre el dios Shiva (conciencia inmutable que renueva las formas) y la diosa Parvati (poder creativo y manifestación de la materia).

Karttikeya, hermano de Ganesha, se alza como señor de la voluntad guerrera y el amor universal. Él unifica la acción y la compasión en un equilibrio cósmico que demuestra cómo el crecimiento interior implica integrar las polaridades masculinas y femeninas de nuestro propio ser.



El origen de Karttikeya fue prodigioso. Nació de la emanación espiritual de sus padres, de la cual brotó una inmensa fuerza ígnea que anima el cosmos. Al ser de magnitud inconmensurable, Shiva la confió a Agni, dios del fuego y conductor celeste, para transportarla al río Ganges; allí, la deidad acuática (Ganga) la nutrió para templar su devastador calor. En ese espacio sagrado, la energía se dividió en seis chispas transformadas en seis bebés, hallados y criados por las divinidades de las Pléyades (*Krittikas*).

Al buscarlos, Parvati abrazó a los seis niños a la vez con tal ímpetu que fusionó sus cuerpos en una sola anatomía divina, aunque conservó sus seis cabezas. Con este acto de amor, la diosa moldeó el aspecto definitivo de Karttikeya (el hijo de las *Krittikas*) y lo reconoció como su vástago. Al nacer del fuego y del agua y ser nutrido por las estrellas, el dios se convirtió en la personificación del fuego sagrado: un símbolo de iluminación mental, claridad y conocimiento contra la ignorancia, representando la sabiduría en acción.

Como comandante celestial, Karttikeya es identificado en los textos sagrados como uno de los Kumaras (sabios eternos nacidos de la mente de Brahma) y líder de los Rudras (fuerzas que disuelven el ego inferior). Patrono de los *Kshatriyas*, es conocido también como Skanda, cuya energía se vincula al karma, capaz de transmutar el destino individual y liderar la purificación del destino colectivo. Astronómicamente asociado a Marte, representa la voluntad inquebrantable y la autodisciplina. Su esencia evoca el despertar espiritual: un fuego interior que purifica, capaz de derrotar al mal y guiar a la humanidad hacia la virtud.

## 2. Atributos divinos

Los símbolos de Karttikeya encarnan profundas claves esotéricas y cósmicas:

**El número 6 y las seis cabezas:** Frente al 7 (totalidad en movimiento), el 6 simboliza la creación en desarrollo y el equilibrio entre el fuego y el agua, el principio masculino y la matriz femenina. Al nacer como seis bebés, Karttikeya proyecta su energía hacia las seis direcciones del espacio (puntos cardinales, cenit y nadir), lo que le otorga una visión periférica total contra el caos como estrategia militar perfecto.

Cuando Parvati unifica sus cuerpos mediante el amor, el mito escenifica la transformación del 6 (potencia) en el 7 (perfección y unidad), lo que faculta al dios para actuar desde una conciencia integrada.

Sus rostros representan la capacidad para ver todos los niveles de la existencia (físico y espiritual) y los seis atributos divinos del *Vishnu Purana*: sabiduría (*Jnana*), *desapego* (*Vairagya*), fuerza (*Bala*), gloria (*Kirti*), abundancia (*Shri*) y soberanía (*Aishwarya*), bajo el gobierno de la mente superior sobre los cinco sentidos.

**La lanza sagrada (*Vel*):** Surgido del amor de Parvati, el *Vel* es el arma de justicia divina que simboliza la sabiduría (*Jnana*) y el discernimiento entre el bien y el mal. Su filo puntiagudo encarna la claridad para rasgar la ignorancia y la oscuridad mental, permitiendo el triunfo de la verdad y la rectitud. En la batalla, penetra la falsa invencibilidad del demonio Tarakasura, demostrando que el conocimiento espiritual destruye la arrogancia del yo inferior y corta las ilusiones que atan el alma a la materia. Su victoria restaura el orden universal (*Dharma*), como símbolo de una voluntad cósmica que equilibra el universo. Así, el *Vel* opera como metáfora de las virtudes internas (sabiduría, compasión, discernimiento y valentía), indispensables para vencer el orgullo y el egoísmo, superar obstáculos y desarrollar esas cualidades superiores.

**El pavo real (*Paravani*):** Con su majestuosa apariencia, evoca la belleza, la gracia y la inmortalidad. Este emblema de pureza sujeta entre sus garras a una serpiente viva pero calmada, lo que escenifica el control sobre el ego inferior sin anularlo, sino gobernándolo con maestría. Así, el despliegue de sus plumas iridiscentes simboliza que el verdadero poder no es externo, sino que surge de la esencia espiritual interna.

Cuando Karttikeya cabalga sobre él hacia la batalla, personifica a la conciencia superior elevándose imperturbable ante el caos. Su montura refleja las virtudes del guerrero espiritual: firmeza, gracia bajo presión, libertad y dominio sobre deseos y apegos, facilitando la transformación y la purificación mental.

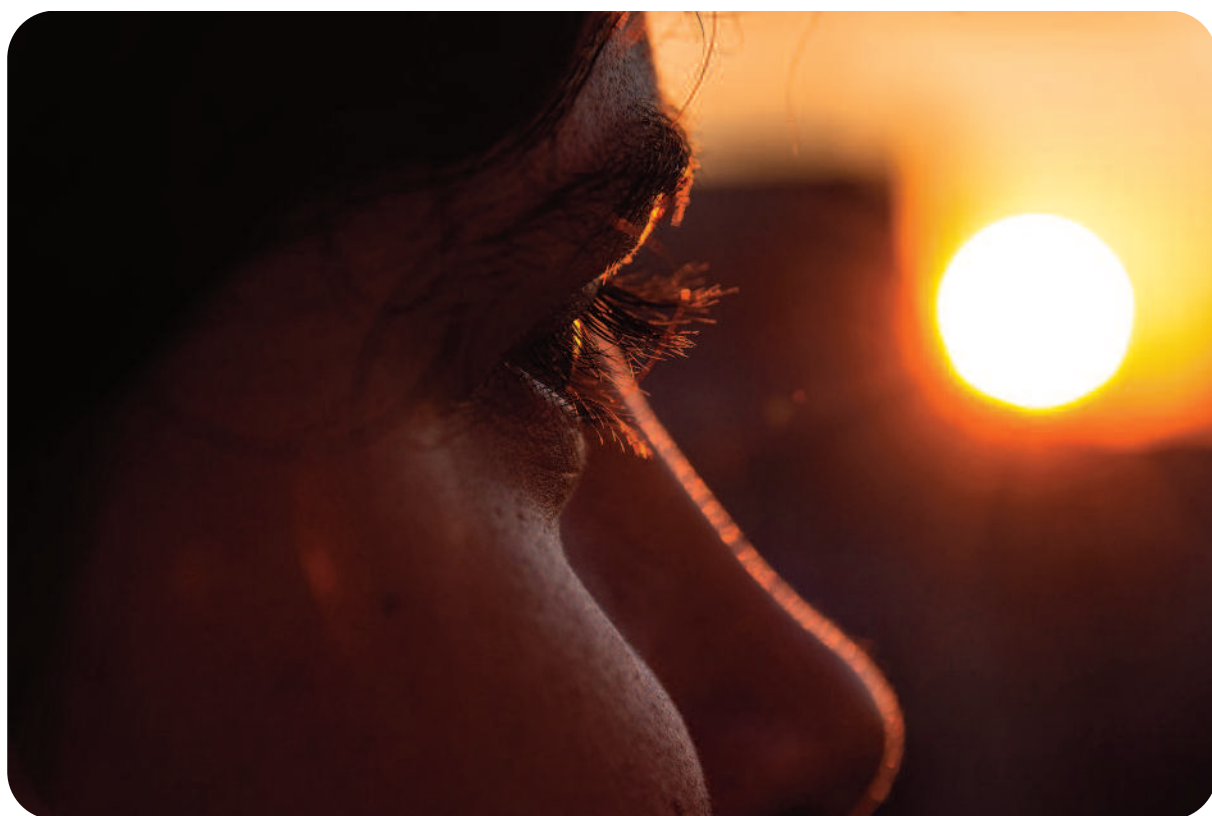
**La bandera del gallo (*Seval Kuri*):** Atributo solar, símbolo de la luz naciente y estandarte que guía a sus ejércitos celestiales en la batalla por el *dharma*, representa la vigilancia, el valor en combate y la llegada del conocimiento espiritual. Karttikeya divide al demonio Surapadma en dos mitades sagradas: su pavo real y el gallo de su estandarte. Alquímicamente vinculado al mercurio, su canto disipa las sombras, transmutando la inercia en lucidez. Junto a la serpiente, este emblema simboliza el equilibrio perfecto entre la materia y el espíritu, unificando los instintos terrenales con la luz del alma, la cual siempre disuelve la oscuridad.

### 3. Heroísmo espiritual

**Héroe espiritual y guardián cósmico:** La sabiduría de Karttikeya constituye la base de su heroísmo. Cada acción suya proviene de una profunda comprensión espiritual de la naturaleza del universo, donde cada victoria forma parte de un escenario cósmico mayor. Lo que lo convierte en un protector divino es el propósito superior de sus actos; su batalla contra Tarakasura no se libró por ira ni lucro personal, sino para restaurar el orden universal. Su hazaña es un acto sagrado que radica en su inquebrantable compromiso con el dharma. Al salvaguardar este equilibrio ante las fuerzas del caos, nos enseña que nuestras acciones deben servir siempre al bien común, impulsadas por la justicia y la integridad.

**El dominio del ego inferior:** La confrontación contra Tarakasura escenifica la eterna lucha entre el *dharma* (orden cósmico) y el *adharma* (caos), entre las fuerzas del bien y del mal. Tarakasura, casi invencible, encarna las fuerzas inferiores (orgullo, egoísmo, arrogancia e ignorancia), mientras que Karttikeya, guiado por la ley cósmica, representa los valores superiores (sabiduría, humildad, coraje y verdad). Gracias al *Vel*, Karttikeya atraviesa el corazón del demonio; esta claridad espiritual corta las ataduras del mundo material para experimentar verdades más profundas. La oscuridad se declara impotente ante la luz divina.

En nuestras propias luchas internas, debemos mantenernos alineados con la rectitud y la honradez porque, incluso en los momentos de mayor confusión, la justicia divina prevalecerá, doblegando nuestros propios demonios y los engaños de la mente que nublan el juicio y nos alejan de la virtud. La protección espiritual siempre guiará a quienes estén alineados con los propósitos del alma y los busque de corazón.



## 4. La fuerza de la transmutación

Cómo Karttikeya convierte la batalla en sabiduría en acción:

**Sabiduría práctica:** Solemos rehuir la guerra, pero los obstáculos son indispensables para despertar al guerrero interior. El enemigo es un maestro supremo: un espejo que refleja nuestras debilidades y expone lo que nos falta incorporar. Karttikeya nos otorga el valor para afrontar cada prueba y luchar con integridad. Al superar el conflicto, su fuerza en acción se convierte en la sabiduría intelectual y estratégica de Ganesha.

**No subestimar la sombra:** Los demonios internos prosperan en el descuido y el exceso de protagonismo. Karttikeya nos enseña a mirar de frente nuestra oscuridad para identificar al enemigo y nombrarlo: nuestro propio Tarakasura. En lugar de luchar contra él, el Vel (la lanza de la sabiduría) perfora esa ignorancia, disolviendo las sombras al redirigir la atención hacia la gratitud, la luz y los anhelos elevados.

**Liderazgo como servicio:** El verdadero liderazgo no se basa en la imposición de órdenes, sino en inspirar desde el ejemplo, la humildad y la fuerza interior. Al igual que Karttikeya, cuyo poder espiritual equilibra la firmeza ante los desafíos con la compasión, el auténtico guía debe recordar que liderar es un servicio orientado a motivar a los demás, velar por su bienestar e impulsar sus capacidades.

### El triunfo del alma: discernimiento y paciencia

La transmutación que nos propone Karttikeya no es un acto impulsivo, sino un proceso que exige paciencia para resistir el peso de las pruebas y discernimiento para saber cómo y cuándo actuar. Su lanza no corta por furia, sino con la precisión de quien sabe distinguir la verdad de la ilusión. Al final, la mayor victoria no se gana en el campo de batalla exterior, sino en la conquista definitiva de uno mismo.

Así se forja el guerrero del alma: en el furor de las batallas cotidianas, convertidas en lanzas de sabiduría práctica. Es un proceso lento. En él comprendes que, más que empeñarte en luchar contra tus sombras, la única forma de sanar una herida es mirarla de frente.

¡Discierne, enfócate en lo luminoso, en el amor y no en el temor, y enciende tu fuego interior!

### Bibliografía

Blavatsky, H. P. *Glosario teosófico*. Editorial Kier. Buenos Aires, 1977.

Chevalier, Jean y Gheerbrant, Alain. *Diccionario de símbolos*. Editorial Herder. Barcelona, 1986.

Uprety, Mohan Chandra. *The Skanda Purana Decoded: Understanding the Timeless Legends and Teachings of Lord Kartikeya*. Edición Kindle. Publicado en Amazon, 2025.

# EL *FEDÓN* de Platón y su visión de la Tierra en el espacio

*José Carlos Fernández*

Una de las obras más sublimes de todos los tiempos es sin duda el *Fedón*, del filósofo de la Academia, un libro que versa sobre la inmortalidad del alma, la reencarnación o el proceso de separación del cuerpo después de la muerte; y sobre el método de conocimiento deductivo desde el poder y la luz de los arquetipos, hacia su presencia y demostración de los mismos en lo sensible (al contrario de Aristóteles, que quiere hacer el camino desde la experiencia al reino de la contemplación pura).

El *Fedón* es un texto que debería haber sido enseñado en los centros de conocimiento y universidades de forma dialogada en todos los tiempos, y aún muchas son las puertas del futuro que puede abrir.

Trata de un diálogo de Sócrates, justo antes de beber la cicuta, con sus discípulos que le preguntan, precisamente, cómo puede ser tan firme su estabilidad y tan asombrosa su belleza de alma a la hora de enfrentar lo que para casi el resto de los mortales es un momento difícil y terrible y sobre el que pensamos menos de lo que deberíamos.

El detalle de la descripción de las últimas horas, especialmente al final, lo hace conmovedor hasta las lágrimas.

Incluye enseñanzas quizás propias de los misterios de Eleusis, o más probablemente órficos, sobre el viaje del alma; su resistencia a abandonar el cuerpo y lo sensible, si demasiado viciada por él; sobre el genio divino que la guía hacia las praderas en que las almas esperan el juicio; sobre la posibilidad de perderse y aun quedar sola por la falta de concordancia con la luz espiritual que debe guiarla y la confusión derivada de la misma; y tantas otras enseñanzas que bien se merecen, como decía, un curso para precisamente dialogar sobre la muerte de un modo filosófico y sereno, lo que debemos hacer no solo cuando se acerca el Mensajero, sino desde la juventud misma.

Es curioso, cuando se refiere a la reencarnación, cómo deja claro que el alma, al menos la que no quedó retenida por la sensualidad y el vicio, tarda, de un modo diferente a los 49 días del Bardo Thodol en la creencia religiosa tibetana, «muchas revoluciones de siglos».

De todos modos, lo que quería mostrar en este artículo es la inquietante descripción que hace de la Tierra en el espacio, y que parece más bien la de un astronauta o de alguien en la estación internacional que orbita nuestro planeta a 400 kilómetros y a una velocidad de unos 8 km/s. ¿Cómo es esto posible? Séneca hace lo mismo en sus *Cuestiones naturales*. Esta figuración de lo que ahora con nuestra tecnología sabemos, no es posible por simple deducción o haciendo un audacísimo ejercicio de imaginación. Solo por medio de viajes científicos del alma, o con lo que los budistas llaman visión interna o meditativa, podrían haber hecho una pintura con palabras tan sorprendentes.

Según lo que se dice de los filósofos presocráticos, siguiendo a Tales de Mileto (en una interpretación mediocre), casi imaginamos que los griegos de la época de Platón, como luego en la Edad Media de san Anselmo, dirían que la Tierra era plana, en medio de una serie de esferas cristalinas (y aquí ya tenemos a Aristóteles, que degeneró de forma activa o pasiva la ciencia hermética de Platón), con un *Finisterrae* o un *Finis Maris* adonde ni los más audaces navegadores osaban acercarse.

Y, sin embargo, lo que Platón enseña en este diálogo filosófico es lo siguiente.

Antes advierte que no va a poder demostrar tal enseñanza por razonamientos en el breve espacio de que dispone antes de morir y que simplemente oigamos su descripción:

«En primer lugar —continuó Sócrates—, estoy persuadido de que si la Tierra está en medio del cielo y es de forma esférica, no tiene necesidad ni del aire ni de ningún apoyo para no caer; sino que el cielo mismo, que la rodea por todas partes, y su propio equilibrio, bastan para que se sostenga, porque todo lo que está en equilibrio [hoy, precisamente, lo llamaríamos equilibrio gravitatorio], en medio de una cosa que le oprime por todos los puntos, no puede inclinarse a ningún lado, y por consiguiente subsiste fija e inmóvil». O sea, la Tierra en un trazado o red de fuerzas o líneas gravitacionales que la mantienen en su órbita, como a todos los otros objetos estelares.

Luego, dice que los griegos habitan solo un mar interior, el Mediterráneo, minúsculo en comparación con la Tierra entera y al que compara con una charca de ranas u hormigas alrededor de diversos centros de población (asombrosa imagen por su realismo).

E insiste que la Tierra no es solo lo que pisamos y los mares, sino que «la Tierra misma está en lo alto, en ese cielo puro en que se encuentran los astros, y al que la mayor parte de los que hablan de esto le llaman éter [bien podríamos llamar a este la sustancia cósmica que, procedente del espacio, atraviesa nuestro planeta o interfiere con su materia, generando las transmutaciones alquímicas para la vida misma], del cual es un mero sedimento [¿no decimos hoy que somos polvo de estrellas llegado hasta nosotros como rayos cósmicos, justo la descripción que hace el filósofo en este mismo pasaje?] lo que afluye a las cavidades que habitamos».

Y esta es la cuestión, que nosotros somos intraterrestres, no habitamos la superficie de la Tierra, sino sus concavidades, pues la Tierra empieza en la atmósfera, o incluso antes, en su magnetosfera, o incluso antes, si queremos ser estrictos, en esa especie de amnios que rodea a la Tierra y que incluye a la Luna, pues esta atmósfera terrestre, llamada geocorona, de gas monoatómico, de hidrógeno, y que nos separa del espacio exterior (que en realidad no es exterior sino un amnios o éter solar), más específicamente llega hasta dos veces la distancia de la Luna a la Tierra. Aunque el texto de Platón parece referirse a la atmósfera de gases que, al reaccionar con la vida, la degeneran y consumen. Vivimos dentro del mar de nubes, vientos y fenómenos bioquímicos en la llamada biosfera.

«Creemos sin dudar que habitamos lo más elevado de la Tierra, que es poco más o menos lo mismo que si uno, teniendo su habitación en las profundidades del océano, se imaginase que habitase por encima del mar, y viendo al través del agua el sol y los demás astros, tomase el mar por el cielo, y que no habiendo, a causa de su peso y de su debilidad [aunque Platón se refiere aquí al alma, es asombroso, pues se puede aplicar a los cohetes espaciales, que tienen que combatir la tendencia del peso hacia el centro de la Tierra, y la clave es la fuerza ascendente que se le opone] subido nunca arriba, ni



sacado en toda su vida la cabeza fuera del agua, ignorase cuánto más puro y hermoso es este lugar que el que él habita (...). Porque esta tierra que pisamos, estas piedras y todos estos lugares que habitamos, están enteramente roídos y corrompidos, como lo que está bajo las aguas del mar roído también por la acción de las sales». En este caso es todo el ciclo de reacciones químicas que generan los gases de la atmósfera, necesarios para la vida, pero que verifican los procesos de putrefacción en las sustancias, y con las cuales los organismos vivos trabajan en una vida-muerte, pues nada permanece igual y toda transformación es una especie de muerte.

Evidentemente, el salir de la tierra que menciona hacia lo puro y perfecto en nuestra morada, no es en aparatos técnicos, pues así lo que sale ve con los parámetros de nuestros sentidos terrestres, aunque ampliados enormemente; y si salimos nosotros mismos, estamos hechos de «tierra que se descompone» y la visión ya está contaminada por esto. Aun así, la primera vez que un astronauta salió de la nave y contempló durante minutos la Tierra entera, esférica y azul, quedó impresionado hasta el punto de que casi tuvieron que arrastrarle para volver a la nave, y luego diría que ese fue el momento más impactante de su vida.

El salir de la Tierra, para el filósofo de la Academia, es separar nuestra alma de la materia para que sea ella y no nuestros ojos corporales, la que se eleve a las altas esferas y vea:

«La causa de nuestro error es que nuestro peso y nuestra debilidad nos impiden elevarnos por encima del aire [...] y si fuese capaz de larga meditación [para ir ascendiendo en estos planos de conciencia], sabría que esta era la verdadera luz, la verdadera tierra». Y luego describe como una «tierra mental» en la que viven los bienaventurados, como las Tierras Puras del budismo Amida, o las que describe Swedemborg, «tan por encima de nosotros como lo están el aire respecto del agua y el éter respecto del aire. Allí tienen bosques sagrados y templos que habitan verdaderamente los dioses, los cuales dan señales de su presencia por los oráculos, las profecías, las inspiraciones y por todos los demás signos que acusan la comunicación con ellos. Allí ven también el sol y la luna tales como son; y en lo demás, su felicidad guarda proporción con todo esto».

Después se refiere a los distintos ríos (invisibles) que atraviesan nuestro planeta, y a veces incluso adivinamos en ellos, y con detalle, los ríos magnéticos y sus circunvoluciones serpentinas en el interior de la Tierra, según describe nuestra ciencia, como si fueran la sangre que la baña y alimenta y también donde se depositan sus excrecencias energéticas. El Tártaro donde penan las almas que no quieren desatarse de la materia sensual que las vició, o donde son precipitadas a causa de lo mismo, es como si fuera la «cloaca máxima» de nuestro planeta. En el polo opuesto, están aquellos que Platón describe como *nirvanis*, *jinas* o *pitris*, los sabios perfectos que han agotado sus vínculos kármicos y con la materia:

«Pero los que han justificado haber pasado su vida en la santidad, dejan estos lugares terrestres como una prisión y son recibidos en lo alto, en esa tierra pura donde habitan. Y lo mismo sucede con los que han sido purificados por la filosofía, los cuales viven por toda la eternidad sin cuerpo, y son recibidos en estancias aún más admirables».

# Conociendo el JAINISMO desde una mente occidental



Mientras en el mundo occidental experimentábamos el nacimiento de la democracia, la fundación de la escuela pitagórica en el Mediterráneo o la explotación de la metalurgia en plena Edad de Hierro de la mano de los celtíberos (siglos VI y V a. C.), en Oriente surgía el jainismo, una antigua filosofía y religión no teísta, considerada opuesta al brahmanismo por no reconocer la autoridad de los textos védicos.

Aunque podríamos llenar libros enteros describiendo esta religión, hoy nos centraremos en tres aspectos fundamentales: el concepto que tenían sobre el tiempo, los jinas y sus cinco votos.

## La rueda del tiempo

Una de las características más reconocibles del jainismo es la enorme importancia que otorga a la concepción del tiempo. Este se simboliza mediante una rueda cósmica que da una vuelta completa cada dos cuatrillones de océanos de años mortales —unidad de tiempo que sobrepasa los límites de nuestra imaginación—.

La rueda del tiempo está dividida en dos mitades de seis radios o Aras cada una, llamadas Avasarpini y Utsarpini, las cuales, a su vez, se subdividen en tres modos:

### *Avasarpini*

Es la mitad superior de la rueda, representando el movimiento desde lo más elevado hasta una fase de regeneración y, por tanto, descenso. Alude a los tiempos de evolución y felicidad.

Ati Rupa: se traduce como «belleza extraordinaria» o «más allá de la apariencia física». El término *Rupa* se refiere a todo lo que tiene forma física, color y dimensiones, así que

este momento de la rueda alude a un momento de felicidad, belleza espiritual y una forma de vivir en unidad y armonía.

Sukha Rupa: se traduce literalmente como ‘la encarnación de la felicidad’. En la tradición espiritual hindú, se utiliza a menudo para describir el estado divino. *Rupa* significa ‘forma’, como ya hemos mencionado, y *Sukha* ‘felicidad’, por lo que apela a un momento histórico de armonía y concordia.

Sukha Duhkha Rupa: *Duhkha* se traduce como ‘sufrimiento, estrés, tristeza’, por lo que ambos conceptos juntos (Sukha y Dukha) se refieren a momentos de dualidad humana. En este momento del ciclo vital, el ser humano todavía no ha evolucionado lo suficiente como para dejar atrás el dolor, la dualidad y la complejidad. Tenemos momentos de luz y momentos de sombra, pero predomina la felicidad.

### *Utsarpini*

Los seis radios que quedan en la mitad inferior representan el movimiento desde lo más bajo de la evolución hasta la fase de ascenso. Alude, por tanto, a los tiempos de tristeza y declive de las religiones.

Duhkha Sukha Rupa: también son tiempos de dualidad, pero en esta fase del ciclo predomina el dolor, el apego, el sufrimiento, la oscuridad.

Duhkha Rupa: alude a épocas de insatisfacción y predominancia de lo perecedero, lo temporal, la ignorancia.

Ati Duhkha Rupa: nos encontramos en el extremo inferior del ciclo, donde reinan la ignorancia, la discordia y la oscuridad.

Cuando se llega a lo más bajo del ciclo, este vuelve a ascender. De ahí que se describa el tiempo como una rueda que va girando sucesivamente. Además, los símbolos antiguos describen esta rueda como irregular: en las representaciones se observan sutiles variaciones en el grosor y largo de los radios, explicando de esta forma las oscilaciones en los ritmos cíclicos de la historia, con fases de aceleración y desaceleración del desarrollo humano.

Como el lector podrá observar, esta forma de pensar contrasta con la visión del tiempo que tendemos a tener en la actualidad: creemos que el tiempo es lineal, que este es el mejor momento de la historia..., pero un poco de reflexión nos ayudará a entender la sabiduría de los jainistas.

En todas las épocas del ser humano, ha habido momentos de progreso y momentos de sombra que han ido turnándose sucesivamente, motivando guerras, cambios en nuestra estructura social, avances científicos y, a veces, un incremento de la alfabetización. Los jainistas nos ayudan a contemplar nuestro momento actual y reflexionar: ¿en qué radio de la rueda se encuentra el mundo en el que vivo?, y yo mismo, ¿en qué época de mi vida me encuentro y qué puedo hacer por llegar o mantenerme en Ati Rupa?

## **Las tres joyas jainistas**

A lo largo de cada ciclo, aparecen veinticuatro sabios y maestros espirituales, llamados *jinas* o *tirthamkaras*, que significa ‘vencedores’ o ‘conquistadores’ en sánscrito. El

término hace alusión a la victoria espiritual de atravesar los sucesivos renacimientos, destruyendo el karma propio mediante el ascetismo.

A diferencia del budismo, el jainismo sostiene una visión mucho más rigurosa sobre el karma y la reencarnación del «yo». No se cree en la existencia de un Dios creador que pueda salvar el alma; el camino para convertirse en jina se centra en la purificación mediante el propio esfuerzo, donde el objetivo sería alcanzar la omnisciencia y la total liberación espiritual (*kevalajñāna*). Esta vía de evolución exige el cumplimiento estricto de tres pilares, conocidos como las tres joyas (*ratnas*):

- \* Una fe correcta (*samyak darshana*): se refiere a tener una comprensión objetiva y profunda de la religión y la vida, que nos permita llegar a la verdad.

- \* Una comprensión correcta (*samyak jnana*): hablamos sobre alcanzar una sabiduría espiritual que nos permita tener un conocimiento profundo del alma y la naturaleza.

- \* Una conducta correcta (*samyak charitra*): mediante una fe y una comprensión correcta, se trata de alcanzar una forma de vivir moral y ética, en consonancia con aquello que hemos comprendido. Incluye vivir según los principios de no violencia, desapego y honestidad.

Sin duda, es una invitación a reflexionar sobre nuestra forma de vivir, a contemplar el mundo que nos rodea, a convivir con los demás... En Europa hemos desarrollado muchas religiones que también nos hablan de estos principios de austeridad, no violencia y bondad o nobleza de carácter.

Estas tres joyas son fácilmente comparables a los ideales caballerescos de la Edad Media, a los preceptos de la religión judeocristiana o a los principios de diferentes filosofías clásicas.

## Estilo de vida: los cinco votos

Los monjes de esta religión realizaban un juramento de cinco votos estrictos que debían ser el pilar de su comportamiento y modo de vida:

*Ahimsa* (no violencia)

Es el pilar ético fundamental e inquebrantable del jainismo. Promueve la no violencia extrema y el respeto absoluto por cualquier forma de vida (humanos, animales, plantas y microorganismos), en pensamiento, palabra y acción. Quizás este ideal jainista pueda sernos familiar, ya que, siglos más tarde, sería popularizado a nivel mundial por Mohandas Gandhi, al reclamar la independencia pacífica de la India frente al Imperio británico.

Este compromiso se reflejaba de manera directa en su dieta y estilo de vida. Eran vegetarianos estrictos y muchos de ellos evitan el consumo de tubérculos (como la cebolla o el ajo) para no dañar a los microorganismos o plantas en el proceso de recolección, promoviendo siempre un comportamiento ético y ascético.

*Satya*, verdad

Conlleva un compromiso con la honestidad y la sinceridad. Este voto les prohibía mentir, exagerar o manipular la realidad de cualquier forma.



Otra forma de traducir esta palabra es ‘esencia de lo que existe’, es decir, que este voto es una forma de vida en la que se busca la verdadera esencia de las cosas, buscar la verdad tras lo velos de la materia y la subjetividad.

*Asteya*, no robar

Con este voto se comprometían a no tomar, desear o retener cualquier cosa que no hubiera sido dada libremente por su dueño. Si nos detenemos a pensarlo, este voto busca prevenir los celos, los rencores, los apegos, la avaricia... No es solo detener el impulso físico, también el pensamiento y el deseo.

*Brahmacharya*, castidad

Para los monjes, implica la abstinencia sexual total. En el caso de los laicos, se interpreta como la fidelidad estricta dentro del matrimonio y el control de los deseos sensuales. Implica mantener un trato digno y respetuoso con los demás y con uno mismo, no dejarse llevar por los impulsos del cuerpo y mantener una actitud y una conducta siempre decorosos.

*Aparigraha*, desapego

Este voto hace referencia a la no acumulación de bienes materiales más allá de lo estrictamente necesario. También fomenta el desapego hacia personas, lugares y objetos para evitar la codicia y mantener la conciencia fija en la búsqueda espiritual más allá de los placeres materiales. Busca un estilo de vida austero.

## **Reflexión final**

Aunque la India sea una cultura tan distinta a la nuestra, es inevitable observar ciertos paralelismos entre nuestro concepto occidental de lo que significa evolucionar o desarrollar la moral y el mismo concepto jainista.

Sin duda, esto nos habla de una inquietud del ser humano por conocer la naturaleza invisible y auténtica del mundo que nos rodea, por alcanzar una mejor comprensión de la vida y de nosotros mismos, independientemente de dónde o en qué siglo vivamos.

Quizá con este artículo no nos convirtamos al jainismo, pero sí nos sirve para abrir la mente a otras formas de pensar y, lo más importante, otras formas de buscar la sabiduría y nuestro desarrollo individual en nuestra vida cotidiana.

### **Bibliografía y webgrafía**

Bluecinante (2024, 21 de noviembre). ¿Qué son las RATNAS o JOYAS DEL JAINISMO? YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=O7qOtfc2E7c>

Bluecinante (2024, 22 de noviembre). ¿Qué son los PANCHAVRAT o 5 VOTOS del JAINISMO? YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=Jo5ERLq75JA>

Ciencia del Saber (2025, 18 de enero). El Jainismo: una antigua filosofía de la India. YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=ZUOlRjd13PQ>

Fernández, José Carlos (2024, 19 de octubre). Jainismo, filosofía en la India. Nueva Acrópolis España. YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=lg2K2SEcJzo>

Universitat Pompeu Fabra. El jainismo. Els llenguatges de l'absolut. Barcelona. <https://www.upf.edu/es/web/llenguatges-absolut/jainisme>

Wikipedia. Jainismo. <https://es.wikipedia.org/wiki/Jainismo>

Wisdom Library (2024, 24 de octubre). Atirupa, Atirūpa: 9 definitions. <https://www.wisdomlib.org/definition/atirupa#jainism>





## ACTO I

### **La ópera, un camino de conocimiento**

La música es el lenguaje más bello que comparten todos los seres humanos y, a través de ella, nos han sido transmitidos los misterios de la vida y de la muerte. Desde la cuna a la tumba nos acompañaron las nanas, los primeros juegos que adornábamos cantando y que nos unían inmediatamente con otros niños que compartían esos mismos códigos secretos, que abrían mágicamente la llave de la amistad. El amor, con sus dichas y desdichas, lo unimos a unas notas; basta oírlas para trasladarnos anímicamente al mismo estado. Y la misma muerte la coronamos de compases finales que anuncian a aquellos que nos han acompañado que el concierto ha culminado.

La historia nos ha legado a grandes maestros de este lenguaje, que lo han elevado a lo más sublime para el más excelso fin: adentrarse en el misterio de la vida: ¿por qué nacemos, por qué vivimos y por qué morimos, por qué nos duele recorrer los días? La música ha puesto a nuestro alcance el camino de la belleza y, transitando por él, mediando la piedad de las diosas, hemos comprendido, por un instante, que todo fluye hacia la verdad y hacia la justicia y que el suceder de momentos que consideramos irrelevantes en espera de la gran escena final no es sino una ilusión, porque la vida es mucho más generosa, y cada paso, cada encuentro, cada palabra es, como decía Salinger, un peregrinaje de Tierra Santa en Tierra Santa.

Sin duda, Puccini ha sido uno de esos audaces que nos ha guiado en ese sagrado transitar y su obra se ha caracterizado por otorgar un papel principal a la mujer y sus distintos dones, conociéndola y describiéndola, elevándola a la dignidad de entregada amante, de generosa dadora de vida, de sutil inspiradora y de intrépida guerrera que posee el secreto de la victoria.

Puccini nació en 1858 en la Toscana, en el seno de una familia de músicos que podía remontarse hasta una quinta generación. La Italia en la que se hizo hombre había logrado su unidad. Atrás había quedado el romanticismo, el de las grandes pasiones e ideales, y una nueva Europa se lanzaba en brazos de la sociedad industrial. Nace el cine, se inventa el teléfono, el hombre se vuelve veloz con los primeros coches y los aviones se elevan ante los ojos asombrados de los hombres, que pondrán en la técnica todas sus esperanzas. El positivismo lo invade todo, se cree que las ciencias diluirán el dolor en los tubos de ensayo de los laboratorios. En el arte destacan el simbolismo y el impresionismo.

También será Puccini un hijo de su tiempo, y su obra se verá teñida del denominado verismo. El verismo en música aparece a finales del siglo XX y esta tendencia relega los grandes temas románticos, fantásticos, simbólicos o legendarios, con sus grandiosas escenografías, para preferir esas lonchas de vida (*squarcio di vita*) tomadas de lo cotidiano y tanto más seguras de llegar al gran público, que amaba, reía, sufría y moría en los entornos que recreaba Puccini.

Este movimiento también constituía una reacción contra el wagnerismo, ya que reducía el papel de la orquesta al de un instrumento de acompañamiento, hasta no considerar la música más que un comentario sonoro. A la complejidad orquestal del drama lírico que inserta las voces en la trama sinfónica, se opone aquí un discurso más emocional. Decía el maestro: «No estoy hecho para las acciones heroicas. Me gustan los seres que tienen un corazón como el nuestro, que están hechos de esperanzas y de ilusiones, que tienen relámpagos de júbilo y horas de melancolía, que lloran sin aullar y sufren con una amargura interior».

Sería un error de base ver en Puccini un ser simple. Buscaba, sí, la sencillez, pero eso llevaba un proceso muy laborioso. Sabía exactamente lo que buscaba, sabía qué melodía precisa estaba escrita en el cielo de los arquetipos del filósofo griego, y esa y no otra, ni una nota más ni una menos, ni una palabra más ni una menos quería en el pentagrama y en el libreto.

El público ha identificado siempre el melodrama de Puccini con sus heroínas, a las que eleva y otorga un papel principal en su universo. Mimi, Tosca, Butterfly, Turandot, nos entregan lo que han aprendido viviendo y muriendo, con alegría o con desesperación, y nos transmiten su experiencia susurrándonos el viejo dicho: «*Mutato nómine, fabula de te narratur*», ‘cambia el nombre, y el cuento hablará de ti’.

## ACTO II

### *La Bohème*

Tolstoi nos decía que todas las familias felices se parecen, las desgraciadas lo son cada una a su manera. Es decir, que es en la desgracia donde se esconde la historia que es digna de ser narrada. *La Bohème* es una de estas historias.

Gracias a una beca, Puccini pudo trasladarse a Milán a seguir clases en el conservatorio. Durante esos años vivió la pobreza, que luego ilustraría en *La Bohème*. Las cartas que hay de esa época aluden a la frugalidad de las comidas, a la imposibilidad de asistir a las representaciones de la Scala por falta de dinero, a la necesidad de economizar.



En *La Bohème* se recrea un París lleno de artistas pobres, que viven entregados a su arte, pero que están terriblemente acuciados por la necesidad. No obstante, el ambiente que se percibe es alegre, porque si bien ni siquiera tienen combustible para alimentar el fuego y se ven obligados a avivarlo con las hojas de una novela, se saben creadores, y sienten que el cielo les da cierta licencia de pillería para aprovecharse de aquellos que solo rinden culto al vil metal.

La escenografía de *La Bohème* es cinematográfica, no hay nada de artificio, vemos simplemente pasar la vida ante nosotros. En los tiempos de Verdi, las escenas tenían preámbulos que los directores de escena tenían que planificar, pero aquí las arias surgen con la espontaneidad de la lengua hablada.

Como hace Chejov, como hace Dickens, como hace Conrad, Puccini pide piedad para el ser humano, nos muestra como somos, sin disimular nuestros defectos y nuestras miserias, pero sabiendo ver en nuestra alma el deseo de ser mejores. Su juicio es certero, pero no es implacable, sabe que el hombre es de barro y de fuego y que se debate en esa lucha. Sus óperas rezuman agradecimiento por todo lo que la vida nos otorga.

### ***Madame Butterfly***

*Madame Butterfly* es un caso aparte dentro de las óperas de Puccini. En ella todo es diferente. Toda la meticulosidad que observaba en sus composiciones es aquí ignorada, el equilibrio entre la perfección de la forma y el contenido se rompe. Sin embargo, es una de las obras que más ha conmovido a su público, a pesar de que la escenografía se da en un paisaje que nos resulta extraño, el Japón y sus costumbres. No obstante, la universalidad de la tragedia nos traspasa el corazón y, a través de ella, comprendemos y reconocemos los universales del amor, el dolor, el abandono, la traición y la muerte, pasando a ser anecdótico que la protagonista sea una geisha o que se hable de ciruelos en flor y de kamis.

El Japón de 1900 era un país lleno de contrastes, que apenas había dejado atrás el antiguo sistema feudal, con príncipes regionales y samuráis. Estaba a punto de comenzar la era Meijin, en la que se producen cambios vertiginosos en un corto periodo de tiempo, sumiendo a la sociedad del Japón en un profundo desgarró. La apertura de Japón a Occidente, el paso del kimono a la levita, trajo consigo todo el dolor que lleva abandonar los muros de la patria amada y conocida e introducirse en un paisaje desconocido, que les rechaza y que no comprenden. El abandono de la familia, las propias costumbres y hasta los mismos dioses para entregarse a una suerte nueva que resulta aparentemente fallida, se refleja con toda la intensidad en esta obra.

El argumento de la ópera nos cuenta la historia de una *geisha* de quince años, apodada Madame Butterfly, que se casa con el teniente Pinkerton, un marino americano, de paso por Nagasaki. El militar es un joven indolente que no ve en este matrimonio más que una diversión. Ella, en cambio, para poder amarle ha renunciado a la religión de sus antepasados; sus parientes, al conocer este hecho, la repudian, quedando la joven a la merced de Pinkerton.

En el acto II han pasado tres años desde la marcha de Pinkerton, que ha jurado volver «en la época de los ruiseñores». En ese tiempo, la joven se ha convertido en madre y espera ansiosa la vuelta de su esposo, hasta que le llega el terrible mensaje de que Pinkerton ha regresado, pero se niega a acudir a su lado, ya que ha venido acompañado de su esposa americana con la intención de quitarle a su hijo. En el último acto, Butterfly se rinde a su destino, entregará el niño a Pinkerton y morirá suicidándose.

Butterfly nos produce una profunda conmoción, porque no solo sentimos piedad por ella, sino que la comprendemos. Sentimos piedad desde el principio porque sabemos de la soledad de su amor. Pero eso mismo hace de ella una heroína. Su pasión, su entrega, su lealtad proceden de su alma. Es una fuerza que posee en su interior. Así vence la maldad y el egoísmo, porque pese a que el americano nada vale, ella no muda sus sentimientos. En ningún momento parece ridículo su inmenso amor frente al del americano superficial, la admiramos como hicimos con el ruiseñor del cuento de Wilde, que tiñó con la sangre de sus venas una rosa que creía destinada a un amante verdadero. El espectador rinde honores a la *geisha* y sabe que ese amor tiene algo de sagrado.

## **Tosca**

La Tosca procede de una obra del mismo título de Sardou. Puccini la presencié en Milán interpretada por la famosa Sarah Bernhardt. La obra se representó en francés, idioma que Puccini desconocía; sin embargo, pudo seguir la representación escena tras escena. En seguida se dio cuenta de las posibilidades que la obra tenía para ser llevada a la ópera. El resultado fue la ópera teatral del sur por antonomasia, que conjugaba bondad, maldad, belleza y terror. El ambiente de *Tosca* no es ni romántico ni lírico, sino apasionado, penoso y oscuro. La obra requiere nervios templados en sus héroes y en sus espectadores, que son testigos de torturas, un intento de violación, un asesinato, una ejecución y hasta un suicidio.

El argumento transcurre en una fecha capital en la historia de Italia, el 14 de junio de 1800, el día en que sería invadida por Napoleón, y la acción se desarrolla en los lugares más emblemáticos de Roma. En el interior de la iglesia de San Andrea della Valle de

Roma, Angelotti, antiguo cónsul de la república romana y prisionero evadido, se esconde en la capilla de los Attavanti. En ella entra el pintor Mario Cavaradossi, que trabaja en el lienzo de una Madona.

Angelotti sale entonces de su escondite y pide refugio a Mario, quien accederá a ayudarlo ya que también él es un republicano simpatizante. En el momento en el que el cañón anuncia que la evasión de Angelotti ha sido descubierta, la iglesia se llena de sacerdotes y de fieles para el *Te Deum*, celebrando la derrota de Bonaparte. En el segundo acto, la acción gira en torno a Scarpia, jefe de la policía, un sádico que adivina que Cavaradossi ha ayudado a Angelotti en la fuga. Scarpia desea a Tosca, la novia del pintor, y le obliga a escuchar las torturas a las que está siendo sometido su novio, que no quiere revelar el escondite de Angelotti.

Ella, finalmente, no puede soportar los sufrimientos de su prometido y revela el escondite. El torturador le promete a Tosca dejarles escapar con vida si ella se le entrega. Ella finge aceptar el acuerdo. Fingirán el fusilamiento de su prometido y, luego, ellos podrán huir con un salvoconducto. En el tercer acto, Mario, el pintor, se dispone a morir, pero Tosca llega y le comunica que el fusilamiento es solo una farsa. Sin embargo, Scarpia, el villano, le había engañado y las armas finalmente sí estaban cargadas. Tosca, desesperada ante la muerte de su amante, se lanza al vacío.

*Tosca* podría considerarse la obra más wagneriana de Puccini, debido a la utilización de *leitmotivs*, que en su caso no se desarrollan, sino que se utilizan como símbolos. Puccini crea una auténtica dramaturgia fílmica. El mismo comienzo de la obra es sobrecogedor, ya que no hay obertura, sino tres acordes de una gran violencia que constituyen el leitmotiv de Scarpia. Tras ellos no sabemos en qué tonalidad seguirá el discurso, y lo primero que sentimos es una gran desorientación. Esos acordes están en relación directa con la naturaleza íntima del personaje Scarpia, del torturador, un



auténtico criminal que ha instaurado un régimen de terror. La violencia, el desconcierto que nos transmiten esos tres acordes que se insinúan cada vez que Scarpia aparece, y convierten la metáfora musical en una experiencia en cada uno de los oyentes.

Tosca es un personaje lleno de contrastes y, por lo tanto, muy difícil de perfilar musicalmente. La vida la pone en una situación límite, y Puccini escribe una de las arias más conmovedoras para soprano: «He vivido solo para el arte y el amor. No he hecho mal a alma alguna». Tosca se pregunta: «¿por qué Dios me prueba de esta forma?». Tosca, cuyo destino es amar y vivir, se ve obligada a asesinar y a suicidarse.

## ***Turandot***

*Turandot* fue la última obra de Puccini. Trabajó en ella durante cuatro años, en condiciones deplorables, enfermo, desanimado y con el temor de no ser capaz de terminarla. Hasta el último aliento luchó el alquimista Puccini con su gélida heroína, buscando el modo de transformarla en una amante, convirtiendo en fuego el hielo de su corazón.

El argumento de la ópera es el siguiente: un edicto anuncia que el pretendiente de sangre real que pretenda casarse con la princesa Turandot deberá acertar las tres adivinanzas que ella le formule. Si no acierta, será decapitado. El príncipe Calaf, pese a ver en la pica las cabezas de sus antecesores, resuelve afrontar la prueba totalmente hechizado ante la belleza de la cruel princesa. El padre del príncipe y Liù, la esclava que le ama en silencio, quieren hacerle desistir de su idea, pero el príncipe insiste pertinaz. Él, finalmente, acierta las pruebas, pero Turandot no quiere entregarse a él.

A su vez, el príncipe no quiere poseerla contra su voluntad, sino que ambiciona que ella libremente le otorgue su amor. De modo que el príncipe le ofrece a Turandot devolverle su libertad si a la mañana siguiente adivina su nombre. Liù, la esclava, es la única que





conoce su identidad, pero en un acto de amor heroico prefiere morir torturada antes que revelar su nombre. Turandot, conmovida, derrite el hielo de su corazón y descubre en su alma el amor que siente por el príncipe. El personaje de Turandot carga con la culpa de los tiempos, con la humillación y la degradación de su antecesora, que había sido violada mil años antes por un intruso. Es la culpa de la humanidad, la rueda de la venganza y de las acciones encadenadas lo que se deposita en este caso en Turandot, quien no se siente libre de renunciar al fatídico legado que le impide amar.

Pero ¿qué significado tenía para Puccini esta Turandot con la que sabía que se despedía del mundo? Probablemente, no es casual que en esta su última obra concurrieran los elementos simbólicos de la búsqueda del nombre, que la tradición identifica con la misma esencia de lo que cada hombre es, y la revelación de que ese nombre que estaba oculto detrás es el amor.

### ACTO III

#### **La ópera, maestra de vida**

Puccini nos ha legado su obra viva y, con sus distintas heroínas, nos ha mostrado el alma femenina y sus atributos. Ellas son el corazón del mundo que recrea; alrededor de sus presencias, se teje la vida y la muerte. Representan el amor que mueve el mundo, la lealtad que es hija de la voluntad, que permanece firme en su palabra, aunque todo mude en derredor, personifican la esperanza que nos hace persistir, la alegría que aligera y que siembra de energía y de juventud cuanto las rodea, son el abrazo que protege y consuela, son la evocación de un ideal que las traspasa, de la belleza que necesitamos como el respirar.

Mimi, Butterfly, Tosca y Turandot nos han precedido; su dolor nos salvará del nuestro y su experiencia se convertirá en camino que nosotras podremos transitar. Sus cantos valientes nos han revelado que somos dueñas de nuestro destino, que las luchas y sufrimientos jamás son estériles, que en las noches más oscuras brillan las estrellas de amor y de esperanza y que el alba nos quiere vencedoras.



Los números de Hemachandra corresponden a lo que conocemos en Occidente como la sucesión de Fibonacci. Recientemente, algunos matemáticos y divulgadores orientales han propuesto el cambio de nombre, puesto que fueron descritos por Hemachandra cincuenta años antes que Leonardo de Pisa, conocido como Fibonacci (1170-1240).

Leonardo acompañó a su padre en su estancia como cónsul de la república de Pisa en el norte de África (la actual Argelia). Fue allí donde aprendió el sistema de numeración árabe, o mejor dicho, indo-arábigo. Este fue un hecho crucial, pues en Europa aún se utilizaban los números romanos. Fibonacci era consciente de la superioridad de este sistema de numeración decimal, con notación posicional (unidades, decenas, centenas, etc.) y la incorporación de un dígito de valor nulo: el cero.

En 1202, a los treinta y dos años de edad, publicó lo que había aprendido en el *Liber abaci*, en español «El libro del cálculo». En dicho libro, además de divulgar este sistema de numeración, presentó la famosa secuencia de números (1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34...) mediante un problema práctico sobre el crecimiento de la población de conejos, haciéndola accesible a comerciantes y eruditos europeos.

En cuanto al origen indio, tendríamos que remontarnos a Pingala (alrededor del 200 a. C.). En *Chandaḥśāstra*, un texto sobre la prosodia sánscrita, Pingala describió un método para contar combinaciones de sílabas cortas y largas en la poesía sánscrita.

El objetivo era averiguar cuántas combinaciones métricas existen para un verso con una duración musical o métrica fija. Si deseas crear un verso que sume un total de unidades de tiempo (pulsos métricos), la cantidad de combinaciones musicales sigue exactamente la sucesión de la que estamos hablando:

Para 1 pulso: solo hay 1 opción (una sílaba corta).

Para 2 pulsos: hay 2 opciones (dos cortas, o una larga).

Para 3 pulsos: hay 3 opciones (corta-corta-corta, corta-larga, o larga-corta).

Para 4 pulsos: hay 5 opciones posibles (corta-corta-corta-corta, corta-corta-larga, corta-larga-corta, larga-corta-corta, o larga-larga).

Para 5 pulsos: hay 8 opciones posibles.

Y así sucesivamente.

Vemos, entonces, que el número de metros de longitud sigue el patrón 1, 2, 3, 5, 8, idéntico a la secuencia de Fibonacci.

Posteriormente, el erudito Virahanka (siglos VI-VII d. C.) formalizó la regla recursiva, estableciendo que el número de metros de longitud  $n$  es igual a la suma de los metros de longitud  $n-1$  y  $n-2$ . Así quedó formulada la secuencia matemática.

Siglos más tarde, otros eruditos indios como Gopala (c. 1135) y Hemachandra (c. 1150) tomaron la regla de Virahandra y escribieron por primera vez la secuencia explícita de números enteros de forma totalmente clara: 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21... Hemachandra fue el primero que documentó esta sucesión de números, que quizás llegó al norte de África y posteriormente a Europa con Fibonacci, que nunca se atribuyó su descubrimiento. Fue en el siglo XIX cuando el matemático francés Édouard Lucas, que se dedicó al estudio y generalización de estas sucesiones, la denominó sucesión o números de Fibonacci.

## **Propiedades de la sucesión de Fibonacci-Hemachandra**

Las propiedades matemáticas de esta serie provienen de su tratamiento de las recurrencias, que son también la base del desarrollo de la naturaleza. La recurrencia surge de que cada nuevo número en la secuencia se origina a partir de los números anteriores. También se relaciona con la poesía y la música, que fue el trabajo de Hemachandra, estudiando los ritmos. El estudio de la armonía fue el que condujo a otro célebre matemático, Pitágoras, a indagar sobre la relación entre los números y el universo.

Esta sucesión tiene interesantes propiedades aritméticas, que quizás no sean tan admiradas por el público en general por su particularidad matemática. En primer lugar, la que descubrió Virahanka: cada elemento de la sucesión es la suma de los dos anteriores. Por eso mismo, la suma de  $n$  términos es igual al término  $n+2$  restándole el número 1. También el cuadrado de cada término o la suma de los anteriores tiene curiosas identidades, que veremos posteriormente con una aparente paradoja geométrica. Además, dos números de Fibonacci consecutivos cualesquiera siempre son primos entre sí.

En cuanto a las propiedades geométricas, la más trascendente es que el cociente entre dos términos consecutivos es una sucesión que se aproxima al número áureo ( $\phi$ , aproximadamente 1,6180339...). Con la sucesión se pueden construir rectángulos áureos, con los que dibujando un cuarto de círculo en el centro de los cuadrados se genera una espiral logarítmica perfecta.

Hay otras propiedades geométricas sorprendentes: por ejemplo, cualquier conjunto de cuatro números consecutivos de Fibonacci se puede utilizar para generar un triángulo rectángulo con lados enteros, estableciendo un vínculo con el teorema de Pitágoras. Por ejemplo, con 2-3-5-8, tendríamos un cateto al multiplicar el primero por el último ( $2 \times 8 = 16$ ), otro cateto con el doble de los dos números del medio ( $2 \times 3 \times 5 = 30$ ) y la hipotenusa sería la suma de los cuadrados de los dos del medio ( $3^2 + 5^2 = 34$ ). Así, se cumple el teorema de Pitágoras:  $16^2 + 30^2 = 34^2$  ( $256 + 900 = 1156$ ).

También la sucesión está relacionada con la construcción del pentágono (por su vínculo con el número áureo) y con el icosaedro y el dodecaedro. La secuencia de Fibonacci-Hemachandra aparece también en las diagonales del llamado *triángulo de Pascal* (o *triángulo de Tartaglia*), que se utiliza para los términos del binomio de Newton o para hallar las combinaciones posibles que existen al lanzar monedas o elegir elementos.

Otra vinculación sorprendente es la paradoja del cuadrado rompecabezas, que se genera al transformar aparentemente un cuadrado cuyo lado es un número de Fibonacci (por ejemplo, 8) en un rectángulo cuyos lados son los números anterior y posterior (5 y 13), de forma que parece que  $8 \times 8 = 5 \times 13$ .

Pero lo más interesante es su presencia en la naturaleza y el arte. Las hojas en los tallos de las plantas, las escamas de las piñas de los pinos y las semillas de los girasoles se distribuyen siguiendo estrictamente espirales con números de esta sucesión para optimizar la captura de luz solar. Asimismo, el número de pétalos de las margaritas siempre es igual a uno de los números de esta famosa y sorprendente secuencia.

Y, por último, las proporciones áureas en el arte nos acercan al modelo de belleza armónica y en ellas podemos encontrar dimensiones y razones basadas en esta sucesión.



# Los *aranis*, creadores del Fuego en los VEDAS

*José Carlos Fernández*

«El Akasa es indispensable agente de toda *kritya* u operación mágica, ya religiosa, ya profana. La expresión brahmánica “excitar el Brahma” (*Brahma finvati*) significa despertar el poder latente en el fondo de las operaciones mágicas, pues los sacrificios védicos son magia ceremonial. Este poder es el Akasa o electricidad oculta, el alkahest de los alquimistas o disolvente universal, la misma anima mundo, como luz astral. En el momento del sacrificio está embebida en el espíritu de Brahma y mientras aquel se lleva a cabo es el mismo Brahma. Este es evidentemente el origen del dogma cristiano de la transubstanciación» (H. P. Blavatsky, *Isis sin velo*).

«Los Vedas fueron escritos en una lengua ya arcaica en la época de su recopilación; su verdadero significado era esotérico y alegórico. Las generaciones posteriores, al perder la clave, se aferraron a la letra muerta y los convirtieron en un registro de ritos y ceremonias carentes de sentido» (*Mahatma Letters*, cartas de 1881-1882 a Sinnett y Hume).

Este último texto, de uno de los Maestros de la gran sabia rusa, el que ella señala con la letra M., es profundamente revelador. Este «verdadero significado esotérico y alegórico» da una dimensión casi sin medida a los himnos védicos y a los elementos que en ellos aparecen, y que configuraron, no sabemos desde cuándo, sus rituales.

Importantes son, sin duda, aquellos que permiten dar nacimiento a Agni, el dios del Fuego, siendo este la divinidad más importante de todos los Vedas, pues el Fuego es la Esencia o Yo de todo cuanto vive en cualquiera de los planos de conciencia del universo, su eje central y principio animador.

«Y estos<sup>1</sup> tres [Flamma, Natura, Mater] son todos cuaternarios completados por su Raíz, el Fuego. El Espíritu, más allá de la Naturaleza Manifestada, es el SOPLO ÍGNEO en su

---

<sup>1</sup> *Doctrina Secreta* de H. P. Blavatsky.

Unidad Absoluta. En el Universo Manifestado, es el Sol Central Espiritual, el Fuego Eléctrico de toda Vida [¿el Sol Negro, centro y eje de giro de nuestra galaxia?]. En nuestro Sistema, es el Sol visible, el Espíritu de la Naturaleza, el Dios terrestre. Y en, sobre y alrededor de la Tierra, el espíritu ígneo de la misma: *Aire*, Fuego fluídico, *Agua*, fuego líquido; *Tierra*, Fuego sólido».

Nos referimos, entonces, a los Aranis, las piezas de madera que al friccionarse hacen nacer al fuego que dormía en su sustancia. Estos Aranis, en las versiones más antiguas, son los dos vástagos o diámetros de la cruz (el horizontal y el vertical), y su roce es el que hace girar la cruz y se convierte en esvástica, el mejor símbolo del dios del Fuego como fricción dinámica del espíritu y la materia.

«Las dos<sup>2</sup> líneas que forman la esvástica significan el Espíritu y la Materia, y los cuatro garfios indican el movimiento en los ciclos de revolución [...]. Es el Alfa y Omega de la Fuerza Creadora universal, desarrollándose del Espíritu puro y terminando en la Materia densa».

En las versiones más conocidas y rituales, los dos piezas son de forma cilíndrica (simbolizando el principio generador masculino, el Padre, *Uttara Arani*) y cuadrada (la Madre, el principio femenino, *Adhara arani*), con una abertura cónica en el centro, que hacen nacer al Hijo, que es el Agni, el Fuego.

Otro de los nombres del Arani vertical y móvil (pues el horizontal permanece inmóvil) es Pramantha, cuya etimología<sup>3</sup> es:

**Prefijo Pra-** (प्र): Significa ‘hacia adelante’, ‘con fuerza’, ‘intensamente’ o ‘progresivamente’. Funciona como un intensificador de la acción.

**Raíz Manth o Math** (मन्थ् / मथ्): Es un verbo que significa ‘batir’, ‘girar violentamente’, ‘frotar para producir fuego’ o ‘conmocionar’. Es la misma raíz que se utiliza para el famoso mito del *Samudra Manthan* (el batido del océano de leche).

**Sufijo -a:** Transforma la raíz verbal en un sustantivo, denotando el instrumento o la acción misma.

H. P. Blavatsky, en su *Doctrina Secreta*, dice que puede haber una relación entre esta raíz *Manth* y *Manthana*, en griego, que es ‘aprender, adquirir conocimiento’, y de ahí Prometheia, conocimiento previo, previsión, dando nombre a otro dios o titán, el que trajo el fuego mental a los hombres, PROMETEO.

Es muy evocador pensar que aprender es hacer friccionar nuestra mente hasta que en ella se enciende un fuego, que duerme en la misma como poder latente. Los tres hijos de Agni o formas del Fuego, Pavaka (Fuego Eléctrico, el Rayo), Pavamana (Fuego por Fricción, el de la madera) y Suchi (Fuego Solar, la Luz), generan cada uno 15 hijos, con lo que en total, con Agni, forman 49 (7 x 7), el equivalente hindú al egipcio de los 49 fuegos de Ptah (el Fuego Universal, su dinamismo en los 49 planos de conciencia de cuanto existe).

---

<sup>2</sup> *Idem*.

<sup>3</sup> Esta etimología del sánscrito y las citas de los Vedas han sido obtenidas con ayuda de la I.A.



H. P. Blavatsky nos dice que uno de los significados del Fuego por Fricción es la fricción entre las dos formas de la mente, la abstracta y la concreta, superior e inferior, Manas y Kamamanas, que permiten el verdadero conocimiento, la vivencia-sentido de lo que se aprende, aquello que permite eternizar las percepciones y pensamientos en ideas sublimes, hacer arder lo que conocemos para que irradie luz (sabiduría) y calor (amor). Todo el proceso evolutivo humano en el reino mental, que es el nuestro, se basa en ese proceso de «encender el fuego», aprehendiendo el sentido de toda experiencia y conocimiento.

Este debe de ser uno de los sentidos de la alegoría en que el rey Pururavas quiere recuperar a la ninfa celeste (*apsara*) Urvasi, su amada, y recibe de los Gandharvas los dos Aranís. Al frotarlos encenderá un fuego sagrado que le permite convertirse a sí mismo en un ser celestial y retornar al mundo divino. El fuego divino mental de los Manasaputras vuelve a la vida por medio de la fricción de la mente consigo misma (del aspecto superior y el inferior de la misma, como la danza del aire en el agua, del que nace la blanca espuma del mar) y embebida en un ideal que permita sostener esa llama y que esta se eleve al cielo. Sin ideal no hay filosofía, nos enseñó el profesor Jorge Ángel Livraga.

Recordemos que en los Vedas, desde el primer himno, Agni es el «sacerdote del sacrificio (el *purohita*)», el que «trae a los dioses aquí»; y al que se le llama «el niño sin culpa que descansa en el regazo de sus padres» (las dos maderas que lo guardan en su seno hasta que el sacerdote las despierta, en el ritual, o el filósofo en sus preguntas<sup>4</sup> y

---

<sup>4</sup> La capacidad y necesidad de preguntar, o sea el querer saber es la naturaleza más pura de la filosofía. En la etimología de esta palabra hallamos ese querer o tendencia (*Philo*) al saber (*Sophia*). Curiosamente, los simios, aunque llegan a aprender centenares de signos del lenguaje de sordomudos y expresan sus sentimientos con los mismos, nunca hacen preguntas para aprender más. Esto significa imaginar un mundo de conocimiento en la mente de quien dialoga y querer que lo comparta. Ese es el fuego mental. El fuego que llama al fuego.



respuestas). La madera base (Arani inferior) es llamada «señora de la casa» y los diez dedos del sacerdote que van a hacer girar el Pramantha (Arani superior) son las diez doncellas, hermanas o dadores de movimiento. En una clave, si el fuego es Fohat, la corriente eléctrica universal que crea en un mundo de causas y efectos, objetivo, la subjetividad pura de un mundo ideal, permanente; quizás esas 10, también llamadas «madres», sean los Números, porque todo lo gestado se hace en función de ellos. Fohat es la Barca portadora de estas diez Ideas, el «Hijo Veloz de los Hijos Divinos [Números] cuyos Hijos son los Lipika [Leyes]», como se le llama en los versos de la *Doctrina Secreta*.

El himno védico dice:

«En los dos Aranis yace oculto el conocedor de todas las criaturas (Agni), bien guardado, como un embrión en las entrañas de las mujeres embarazadas. Día tras día debe ser invocado y alabado por los hombres que despiertan».

En la clave filosófica, es el alma que despierta al sentido de la vida y tiene que guardar el fuego, evitar automatizarse y perder el sentido, perder aquello que le permite ser ígneo y luminoso, fiel a aquello que siempre fue, es y será, por oposición a lo que nace, vive muriendo, y muere deshaciéndose en sus factores originales. Seguir el camino del fuego, no dejar de hacerse preguntas, de elevarse hacia lo alto, de quemar la madera de la personalidad, secándola antes de humedades viciosas.

Se explica que el Arani superior o Pramantha crece en el árbol Ashvattha (*Ficus Religiosa*) —que es el del conocimiento— y el Arani femenino en el Árbol Sami, pero

que a la hora de construir estos Aranis, debe buscarse un ramo del Ashvattha que haya nacido sobre o dentro del árbol Sami (*Prosopis cineraria*). Esta última es una madera muy dura y resistente, que retiene el calor y evoca la paz, la contención, la tierra. Un mito védico dice que el fuego ardía en el universo entero, pero que el árbol Sami absorbió su ira y lo apaciguó en el interior.

En los Vedas es también descrito el proceso ceremonial para buscar estas maderas, juntas. El sacerdote del sacrificio debía encontrarlas, pedir perdón por cortar sus ramas, con mantras específicos para no dañar a los espíritus de la naturaleza, hacerlo con herramientas limpias (de bronce o cobre) en fases lunares específicas (luna nueva o creciente); las maderas no debían tocar el suelo al ser cortadas y eran envueltas en un lino blanco y limpio, y debían ser secadas a la sombra en un lugar sagrado para evitar que la humedad apagara el «fuego latente». Después, eran talladas en la forma de un bloque cuadrangular (el Arani femenino) con un pequeño orificio cónico en el centro, y el masculino, con forma perfectamente cilíndrica. Antes del sacrificio, ambas maderas eran ungidas con mantequilla clarificada sagrada, que lubricaba el mecanismo y evitaba el desgaste de la madera por fricción.

Un mantra estaba dedicado al hacha de hierro que cortaba la madera del futuro Arani, para que no ejerciera violencia innecesaria, para apaciguarlo. Decía:

«¡Oh herramienta, no lo dañes! ¡Oh hacha de hierro, sé suave! Pasa a través de esta madera como el agua pasa por la tierra, liberando el fuego que yace dentro sin destruir el espíritu del árbol».

Y mientras se realizaba el corte de lo que sería el Pramantha, se vertía una gota de agua o mantequilla clarificada en el corte restante del árbol vivo diciendo:

«Que tus ramas vuelvan a crecer con fuerza. Que mil nuevos brotes nazcan de ti. Mientras te quitamos esta parte, que tu savia y tu vida permanezcan intactas en la raíz».

Cuándo, cómo y por qué, cuáles eran las estrellas regentes y la relación con la aurora y con las estaciones del año en el encendido del Fuego frotando los Aranis, es un tema de vital importancia y muy sugerente en los detalles... que merece un artículo aparte.

Es interesante reflexionar sobre la relación que el filósofo y místico Jinarajadasa da sobre cómo se manifiestan los tres Logos (en el sentido platónico) en la naturaleza:

Primer Logos, Divinidad-Humanidad (el desenvolvimiento de la conciencia).

Segundo Logos, Vida-Forma (la evolución de la vida cristalizando formas acordes).

Tercer Logos, Materia-Fuerza (la arquitectura de las formas en la materia).

La fricción de los «aranis», de cada uno de esos factores, es lo que produce el fuego de ese Logos: lo humano rozándose con lo divino (en sus elecciones del bien contra el mal), la vida con las formas (que son su vehículo pero que la aprisionan también), y la Fuerza con la Materia, combatiendo contra su inercia). Así, la presencia del Logos es siempre una fuerza viva continua, un dinamismo presente en el hexágono (tres pares) de la naturaleza. Una acción purificadora que sutaliza y eleva hacia la dimensión de lo eterno.

# Las MUJERES que escribieron los VEDAS

*José Carlos Fernández*

Se ha dicho, con acierto, que los Vedas son la Biblia más antigua de la humanidad, e incluso, que la mayor parte de los credos religiosos beben en sus enseñanzas, alegorías y metáforas, o sea, que es la raíz madre del árbol o bosque de la mayor parte de las religiones del mundo.

Sobre la antigüedad de los Vedas hay muchas incertidumbres y, siendo la tradición de los indoarios primero oral, es difícil saber cuándo realmente fueron compuestos los himnos que forman este libro sagrado: el 2000 a. C. en las versiones más conservadoras, 6500 a. C. las que reconstruyen cómo estaba el cielo en distintos pasajes específicos, haciendo cálculos astronómicos inversos.

Y también creemos que, a diferencia del hinduismo patriarcal<sup>1</sup> y «machista», a posteriori, en la mentalidad védica primitiva la mujer, la inseparable compañera del hombre, participa con él (o de forma independiente) en sus estudios, en sus elevaciones místicas, en su acceso a lo sagrado. Así, un buen número de revelaciones divinas de estos himnos se deben a *rishis* (profetas) mujeres, aunque se cree que algunas de estas eran, no humanas, sino diosas. Conservamos los nombres de estas sabias videntes o *rishikas* y los himnos que compusieron, aunque realmente no sabemos si es firma de mujer o el nombre lo da el tema-alusión.

**Lopamudra** es el nombre a quien se atribuye el Himno 1.179, aunque parece narrado por un discípulo de Agastya, el marido de esta *rishika*. Este personaje parece realmente

---

<sup>1</sup> El *Libro de las Leyes* de Manú, código legislativo de la India antigua ya prohíbe, en general, a las mujeres officiar en rituales y recitar mantras. Dado que esto es incompatible con la existencia de las *rishikas*, habría que saber en qué momento fue adulterado el texto original.

mítico. Recrimina al asceta y sabio Agastya que, con tanta austeridad, no cumpla sus deberes sexuales como marido, y más ahora que ella no es tan joven. Agastya se empeña «excavando una y otra vez con las herramientas adecuadas» y generando toda una progenie. Evidentemente, se alude a significados místicos, no literales, de este himno, en relación con el Soma, a quien es necesario traer desde su residencia celeste.

«Soma (Sánsc.) – La luna [Chandra], y también la bebida sagrada confeccionada con el zumo de la planta de dicho nombre, usada en los templos para producir un estado de éxtasis. Soma, la luna, es el símbolo de la Sabiduría secreta. En los Upanishads, dicha palabra se emplea para designar la materia densa (con una asociación de humedad) capaz de producir vida bajo la acción del calor» (*Glosario teosófico*, H. P. Blavatsky).

**Ghosh** es otra *rishika*, a quien se atribuyen los himnos 10.39 y 10.40 dedicados a los dioses curadores, los Ashvins. Reconstruye sus poderes y sus hazañas para rejuvenecer, para salvar de la muerte, para acudir fácilmente a quienes le invocan. El final del 10.39 es de pura delicadeza femenina:

«Este himno para vosotros, oh Ashvins, lo hemos labrado como los Bhrgus un carro. Lo hemos dispuesto y hecho resplandecer, como una joven que se adorna para su amante, como se sostiene siempre a un hijo, un niño querido, en el corazón».

**Sukta** es otro de los nombres que aparecen, como autora del himno 10.125, y encarna la Voz del Eterno Femenino (Vak) y su poder transformador, declarándose la fuerza cósmica suprema y creadora del universo. Ella se convierte en la Palabra Sagrada, «avanzo como el viento, asiendo todos los mundos; más allá del cielo, más allá de esta tierra, tan grande llego a ser por mi poder»; y «doy a luz al Padre en la cumbre de esta existencia; mi seno está en las aguas, dentro de la hondura del océano; desde allí me alzo y recorro todos los mundos; y con mi cuerpo de inmensidad toco aquel cielo lejano». ¿Y quién podía encarnar esta voz si no es una mujer inspirada, una sabia que se convierte en vehículo de la Gran Madre del Mundo? Y así, ella puede decir:

«Yo soy la reina soberana, la congregadora de tesoros; yo soy la consciente conocedora, la primera entre los dignos del sacrificio. Los dioses me han colocado en muchos lugares, ampliamente establecida, entrando en mucho, en muchas formas y seres».

**Apala** es otro de los nombres asociados a las rishikas y el de un extraño himno védico, el 8.91. Difícil saber qué es alegórico, aunque su leyenda en el Mahabharata como amante del dios Indra aclara el texto paradójico, o más bien lo reconvierte. Apala, hija de Atrá, la Noche, sería una doncella, ¿rechazada por su marido por ser aún núbil? Pide que crezcan las tres superficies: las plantas en la hacienda, el cabello en la cabeza del padre y su vello púbico (sea, que se convierta en una mujer, de niña que es). Habría encantado al dios Indra al bajar al río a por agua, habría encontrado la planta de soma y exprimido con su propia boca, mordiéndola y ofreciéndosela al dios. Pasando ritualmente después por el hueco centro de una rueda de carro, por el de una carreta y por el del yugo, deja, como una serpiente, sus tres pieles (¿las tres vestiduras del alma: física, psíquica y mental?) y queda con piel de Sol. En rituales posteriores se ha usado este himno para la curación de las enfermedades de la piel, pero evidentemente es mucho más. Nos quedamos con la belleza fonética y semántica del:

Kuvíc chakat kuvít kárat  
Kuvín no vásayasas kárat  
¿Acaso podrá, acaso lo hará?  
¿Acaso nos hará más felices?  
Referido al dios Indra, el de los cien poderes.

El atribuido a **Visvavara** es el himno 5.28. Ella actúa como sacerdotisa (*rishika*) ejerciendo en un ritual de sacrificio y pidiendo armonía familiar y protección. El himno está dedicado a Agni, a quien ella ofrenda. El nombre de esta *rishika* significa, «que contiene o garantiza todos los bienes o tesoros» o «querida por todos».

«Agni, cuando, encendido, extiende su fulgor en el firmamento y resplandece ampliamente en presencia del amanecer, Viśvavārā, mirando hacia el este, glorificando a los dioses con alabanzas y portando el cucharón con la ofrenda, avanza (hacia el fuego sagrado)».

El comentador de los Vedas, Sayana, dice que ella significa el «nueve femenino» (¿como Neftis en Egipto?), la que repele a todos los enemigos cuya naturaleza es el pecado. En el himno se le pide a Agni que preserve la concordia entre el marido y la mujer y que permita sobreponerse a todas las energías de lo hostil.

En el caso de **Sūryā Sāvitrī**, la hija del dios Sol, el himno es el 1.85 y el 1.145. Un himno famoso, pues se recita en los matrimonios. El rito hace del matrimonio el sello o eco de un acto cósmico fundamentado en la verdad (*satya*) y en el orden (*ṛta*). Desde luego, el primer himno no parece fácil interpretarlo. Por un lado, ella es la «hija del Sol» y a Él vuelve, desde la oscuridad de la tierra y las ataduras. Este retorno se hace alegórico del viaje de la novia al esposo, convertida en su mujer.

«La mente fue su carro; el cielo fue su cubierta. Dos toros resplandecientes quedaron uncidos cuando Sūryā avanzó hacia la casa». (...) «Puras son tus ruedas en marcha, el eje está bien guiado y puesto en movimiento. Sobre el carro tejido por la mente, Sūryā asciende, yendo hacia el Señor». Aquí parece el rayo de Dios (el Sol) que vive en cada uno, que retorna a su morada usando la mente como vehículo.

Y aquí el buen augurio de un buen matrimonio: «Que no los hallen los acechadores del camino: a esos dos que se sientan juntos como un solo señorío de casa. Por buenos pasos crucen lo de difícil tránsito; sean expulsadas las fuerzas hostiles, retrocedan los adversarios». Podemos decir hasta en una traducción libre: «Primero la Luna te sonrió; luego, la música de las palabras hizo su encantamiento; y luego, el fuego de la pasión te devoró» (Soma te halló primero; el Gandharva te halló después; el tercero es Agni, él es tu esposo, los cuartos son los hijos de los hombres).

Y así, otros nombres de rishikas aparecen, pero siempre nos queda la duda de si son las mujeres-sacerdotisas que recitaron por vez primera, inspiradas, los himnos, o si son fuerzas celestes que se tejen en la tierra, y es en torno de ellas, femeninas, que giran los significados de la oración.

## Anexo

En relación con el himno de Lopamudra (el 1.179) es muy interesante la traducción de Dayananda Saraswati, que le da un buen giro a los significados (pág 199 y ss.):

<https://ia803209.us.archive.org/26/items/wg868/WG868-2013-RigVeda.pdf>

# El general CUSTER: murieron con las botas puestas (I)

*José Manuel Escobero*

*Nido del cuervo. Lugar desde donde los exploradores localizaron la manada de ponis.*

«Un explorador es como un lobo solitario, que debe estar mirando, mirando, mirando todo el tiempo» (Red Wing, explorador crow, citado en el Memorial Indio de Little Bighorn).

Cuando los exploradores coronaron el promontorio, aquella fresca mañana del 25 de junio de 1876, por fin divisaron en la lejanía —a casi 25 km de distancia— la evidencia de que habían encontrado lo que buscaban (Philbrick, 2010). Allá abajo, en un meandro del riachuelo, algo se movía como un derrame de arena sobre una duna: una inmensa manada de ponis. Los exploradores crow y arikara no sabían si alegrarse por el hallazgo o temer el futuro que aquel encuentro presagiaba (Ambrose, 1996). Utilizados como rastreadores por el teniente coronel George Armstrong Custer, que los seguía a poca distancia al mando de su famoso Séptimo de Caballería, comprendieron enseguida lo que significaba aquella concentración de caballos (Utley, 2004). No eran animales salvajes, perdidos en la llanura; eran la señal, tan clara como una hoguera en el desierto, de la presencia de los indios considerados «hostiles» por el Gobierno de los Estados Unidos: aquellos que no habían aceptado regresar a las reservas ni someterse a las últimas exigencias militares (National Park Service, s. f.). Allí, junto al Little Bighorn, se apretujaban cheyennes del norte y arapahoes y lakotas, bajo la autoridad espiritual y guerrera de jefes tan prestigiosos como Toro Sentado y Caballo Loco (Marshall, 2004). Allí iba a decidirse, en apenas unas horas, quién iba a vivir y quién iba a morir.

Aquel promontorio no era un lugar cualquiera para los crow. Lo conocían bien, porque tanto aquellas alturas como los terrenos donde pastaban los caballos y se alzaban los tipis habían formado parte de su territorio tradicional (National Park Service, 2025a). Los exploradores crow y los arikara no estaban allí por casualidad, ni por simple obediencia al Ejército de los Estados Unidos. Rivales antiguos, los crow habían visto

cómo los lakotas avanzaban sobre unas tierras que consideraban propias (DeMallie, 1984). Esa enemistad, unida al cálculo político de sobrevivir en un mundo que se desmoronaba a toda velocidad, los llevó a esta situación. Los crow no acudieron al lado de Custer por ingenuidad ni por sumisión automática. Su colaboración con el Ejército respondía a una lógica política propia, marcada por décadas de conflicto con lakotas, cheyennes y arapahoes. En el Memorial Indio de Little Bighorn, la voz atribuida a «Plenty of Coups» resume esa decisión con una claridad desarmante:

«Nuestros jefes principales vieron que ayudar a los hombres blancos a combatir a sus enemigos, que también eran los nuestros, los convertiría en nuestros amigos. Siempre habíamos combatido contra las tres tribus: lakotas, cheyennes y arapahoes... Tomamos nuestra decisión... porque vimos claramente que ese camino era el único que podía salvar para nosotros nuestro hermoso país» (Chief Plenty Coups, crow, citado en el Memorial Indio de Little Bighorn<sup>1</sup>).

Por eso, aquella mañana de junio, algunos de ellos cabalgaban bajo las órdenes de George Armstrong Custer, el impetuoso oficial que había ganado fama durante la Guerra Civil y que ahora avanzaba hacia el Little Bighorn al frente del Séptimo de Caballería (Ambrose, 1996). Llevaban buscando a estos hostiles desde comienzos de año, y los exploradores no estaban viendo una simple manada. Ante ellos se extendía la huella viva de un campamento gigantesco: entre doce y veinte mil caballos, más de un millar de tipis y quizá entre siete y ocho mil personas agrupadas junto al Little Bighorn (PBS, 2012). De ellas, alrededor de dos mil eran guerreros capaces de montar, disparar y desaparecer entre el polvo antes de que un oficial terminara de dar una simple orden de ataque (National Park Service, s. f.; PBS, 2012).

El viajero piensa que pocas veces ha podido estar más equivocado un general en sus planteamientos tácticos...

No eran solo siux los reunidos allí abajo. Era una inmensa concentración de pueblos de las llanuras: lakotas —entre ellos hunkpapas, oglalas, miniconjous, itazipcos y sihasapas—, cheyennes, dakotas y algunos arapahos, reunidos junto al Little Bighorn (conocido como «Greasy Grass», «hierba grasienta» por la nación crow) en una de las mayores acampadas indígenas documentadas en las Grandes Llanuras (National Park Service, 2025a). El poblado se extendía en la zona interna de varios meandros a lo largo de 5 km, estando así defendido en uno de sus flancos por la corriente de agua, y embolsando terreno suficiente para que la gigantesca manada pastara en semilibertad.

Entre los nombres más recordados estaban Toro Sentado, líder hunkpapa lakota y figura espiritual de enorme prestigio; Caballo Loco, guerrero, pero, sobre todo, líder espiritual oglala lakota; Gall, también hunkpapa, uno de los jefes de guerra más activos durante la batalla, y hermano pequeño adoptivo de Toro Sentado; y destacados combatientes cheyennes como Wooden Leg, Two Moons y Lame White Man (Utley,

---

<sup>1</sup> Un «coup» era un desafío alcanzado en combate, una propuesta de un acto valeroso en la lucha. Generalmente, consistía en tocar al enemigo y salir indemne, ya que consideraban que matarlo era más fácil. Como *plenty* significa 'lleno', el nombre de este guerrero crow, enormemente valorado y designado por aclamación como jefe general, podría ser 'muchas hazañas' o 'muchas muestras de valentía'. Fue el único jefe crow conocido, y después de él nadie ostentó el título de nuevo. Sobrevivió a Little Bighorn.



*Fort Laramie: dormitorios para la caballería*

2004). No formaban un ejército regular, ni seguían una cadena de mando al estilo europeo, pero aquella mañana Custer estaba a punto de descubrir que la ausencia de uniformes no significaba desorden, y que una coalición de pueblos decididos podía convertirse, en cuestión de minutos, en una fuerza militar formidable dotada de un instinto estratégico digno de elogio (National Park Service, 2025b; National Park Service, s. f.).

¿Qué los había llevado hasta allí, qué los aglutinaba? ¿Qué impedía que naciones no demasiado bien avenidas, como cheyennes y siux, o siux y arapahoes, compartieran relatos y una buena pipa a la luz de una lumbre en cientos de tipis? Esta historia, el desastre de Custer, necesita de una introducción para poner los marcos adecuados. Solo así podremos tener —piensa el viajero— una adecuada perspectiva no solo del momento de esta batalla, sino de lo que la misma debe a los hechos precedentes (el karma que unos y otros gestaron —se dice el viajero—), y lo que esto significó a la postre para las Primeras Naciones, o pueblos nativos americanos.

No hay nada que cohesione tanto a un grupo como que se sienta atacado por una fuerza externa, extranjera —se dice el viajero—, y esto es un principio de psicología humana muy conocido y manejado por políticos y líderes de toda clase. Pero vayamos muy al principio.

A finales de 1864, los bravos muchachos de Colorado cambiaron su servicio en el mortal frente de la Guerra de Secesión por un ataque no ya mortal, sino cruel, innecesario, sádico, profanador y vergonzante a una pacífica aldea cheyenne, en la cual los guerreros se encontraban ausentes, de caza, y donde estos desalmados con uniforme descuartizaron a ancianos, mujeres y niños (véanse los artículos «Los pieles rojas, traicionados en Sand Creek: Soldado Azul», I y II, en la revista *Esfinge*, abril y junio de

2021). Los pocos supervivientes, y aquellos que regresaron al lugar de la masacre, optaron por huir despavoridos, derramando a lo largo y ancho de la pradera la noticia de la matanza, efectuada bajo una bandera norteamericana que el propio presidente había regalado a los nativos. Como un incendio de final de verano, la noticia corrió desbocada y, aunque no fuera necesario, probablemente se acrecentó en atrocidad en el trasiego de boca a boca entre los múltiples poblados nativos.

Este acto de guerra (de masacre) sin motivo, sin aviso ni declaración de tal, en un momento de paz acordada y bajo los emblemas estadounidenses, llevó a los indígenas a valorar la palabra del hombre blanco: nula. No podían fiarse de ella; los blancos siempre traicionan sus promesas, y siempre en la misma dirección (Richter, 1992).

Por otro lado, quizás fuera la primera vez que se sintieron un «pueblo», numerosas naciones de nativos americanos unidos bajo un sentimiento de frustración y de venganza, aguijoneados por la necesidad de protegerse unos a otros (Brandon, 1961). Es lo que menciona el viajero al comienzo de este apartado: un grupo se une si se siente atacado. Fue el momento en que ninguna nación expulsó de sus campamentos a un clan que buscara cobijo en ellos, en que ninguna familia negó el *pemmican*<sup>2</sup> a otra que necesitara refugiarse al calor de los tipis. Siendo así, cheyennes del norte y siux hicieron las paces, tras inmemoriales años de suspicacia, y arapahoes convivían con blackfeet y otras tribus como no lo habían hecho nunca antes.

Esta nueva situación se fue cocinando al fuego lento de los hogares nativos, en tipis y hogueras de concilios, durante los encuentros ceremoniales y de caza, para alcanzar el grado óptimo de maduración. Ajenos a todo ello, y tratando de echar tierra encima de la vergonzosa matanza perpetrada por el «ejército» estadounidense en Sand Creek, la historia norteamericana siguió adelante. Cuatro años después de esa carnicería, en 1868, Nube Roja (en lakota, «Mañpiya Lúta»), el caudillo militar más prestigioso de los indios de las llanuras, acababa de ganar una guerra contra los Estados Unidos.

No es un error, como creyó el viajero con once años, cuando lo descubrió en el libro de Brown (1973). El líder de guerra oglala Nube Roja ganó la llamada Guerra de Bozeman o del río Powder, librada entre 1866 y 1868, frente al ejército de los Estados Unidos (Philbrick, 2010). Contra todo pronóstico, el conflicto concluyó de forma victoriosa para los nativos gracias al buen hacer de Nube Roja. Su estrategia consistió en aislar los fuertes que servían de puntos de apoyo y suministro, estrangulando el abastecimiento y convirtiendo una cadena de fuertes a lo largo de las rutas de colonización, en una suerte de islas sitiadas donde la guarnición no podía sino esperar parapetada tras sus muros y empalizadas. En esta situación ya destacó un jovencísimo Caballo Loco, que se especializó en tender trampas a los soldados, a los que hacía salir del fuerte mediante retiradas fingidas, para después emboscarlos y derrotarlos con todo éxito. Nube Roja, a la cabeza de las bandas siux, consiguió así la retirada del ejército estadounidense de sus territorios de caza, y se prohibió de nuevo el paso y el establecimiento de mineros,

---

<sup>2</sup> Comida de reserva ingeniosamente conservada, consistente en carne seca y pulverizada (generalmente de búfalo), mezclada con bayas y frutos secos, y aglutinada con grasa animal. Así no se desperdiciaba la carne sobrante de una cacería, y la degustación de esta pasta, que a los nativos les parecía deliciosa, daba para una buena charla al amor de la lumbre en las tiendas y refugios durante el invierno.



*Fort Laramie: dormitorios de los soldados*

granjeros y ganaderos blancos. El resultado quedó recogido en el Tratado de Fort Laramie de 1868. Victoria nativoamericana, sí, pero demasiado efímera...

La historia se labra en plazos largos, aunque a veces posea giros cortos —reflexiona el viajero—, y esta derrota momentánea y la retirada formal de los norteamericanos fue firmada en papel mojado, como tantos y tantos tratados donde la rúbrica estadounidense valía tanto como el polvo depositado por el tiempo sobre ellos. Los territorios indios, situados cerca de la esquina noroeste del nuevo país, se encontraban en un lugar estratégico para el paso a California y Oregón, para el establecimiento del estado mormón de Utah, y obstaculizaba la codicia desatada por el descubrimiento de nuevas riquezas (Hämäläinen, 2008) en estos mismos territorios.

Era cierto que el Tratado de Fort Laramie (1868) se escribió para poner fin a la Guerra de Nube Roja (Ostler, 2019). Mediante este documento legal, de hecho, se fundó la Gran Reserva Sioux, garantizando a las tribus el control «absoluto» de los territorios al oeste del río Misuri, incluyendo las sagradas Black Hills (Colinas Negras), y decretando las áreas adyacentes como «territorio indio no cedido» para la caza (Smithsonian Magazine, 2018). Pero la historia no se detiene —cree el viajero—, sigue adelante a pesar de dramas y crueldades, de sombras... y también de luces, que se acaban apagando inexorablemente, o que se sustituyen por otras más luminosas.

La presión demográfica de los Estados orientales de Estados Unidos era imparable, y el modelo nativo de forma de vida no podía competir con el occidental de consumir más para producir más, con lo que seguir consumiendo más a más velocidad. En definitiva, hay quien ha planteado esto como un choque de civilizaciones en sentido estricto —piensa el viajero—, como dos formas radicalmente enfrentadas de concebir la vida y, lo que es más fundamental, «vivir» la vida. Una estaba destinada a desaparecer. El viajero se niega

a incluir términos manidos y desprovistos de significado en este contexto, como «pacífico», «ecológico» o «lleno de sabiduría», porque sabe que de todo hubo en la viña del Señor, y los nativos americanos también combatieron con ferocidad entre ellos<sup>3</sup>; causaron disturbios ecológicos, como las cacerías de bisontes, que antes de la llegada del caballo español<sup>4</sup>, se realizaban despeñando manadas enteras por acantilados<sup>5</sup>; y otros ejemplos parecidos que no abundan en el perfil clásico del «buen salvaje» de películas. Es cierto que todas las Primeras Naciones, como ellos prefieren ser denominados, poseían un profundo sentido de la espiritualidad de todo lo que les rodeaba. Pero el hecho —cree el viajero— de que no causaran más impacto en su ambiente era porque su número era escaso, y siendo relativamente pocos estaban integrados en un ecosistema que los admitía en su seno como una especie más, un superdepredador, pero no acaparador (no como el hombre blanco), cuyos valores y objetivos de vida, la forma de contemplar a la naturaleza, los ayudaba a integrarse en ella.

La tormenta perfecta surgió pronto. Por un lado, esta creciente oleada de blancos buscando lo mejor para ellos y sus familias en una tierra de promisión; por otro, el fin de la Guerra Civil, que posibilitó la disponibilidad de numerosos contingentes de soldados experimentados, con equipos modernos<sup>6</sup> y con un buen aprovisionamiento; y, por último, otras razones diversas, pero relacionadas, llevaron al Gobierno norteamericano a obviar lo firmado y plantear la compra de las Black Hills a los siux, el corazón espiritual de las naciones de las llanuras, a lo que los nativos, obviamente, se negaron en redondo<sup>7</sup>.

## ¿Quiénes estaban reunidos junto al Little Bighorn?

Cuando las fuentes hablan de los «siux» reunidos en Little Bighorn, conviene detenerse un momento para comprender quiénes eran esos siux. La palabra *siux*<sup>8</sup> es una etiqueta

---

3 Véanse referencias a los iroqueses (la Confederación Haudenosaunee), que desarrollaron una reputación de crueldad y ferocidad militar rastreable en las crónicas históricas (Morgan, 1851; Richter, 1992). O los comanches, que dominaron las Grandes Llanuras mediante el uso de una violencia sumamente letal y sistemática contra otras tribus (Hämäläinen, 2008). Expulsaron violentamente a sus vecinos apaches mediante masacres, torturas rituales extremas y el secuestro masivo de mujeres y niños (Gwynne, 2010). Esta agresividad no era ciega, sino una estrategia de «guerra psicológica» diseñada para infundir terror absoluto (Smith, 2000).

4 El cinematográfico mustang, palabra que derivada de «mesteño» o «bestia (caballo) de la Mesta» castellana. Al no poseer una «ñ» en su alfabeto, mesteyo se convirtió en *mestegno*, y esta palabra en *mustang*.

5 El «salto de bisontes» («buffalo jumps»), practicado hasta los años entre 1500 y 1850 (Plains Archeological Research, 2024).

6 Dato curioso, el general Alfred Terry, en su rango de comandante en jefe, ofreció formalmente a Custer una batería de ametralladoras Gatling, pero este acertó al rechazar su uso debido a la naturaleza estratégica de la campaña. El propio Custer justificó su decisión ante sus oficiales explicando que estas armas de manivela «podrían entorpecer nuestros movimientos o la marcha en un momento crítico, debido a la inferioridad de los caballos y a la naturaleza difícil del terreno» (HistoryNet a través del historiador Noyes, 2017). Tenía toda la razón en este aspecto logístico particular: las Gatling de la época eran piezas de artillería pesadas montadas sobre inestables carros de madera que, al ser arrastradas por el abrupto terreno de Montana, habrían anulado por completo la velocidad, el sigilo y la autonomía de persecución indispensables para sorprender a una fuerza de combate de alta movilidad como la caballería ligera siux.

7 «Ni un grano de arena le venderé a los blancos», llegó a decir Toro Sentado. Todavía hoy, día en que los nativos han ganado un pleito multibillonario por este incumplimiento de «contrato» (o sea, «Tratado»), los siux no quieren ni oír hablar de este pago incalculable que el Gobierno estadounidense quiere darles, porque lo que ellos le piden es la devolución de sus tierras ancestrales.

8 Los tramperos y exploradores franceses del siglo XVII escucharon a los nativos ojibwe (enemigos tradicionales de la confederación «Oceti Sakowin», «Siete Fuegos», el nombre que los siux se daban a sí mismos como nación de naciones) referirse a ellos como Nadouessioux (una variante de «naatowesiw», que significa ‘serpiente’ o ‘enemigo’). El término se acortó con el tiempo en siux, y Hollywood hizo el resto, popularizando esta palabra.



*Fort Laramie: despacho del comandante*

amplia, usada con frecuencia por la documentación estadounidense, pero no designa un pueblo único, homogéneo y compacto. El viajero comprueba, una vez más, que un damero de creencias, estilos, costumbres y éticas son encajonadas por la pobre mente del hombre blanco cuando se trata de hablar de nativos. Bajo esa denominación se agrupaban pueblos emparentados por lengua, historia y alianzas, pero perfectamente diferenciados entre sí por territorio, identidad política, acervo cultural y trayectorias propias.

Los paneles interpretativos del antiguo campo de batalla, y que ahora dan sentido al National Historic Site, resumen esa complejidad con la expresión «Seven Council Fires of the Sioux», «los Siete Fuegos del Consejo sioux». Esa fórmula alude a tres grandes ramas de estos pueblos: los lakotas o teton, situados más al oeste; los nakotas o yankton, de posición intermedia; y los dakotas o santee, más orientales. Dentro de los lakotas se incluían grupos como los sicangu o brulé, oglala, hunkpapa, minneconjou, sihasapa o blackfeet, oohenumpa o two kettle, e itazipo o sans arc. Los nakotas comprendían a los yankton y yanktonais, mientras que los dakotas reunían a los mdewakanton, wahpekute, wahpeton y sisseton.

Ahora bien, en Little Bighorn no estaban reunidos todos esos pueblos por igual. El núcleo principal del gran campamento lo formaban bandas lakotas de las llanuras del norte, especialmente hunkpapas, oglalas, minneconjous, sans arc o itazipcos, sihasapas y otros grupos próximos. Todos habían llegado allí, recordémoslo, por la insensata orden de confinamiento en reservas, sus términos, el momento invernal en el que fue dictada, y el poco tiempo dado para su ejecución; lo cual provocó lo contrario de lo buscado, es decir, los indios no se encerraron voluntariamente (nadie en su sano juicio lo haría), sino que se dispersaron más numerosa y ampliamente.

No se trataba de un ejército en marcha, sino de una gran concentración estacional de familias, tipis, caballos, ancianos, mujeres, niños, cazadores, líderes espirituales y guerreros. Básicamente estaban allí para cazar, en sus tierras, cedidas «a perpetuidad», y de manera legal. Esa es una de las claves para entender el error de Custer: desde lejos podía parecer solo un campamento más, extenso pero vulnerable a su táctica de rehenes; en realidad era una sociedad entera reunida y, por tanto, capaz de defenderse con una energía inmediata y masiva.

A esa concentración lakota se unieron también cheyennes del norte. Tampoco ellos formaban un bloque simple. Su organización incluía sociedades militares o místico-guerreras con funciones de superación individual, prestigio, disciplina, defensa colectiva, sacrificio y liderazgo en combate. Estas sociedades servían también para reforzar los vínculos entre los miembros de la tribu. Entre ellas figuraban los Chief Soldiers, Kit Fox Soldiers, Elk Horn Scrapers, Dog Soldiers, Crazy Dog Soldiers y Bowstring Soldiers. En los paneles del Memorial Indio aparecen identificados como Tsé tséhestâhese, «la gente como nosotros», y Sota'aeo'e, «la gente que quedó atrás»<sup>9</sup>. Por ejemplo, los Dog Soldiers cheyennes actuaban como una especie de policía y eran responsables de velar por el bienestar de su pueblo, aun a costa de las propias vidas. Todo joven nativo solía pertenecer a una de estas sociedades, y no es de extrañar que durante la batalla de Little Bighorn, la edad media de un guerrero era aproximadamente de veintidós años.

Junto a lakotas y cheyennes participaron además algunos arapahoes, cuya presencia fue menor en número, pero significativa dentro de la coalición indígena. El memorial los recuerda como Hinono'eino', «Pueblo del Cielo Azul», e incluye entre los nombres arapahoes asociados a la batalla a Yellow Eagle, Yellow Fly, Well Knowing One, Waterman y Left Hand.

El Memorial Indio de Little Bighorn no recuerda la batalla únicamente mediante nombres, fechas o monumentos funerarios. También incorpora las voces atribuidas a algunos de sus protagonistas indígenas, y esas frases permiten acercarse al combate desde dentro: no como una maniobra abstracta sobre un mapa, sino como una experiencia de velocidad, cerco, valor y aniquilación. Lame White Man, cheyenne del sur, habría lanzado una llamada directa al ataque: «Venid, podemos matarlos a todos». Two Moons, cheyenne del norte, describió la acción con una imagen circular y casi hidráulica: «Los rodeamos por todas partes, girando como el agua alrededor de una piedra». Low Dog, oglala lakota, recordó la irrupción del 7.º de Caballería con una mezcla de sorpresa y respeto hacia el enemigo: «Cayeron sobre nosotros como un rayo... Nunca antes ni después vi hombres tan valientes y sin miedo como aquellos guerreros blancos». Red Horse, minneconjou lakota, resumió el desenlace con una sequedad

---

<sup>9</sup> En concreto, las sociedades guerreras cheyenes que menciona el Memorial son:

- Vêhonenotâxeo'o — Chief Soldiers / Soldados Jefes:
- Vóhkêshétanéo'o — Kit Fox Soldiers / Soldados Crías de Zorro.
- Hemo'eoxeso — Elk Horn Scrapers / Soldados Raspadores de Cuerno de Wapití.
- Hotamétanéo'o — Dog Soldiers / Soldados Perro.
- Hotamêmasêhâo'o — Crazy Dog Soldiers / Soldados Perro Loco.
- Hêma'tanóohese — Bowstring Soldiers / Soldados de la Cuerda del Arco



*Artillería de campaña para la guerra en las Grandes Llanuras y presente en Fort Laramie*

terrible: «No se tomaron prisioneros. Todos fueron muertos; no quedó ninguno vivo ni siquiera durante unos minutos».

Estas frases, reunidas en el memorial, no suavizan la violencia del enfrentamiento. Al contrario: lo muestran como lo percibieron quienes participaron en él. Para unos fue una defensa del campamento; para otros, un ataque que se volvió imposible de sostener. Pero en todos los testimonios aparece la misma idea: una vez iniciado el combate, la batalla dejó de ser una operación militar dirigida desde arriba y se convirtió en una reacción colectiva, envolvente y feroz, en la que el 7.º de Caballería fue absorbido por una fuerza indígena mucho más numerosa, móvil y decidida de lo que Custer había imaginado.

Por eso, llamar a aquel campamento simplemente «el poblado sioux» resulta cómodo, pero insuficiente. Lo que Custer tenía ante sí era una gran reunión intertribal de las llanuras: lakotas, cheyennes del norte y arapahoes unidos por una misma amenaza inmediata. No compartían necesariamente una estructura política única ni una cadena de mando comparable a la de un ejército regular, pero sí una red de parentescos, alianzas, sociedades guerreras, liderazgo espiritual y experiencia militar acumulada. Esa combinación explica que, cuando el 7.º de Caballería apareció en el valle, la respuesta indígena pudiera organizarse con rapidez extraordinaria. Custer no se enfrentaba a una multitud dispersa, sino a una comunidad armada, móvil, motivada y capaz de convertir la defensa del campamento en una fuerza militar formidable.

Esas «otras razones diversas» incluyen a uno de los protagonistas de esta historia: el teniente coronel George Armstrong Custer (1839-1876).

### **Fuentes utilizadas**

(Enumeradas con detalle en la versión web de este artículo).

# El general CUSTER: murieron con las botas puestas (II)

*José Manuel Escobero*

*Útiles originales de la minería del oro. Crisoles para averiguar el porcentaje de oro de una muestra*

## «Cabellos Largos»<sup>1</sup> George Armstrong Custer

La valoración de Custer ha variado enormemente a lo largo del tiempo en Estados Unidos. Tras la derrota de Little Bighorn, Elizabeth «Libbie» Bacon Custer, su esposa, dedicó buena parte de su larga viudez a defender la memoria de su marido mediante libros, conferencias y una intensa labor pública de reivindicación (Custer, 1885; Texas State Historical Association, s. f.). Durante décadas, esa imagen contribuyó a consolidar la representación de Custer como héroe romántico y mártir de la expansión hacia el Oeste, una especie de Quijote, según se interpretan algunas fuentes («¡ja!», reivindica el viajero, qué más hubiera querido él...), mientras que la batalla de Little Bighorn fue presentada con frecuencia como una «masacre» cometida por los indígenas contra tropas supuestamente civilizadoras o pacificadoras. Ese perfil heroico aparece, por ejemplo, en la película *Murieron con las botas puestas* (*They Died with Their Boots On*), dirigida por Raoul Walsh en 1941, con Errol Flynn en el papel de Custer y Olivia de Havilland como Libbie Custer (British Film Institute, s. f.). Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo XX, y con especial fuerza desde los años setenta, la historiografía fue revisando esa lectura épica para situar a Custer en un contexto más amplio de expansión colonial, presión militar sobre las naciones indígenas, explotación de recursos e incumplimiento reiterado de tratados y acuerdos con las Primeras Naciones, los propietarios lícitos del territorio (Connell, 1984; Philbrick, 2010).

En la actualidad, la interpretación dominante de Little Bighorn ha dejado de presentar la muerte de Custer como una simple gesta heroica y la sitúa dentro del proceso de ocupación de territorios reconocidos a los lakota por el Tratado de Fort Laramie de

<sup>1</sup> En idioma lakota, «Pahuska / Pahaska», con ese mismo sentido: 'el de la larga cabellera' (National Park Service, 2025).

1868. Dicho tratado reservaba las Black Hills y otros espacios para el «uso y ocupación» de la nación sioux, pero la expedición exploratoria de Custer en 1874 al corazón de estas montañas abrió el camino a una entrada masiva de mineros y colonos que el propio Gobierno estadounidense terminó tolerando o favoreciendo (*National Archives*, 2025; *United States v. Sioux Nation of Indians*, 1980). La revisión simbólica de la «gesta» de Little Bighorn ha llegado incluso al Congreso de los Estados Unidos: el 10 de diciembre de 1991, la Public Law 102-201 sustituyó oficialmente el nombre de *Custer Battlefield National Monument* por *Little Bighorn Battlefield National Monument* y autorizó la creación de un memorial dedicado a los combatientes indígenas (qué menos, ¿verdad?). United States Congress, 1991; National Park Service, 2025). La batalla sigue estudiándose, pero cada vez menos como el sacrificio glorioso de un héroe nacional y más como un caso complejo de mala inteligencia, exceso de confianza, errores de mando y choque entre memoria militar, propaganda patriótica y resistencia indígena (U. S. Army University Press, 2020). En ese sentido, la campaña de Libbie Custer fue muy eficaz durante décadas, pero no logró fijar definitivamente la imagen heroica de su marido frente a la revisión historiográfica posterior.

La falta de autodisciplina y el desprecio por la autoridad ya se habían manifestado en Custer antes de que pisara por primera vez un campo de batalla. En la Academia Militar de West Point se recuerdan pocos cadetes que acumularan tal cantidad de amonestaciones de conducta, casi siempre motivadas por su inmadurez, sus bromas pesadas y su tendencia a desafiar la disciplina. Según la cifra recogida por Willey y Scott, Custer llegó a acumular 726 deméritos durante su etapa como cadete en West Point, una cantidad cercana al récord histórico de la academia (Willey & Scott, 1999). En junio de 1861 se graduó el último de su promoción, de treinta y cuatro cadetes, y, solo unos días después, tuvo que enfrentarse a un consejo de guerra por no detener una pelea mientras ejercía como oficial de día en el cuartel (Utley, 2001; Roland, 2024). A punto de ver arruinada su carrera militar antes incluso de haberla comenzado, el estallido de la Guerra Civil jugó a su favor y le salvó el futuro: el ejército de la Unión necesitaba urgentemente oficiales libres de destino para enviarlos al frente. Por sus faltas, Custer recibió solamente una reprimenda, no la expulsión (National Park Service, 2024; Roland, 2024).

Aquella temeridad, sin embargo, se transformó durante el combate en una virtud militar tan brillante como peligrosa. Sus dotes de improvisación, su agresividad táctica y su capacidad de liderazgo bajo fuego real destacaron muy pronto, aunque todas ellas estaban sostenidas por un ego colosal y por un deseo casi insaciable de notoriedad, ante el cual estaba decidido a sacrificarlo todo (Urwin, 1990; Utley, 2001). Custer comprendió también el valor teatral de la guerra en una época en la que la prensa empezaba a seguir con atención las campañas militares. Idolatrando su propia imagen pública, llegó a diseñar un uniforme no reglamentario, bastante peculiar, con chaquetas llamativas, bordados, flecos, sombrero de ala ancha y una apariencia cuidadosamente escenográfica (Mueller, 2020). No era solo vanidad: como han señalado algunos autores, esa indumentaria hacía que sus hombres pudieran identificarlo a distancia en pleno combate, del mismo modo que otros grandes caudillos militares (que Custer seguramente habría estudiado) también utilizaron elementos visuales reconocibles —Julio César con su capa roja, Alejandro Magno con su casco emplumado, Aníbal con

su elefante Surus— para reforzar su presencia en el campo de batalla (Carhart, 2005; Mueller, 2020). Incluso su larga cabellera rubia, que perfumaba con aceite de canela, formaba parte de esa construcción consciente del personaje (Utley, 2001).

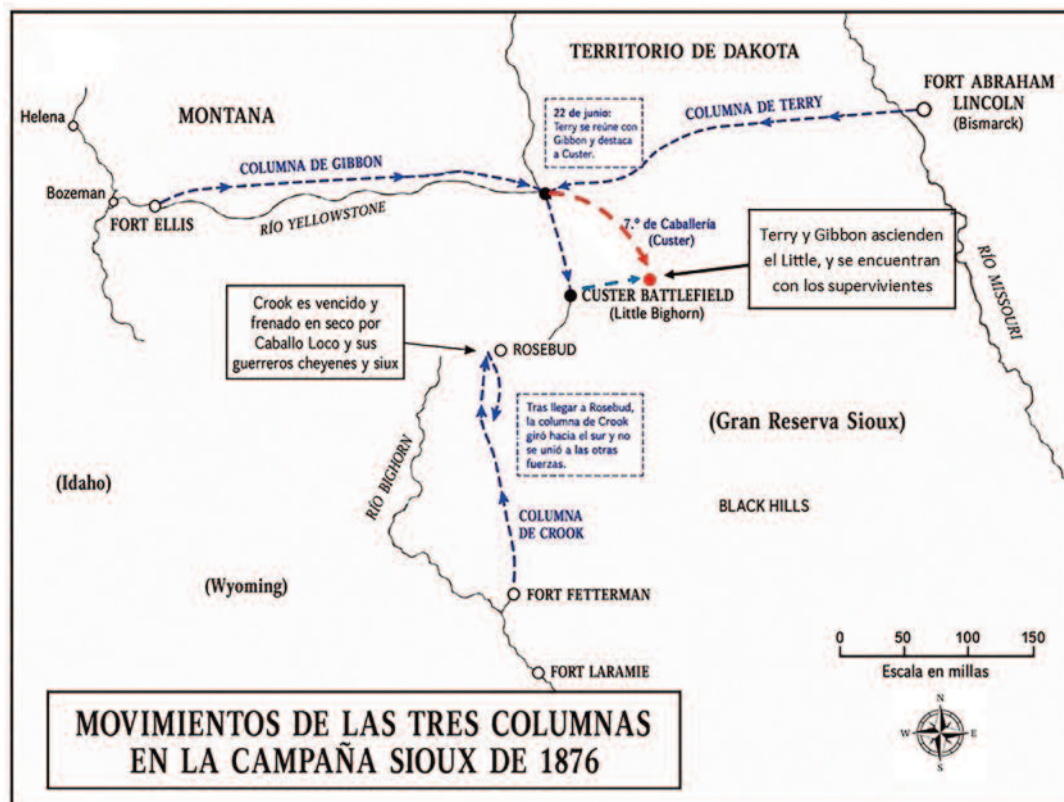
Con solo veintitrés años, Custer pasó directamente de capitán a general de brigada de voluntarios, convirtiéndose en uno de los generales más jóvenes del ejército de la Unión y recibiendo de la prensa el apodo de *The Boy General* (Urwin, 1990; National Park Service, 2024). Apenas tres días después de su ascenso, mandó la Brigada de Michigan en Gettysburg y encabezó una carga de caballería que ayudó a frenar el avance de la caballería confederada del bien bragado J. E. B. Stuart en East Cavalry Field, una acción importante para impedir que el sureño amenazara la retaguardia unionista (Urwin, 1990; Hessler, 2022; Roland, 2024)<sup>2</sup>. Repetidas hazañas como esta hicieron que, durante la Guerra Civil, Custer desarrollara una fe casi ciega en la llamada «suerte de Custer» (*Custer's luck*), expresión que recuerda inevitablemente a la *baraka*<sup>3</sup> de otro personaje de memoria discutible. En numerosas ocasiones le mataron caballos en combate —el National Park Service recoge la cifra de once caballos abatidos bajo él—, mientras que the Boy General apenas sufrió una herida de consideración (National Park Service, 2025; Nelson *et al.*, 2005). Esa sucesión de éxitos, alimentada por audacia, azar y propaganda, fue consolidando en él una mentalidad de invulnerabilidad que terminaría siendo una de sus mayores debilidades: Custer llegó a creer que, tácticamente, la iniciativa extrema y el ataque inmediato podían doblegar casi inevitablemente al enemigo.

En 1865 participó activamente en el acoso final al ejército de Robert E. Lee hasta la rendición confederada en Appomattox (National Park Service, 2024; American Battlefield Trust, s. f.). Tras la guerra, perdió su rango temporal de general de voluntarios y regresó al ejército regular con el grado de capitán, aunque en 1866 fue nombrado teniente coronel del recién creado 7.º Regimiento de Caballería, destinado a las Grandes Llanuras (National Park Service, 2025; Roland, 2024). Para entonces ya se había casado, en febrero de 1864, con Elizabeth «Libbie» Bacon, de la que estuvo profundamente enamorado durante el resto de su vida (Utley, 2001; National Park Service, 2024). Hasta tal punto llegó esa dependencia afectiva que, durante una campaña en Kansas en 1867, Custer abandonó su mando y marchó sin autorización para reunirse con su esposa, episodio que contribuyó a su procesamiento militar (Utley, 2001; Roland, 2024). La corte marcial lo declaró culpable de ausencia sin permiso y de conducta perjudicial para el buen orden y la disciplina militar, además de otros cargos relacionados con el trato a desertores y el uso indebido de recursos militares; fue suspendido de empleo y sueldo durante un año (Utley, 2001; Roland, 2024; National Park Service, 2025).

---

2 La idea era hacer coincidir la carga de Stuart contra la retaguardia unionista con una carga frontal de infantería, rompiendo las líneas de suministro norteamericanas y aislando la posición hasta su rendición total. Custer cargó en una muy heterodoxa maniobra contra un contingente mayor y mejor capitaneado, y resultó vencedor a la postre...

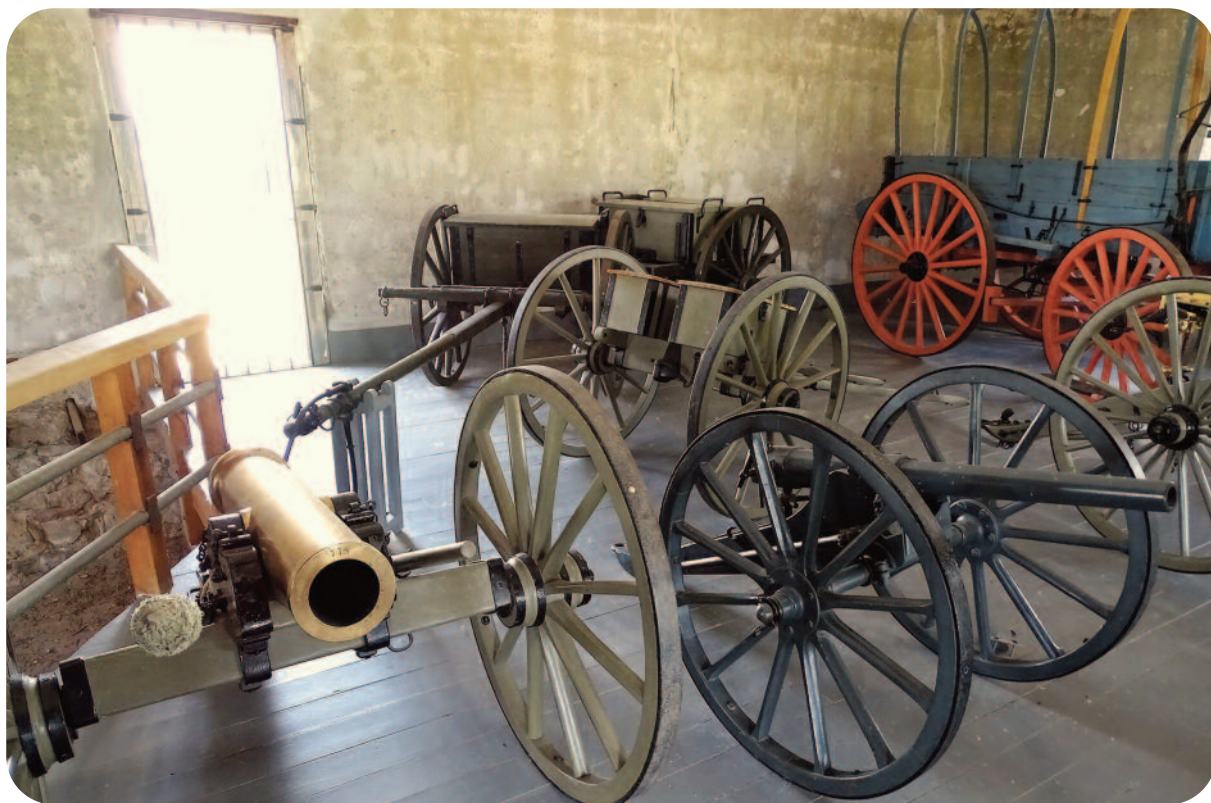
3 El término proviene del árabe marroquí *bāraka*, que significa 'bendición' o 'gracia especial divina'. En el contexto histórico hispano-marroquí, se traduce popularmente como una suerte providencial o inmunidad ante la muerte. El mito de la «baraka» de Franco nació durante las Campañas de Marruecos (Guerra del Rif) entre 1912 y 1926. Los soldados autóctonos pertenecientes a los Regulares y los propios enemigos rifeños comenzaron a esparcir el rumor de que el entonces joven oficial poseía una protección mística. Por supuesto, ni el uno ni el otro general hicieron nada para desmentir esta opinión, usando el fenómeno como estrategia para el combate.



Su viejo protector, el general Philip Sheridan<sup>4</sup>, lo rescató del ostracismo antes de que concluyera la suspensión, porque necesitaba oficiales agresivos para las campañas contra las naciones indígenas de las llanuras (Utley, 2001; Roland, 2024). Custer aplicó entonces una forma de guerra dura contra campamentos indígenas vulnerables, como ocurrió en la polémica batalla —o masacre— del río Washita, el 27 de noviembre de 1868, cuando el 7.º de Caballería atacó el campamento cheyenne de Black Kettle (Greene, 2004; National Park Service, 2018). Allí se combinaron varios de los rasgos que definirían su carrera posterior: ataque por sorpresa, rapidez extrema, división de fuerzas y captura de no combatientes. El National Park Service recoge que cincuenta y tres mujeres y niños fueron apresados y enviados después a Fort Hays, Kansas (National Park Service, 2018). Más que una simple operación militar, Washita mostró la lógica brutal de las campañas de las llanuras: golpear el centro doméstico y logístico de las comunidades indígenas para forzar su sometimiento, destruir su capacidad de resistencia y obligarlas a aceptar las condiciones impuestas por el ejército estadounidense (Greene, 2004; Utley, 2001).

Con esta personalidad a cuestas, Custer fue nombrado comandante de una expedición a las Black Hills (1874), sin permiso de sus legítimos propietarios, es decir, los propios indígenas. El episodio de Little Bighorn no puede entenderse sin esta expedición.

<sup>4</sup> ¿Reconocen ustedes la frase «el único indio bueno es el indio muerto»? Este simpático general es su creador. Según el historiador Dee Brown, en su célebre libro *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*, el jefe comanche Tosahwi se rindió ante Sheridan en Fort Cobb (1869). Al presentarse, el líder indígena le dijo en inglés macarrónico: «Tosahwi, indio bueno». A lo que el general supuestamente respondió: «Los únicos indios buenos que he visto en mi vida estaban muertos». Y se quedó tan pancho. Ambos compartían métodos sumamente brutales en la frontera. Custer aplicó rigurosamente las órdenes de guerra total de Sheridan de «destruir campamentos, ejecutar guerreros y capturar mujeres y niños» en enfrentamientos como la batalla del río Washita (Hoig, 1979).



*Artillería de campaña para la guerra en las Grandes Llanuras y presente en Fort Laramie*

## **Custer en las Black Hills**

Aquel territorio había quedado reconocido dentro de la Gran Reserva Sioux por el Tratado de Fort Laramie de 1868, que, como hemos visto anteriormente, garantizaba a los lakota el uso de esas tierras y obligaba al Gobierno estadounidense a protegerlas frente a las incursiones de ciudadanos blancos, incluyendo entre esos ciudadanos a los generales díscolos de cualquier pelaje (Tratado de Fort Laramie, 1868; National Archives, 2025).

A pesar de ello, la expedición militar de Custer entró alegremente en las Black Hills, acompañada por científicos, exploradores, periodistas y... buscadores de oro. Sheridan fue, cómo no, quien autorizó aquella exploración, motivada en último término por el creciente rumor de la presencia de oro en las colinas. Durante la marcha se confirmó, en efecto, la existencia de yacimientos auríferos, y la noticia se extendió con rapidez. A partir de ese momento, el problema dejó de ser estrictamente militar o diplomático: miles de mineros comenzaron a penetrar en un territorio protegido por tratado, en una invasión que el Ejército fue incapaz —o no tuvo nunca verdadera voluntad política— de detener (National Park Service, s. f.; National Archives, 2025).

## **Oro en las Black Hills**

*¡Oro! La expedición de Custer confirma los rumores sobre la existencia de oro en las Black Hills. Por William E. Curtis.*

Este despacho, publicado originalmente en el Chicago Inter-Ocean el 27 de agosto de 1874, fue una de las crónicas periodísticas más influyentes de la expedición de Custer a las Black Hills. Curtis convirtió unas pequeñas partículas extraídas del lecho de French Creek en la promesa de un nuevo El Dorado y transmitió a sus lectores la fiebre que se

había apoderado del campamento. Su importancia histórica reside también en una contradicción que el propio periodista reconoció: aquellas riquezas se encontraban en unas tierras reservadas a los siux por el Tratado de Fort Laramie de 1868, donde los buscadores de oro no podían entrar legalmente. Pese a ello, la difusión nacional de estas noticias despertó una intensa presión popular para abrir las Black Hills a la minería y contribuyó a desencadenar la invasión que precedió a la guerra de 1876 (Curtis, 1874; United States v. Sioux Nation of Indians, 1980).

Nota: una copia fotostática del artículo se conserva en el Custer County 1881 Courthouse Museum, en Custer, Dakota del Sur. En esta traducción se ha mantenido el tono del original, incluidas algunas expresiones y concepciones características de la prensa estadounidense de su tiempo.

Lo llaman un «lavadero de diez dólares», y todo el campamento arde con la fiebre del oro. En despachos y cartas anteriores he hablado ya del descubrimiento, pero entonces el lugar aún no había alcanzado la dignidad suficiente para recibir el nombre de «diggings» —explotación minera—, y solo unas pocas partículas amarillas habían sido extraídas de un puñado de arena. Esta ha sido la primera oportunidad que han tenido nuestros mineros de someter aquel «color» a una prueba verdaderamente seria, y el resultado ha sido abundante. Rascaron el lecho de un arroyo hasta encontrar indicios de oro. Después, con pala y pico, comenzaron a abrir junto a él un hoyo casi tan largo, ancho y profundo como una tumba humana. Desde las mismas raíces de la hierba hacia abajo, todo era «tierra de pago»<sup>5</sup>. Tras lavar una docena o más de bateas, aquellos dos hombres perseverantes —destinados a convertirse en los pioneros de un nuevo estado dorado— regresaron al campamento con un poco de polvo amarillo cuidadosamente envuelto en una hoja arrancada de un viejo libro de cuentas.

El hallazgo fue examinado con el microscopio y sometido a todas las pruebas que la imaginación de mil quinientos expedicionarios excitados fue capaz de proponer. Las superó todas. Lo lavaron con ácido, lo mezclaron con mercurio, lo cortaron, lo masticaron y hasta lo probaron, hasta que todo el mundo quedó convencido y se retiró a dormir soñando con las riquezas de Creso.

Al amanecer, una multitud rodeaba el lavadero, armada con todos los utensilios imaginables. Palas, azadas, picos, hachas, piquetas de tienda, ganchos de cocina, cuchillos Bowie, marmitas, calderos, platos, fuentes, tazas de hojalata y cualquier objeto capaz de arrancar tierra o contenerla fue puesto al servicio de los adoradores de un nuevo dios: el ORO.

Y pocos fueron los que no consiguieron una «muestra»: unas cuantas partículas amarillas adheridas a un glóbulo de mercurio que rodaba indiferentemente entre la arena. Oficiales y soldados, conductores de mulas y científicos quedaron situados de pronto en un mismo plano. El gran igualador de todos ellos era aquel insignificante polvo amarillo.

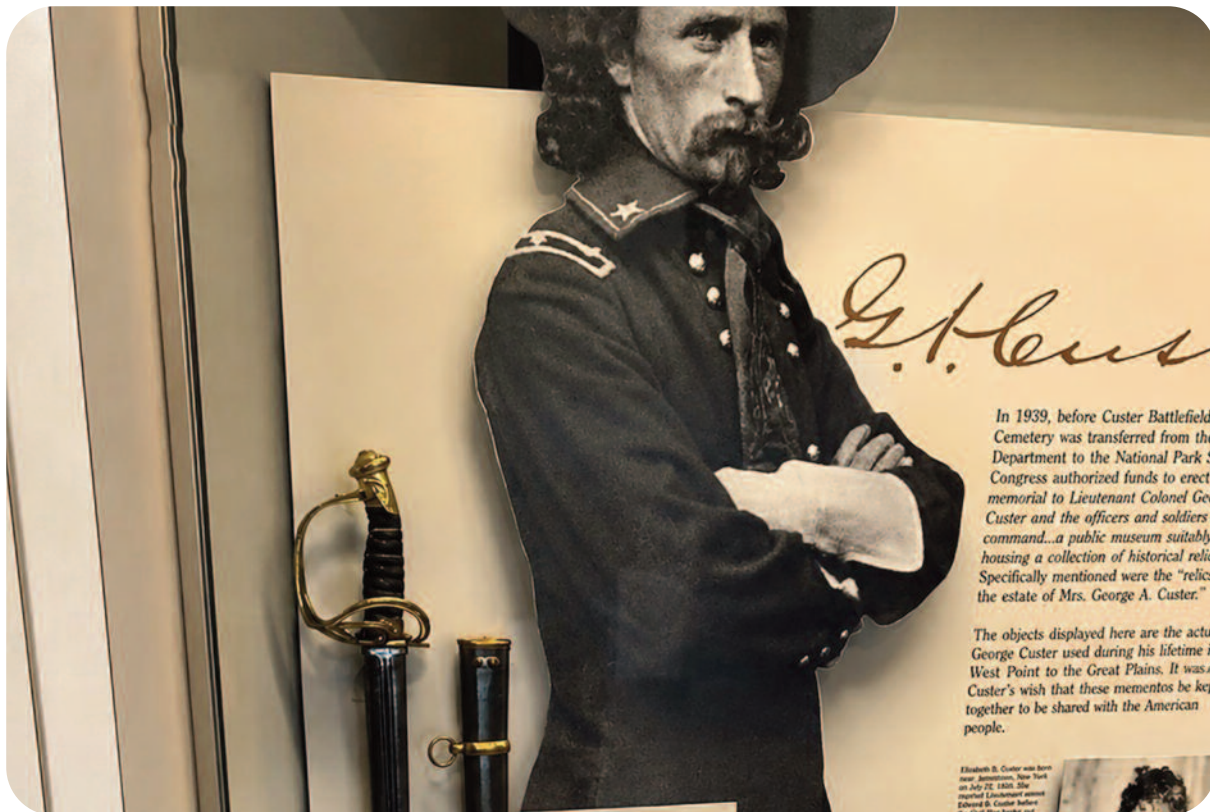
### **Los sueños dorados de Aunt Sally**

La participante más entusiasmada en aquella carrera tras la fortuna era Tía Sally, la cocinera negra<sup>6</sup> del proveedor del campamento: una enorme montaña de carne oscura y, como ella

---

<sup>5</sup> Esta frase, mal leída y con el ansia de querer saber más del oro de las Black Hills, es la que degeneró en la idea de que había tanto, que si arrancabas la hierba, ésta traía engarzadas en sus raíces abundantes pepitas de oro, por lo que no hacía falta ni cavar.

<sup>6</sup> Perdonen el lenguaje, pero el viajero prefiere conservar el texto lo más fiel al original, a pesar de las incorrecciones.



*Espada capturada por «The Boy General»*

misma repetía con frecuencia, «la única mujer no blanca que había contemplado jamás las Black Hills».

Era una antigua fronteriza, por así decirlo. Había recorrido el Misuri arriba y abajo desde que sus aguas turbias fueron hendidas por la rueda de paletas de un barco de vapor. Después de reunir una pequeña propiedad, se había establecido en Bismarck con la intención de vivir cómodamente.

Un día me explicó sus razones para participar en la expedición:

«El dinero no ha traído a esta criatura hasta aquí, ahora te lo digo. Esta no es una negra corriente, te lo digo: no lo es. Ya he terminado de trabajar por dinero, escúchame; y no pillaréis a esta chica cargando comida por estas Black Hills a las que Custer nos ha traído. Yo había oído hablar de estas colinas mucho antes que Custer (...) Ahora hablo en serio. Cuando estaba en el Misuri —cociné en el primer barco que subió por aquel río— tampoco me fue nada mal, os lo digo. Pero quería ver estas Black Hills, y no son más negras que yo. Y yo no soy africana, podéis apostar; no lo soy. No soy del montón; tengo sangre blanca dentro de mí, la tengo, y tengo dinero para demostrarlo. Así es, os lo digo».

Tía Sally esperaba encontrar en las Black Hills, de una manera u otra, algo especialmente relacionado con la gente de color, y quedó terriblemente decepcionada. Sin embargo, el descubrimiento del oro compensó la ausencia de cualquier particularidad de esa naturaleza y se sumó a los acontecimientos con auténtico fervor religioso.

Hablaba de oro incesantemente, desde la mañana hasta la noche. Cuando acomodaba su enorme cuerpo en el pequeño carro preparado para ella y para sus «trastos», soñaba con buscadores de oro y con «todas las cosas buenas que hay en esta tierra; eso es lo que yo creo».

Acudió al arroyo cuando se produjo el hallazgo, «rascó grava», delimitó su propia concesión y anunció que regresaría tan pronto como cualquiera:

### «Ahora me oís bien»

Los mineros siguieron el curso del arroyo durante cierta distancia y encontraron indicios de oro a cada paso, hasta que la veta desapareció bajo una enorme montaña de cuarzo. Las investigaciones posteriores parecieron demostrar la existencia de una franja [de oro] de treinta millas de anchura, hasta donde podía determinarse, que discurría de suroeste a nordeste y comprendía todas aquellas montañas de cuarzo cuya belleza exterior habíamos contemplado con tanta admiración.

«Debajo de ellas tiene que haber oro», afirman los mineros. Los mineralogistas añaden que sería extraño que no lo hubiera, aunque seguramente se encuentra en una forma a la que no podemos llegar. Carecemos de medios para efectuar voladuras o practicar una verdadera explotación minera. No disponemos de pólvora, salvo la contenida en los pequeños casquillos de latón de nuestros cartuchos, y la tierra no entregará sus secretos ante ninguna fuerza menor.

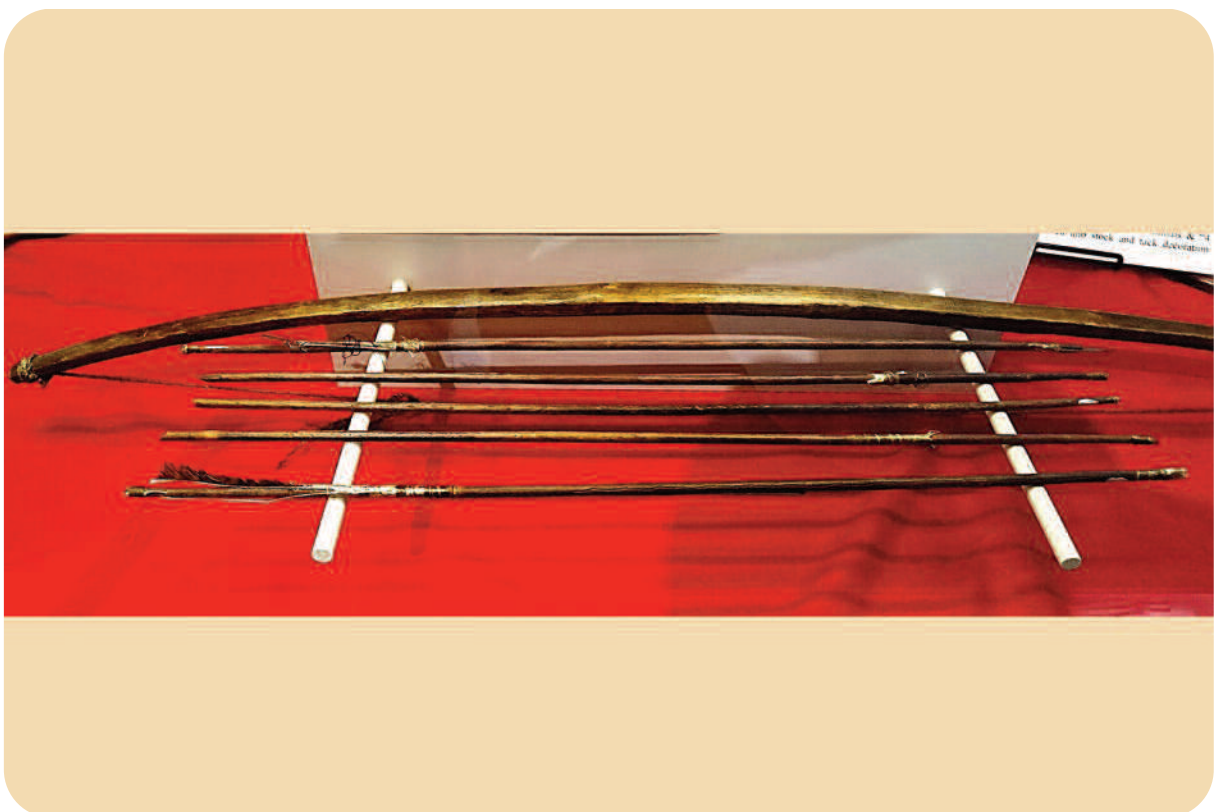
Tampoco tenemos tiempo para intentarlo. Más de la mitad del periodo previsto para la expedición ha transcurrido, la mitad de nuestras raciones se ha consumido y todavía queda mucho territorio por explorar.

Pero la expedición ha resuelto el misterio de las Black Hills y llevará de regreso la noticia de que aquí existe oro en cantidades tan ricas como jamás habíamos soñado. La forma de llegar hasta él aún está por descubrir.

Se encuentra en pleno corazón del territorio siux, dentro de sus terrenos de caza más apreciados, y ellos conservan estas tierras con toda la reverencia sagrada que puede albergar el corazón de un «salvaje».

Nadie puede venir hasta aquí con seguridad ni con derecho legal alguno, mientras continúen vigentes los tratados actuales. La riqueza que hemos descubierto deberá permanecer todavía durante varios años bajo prohibición.

*Arco y flechas atribuidos a Toro Sentado*



Una nube de langostas armadas de pico, pala y ambición —aunque muchos llegaran también impulsados por la necesidad acuciante de sobrevivir— comenzó a colarse en las Black Hills, no por una sola puerta, sino por varios corredores abiertos entre bulos, propaganda tendenciosa de los periódicos, promotores, caminos militares, rutas de carromatos, estaciones ferroviarias y activa condescendencia política. Una de aquellas primeras incursiones ilegales levantó el Gordon Stockade, en la actual Dakota del Sur: un fortín tan ilegal como revelador de lo que estaba por venir (Gevik, 2016; History Nebraska, s. f.; Robinson, 1966).

El Ejército logró expulsar a sus ocupantes en abril de 1875, pero el efecto propagandístico ya estaba hecho: se había demostrado que los civiles podían burlar la vigilancia militar, internarse en un territorio protegido por el Tratado de Fort Laramie y regresar contando que había oro (McDermott, 2001; Robinson, 1966). A partir de entonces, la invasión se hizo menos pintoresca y más logística. Entraron mineros, mercancías y expectativas por numerosas rutas, y muy pronto cobraron fuerza los corredores de Cheyenne y Sidney, apoyados en el ferrocarril de la Union Pacific, las diligencias, los trenes de mulas y los convoyes de abastecimiento (Hall, 1996; McDermott, 2001).

No fue, por tanto, una irrupción espontánea de aventureros, sino una presión civil, comercial y territorial cada vez mejor organizada, que el Gobierno debía contener por tratado, pero que acabó utilizando para desplazar el problema hacia los propios lakota. Piensa el viajero que Sheridan ganó esta partida con semejante estratagema, pues convirtió un problema jurídico y político en una avalancha populista de acciones destinadas a expulsar al indio de su territorio, apoyada por una población cada vez más numerosa que, además, estaba formada por votantes. Claro que había oro en las Black

*Guerrero a caballo exhibiendo sus hazañas*



Hills. Los especuladores de baja ralea lo estaban fabricando para quedarse con él. El suministro a una población creciente es un buen negocio.

El Gobierno no anuló formalmente el tratado desde el principio, sino que lo fue vaciando de contenido. Sabía plantear la situación mediante un magnífico gambito de dama y rematar la partida con un jaque mate de hechos consumados. En teoría, Washington seguía obligado por el Tratado de Fort Laramie, que reconocía aquellas tierras como parte del territorio reservado a la nación sioux y garantizaba su uso y ocupación frente a la entrada de colonos, mineros y especuladores blancos. Sin embargo, la presión de la fiebre del oro alteró la lógica política: en vez de hacer cumplir el tratado y expulsar eficazmente a los intrusos, el Gobierno intentó comprar las Black Hills (Tratado de Fort Laramie, 1868; Clow, 1976; *United States v. Sioux Nation of Indians*, 1980).

Como los lakota rechazaron venderlas, Washington dejó de tratar el asunto como una invasión ilegal de mineros y comenzó a presentarlo como un problema de «indios hostiles» que permanecían fuera de las agencias. Al fracasar la vía de la compra, el problema fue transformado en una cuestión de obediencia indígena y de seguridad militar (Clow, 1976; National Park Service, 2025a; *United States v. Sioux Nation of Indians*, 1980).

El mecanismo elegido fue el ultimátum emitido en diciembre de 1875, por el cual los lakota y otros grupos que se encontraran fuera de las agencias debían presentarse en ellas antes del 31 de enero de 1876. Quienes no lo hicieran serían considerados «hostiles» y quedarían entregados al Departamento de Guerra (U. S. Senate, 1876; National Park Service, 2025a).

La orden, en la práctica, se saltaba el tratado por la vía del arco de triunfo: obligaba a encerrarse en agencias o reservas a pueblos que mantenían una movilidad estacional y unas formas de caza y ocupación territorial que no podían reducirse a un plazo administrativo dictado desde Washington. Además, muchos campamentos se encontraban dispersos en pleno invierno por la región del Powder River, en el sudeste de Montana y el noroeste de Wyoming. Algunos ni siquiera llegaron a conocer la orden a tiempo, y quienes se enteraron tenían por delante distancias enormes que recorrer durante una estación especialmente dura. La exigencia era, por tanto, arbitraria y casi imposible de cumplir (Barrett, 2011; *North Dakota Studies*, s. f.).

A partir de aquella hostilidad fabricada administrativamente, el conflicto pasó a manos del Ejército. El general Philip Sheridan, primero se relamió los bigotes como un gato frente a un cuenco de crema; después, organizó una campaña militar de «convergencia» —pura guerra— para localizar y combatir a los grupos lakota y cheyennes que permanecían fuera de las reservas, con el objetivo oficial de obligarlos a regresar a la Gran Reserva Sioux (National Park Service, 2025a).

Sobre el papel, la idea era elegante: tres columnas debían cerrar el espacio de maniobra indígena. Sobre el terreno, como casi siempre, la geometría militar tuvo que vérselas con la geografía, la distancia, las deficientes comunicaciones y un enemigo que no estaba dispuesto a quedarse quieto para facilitar aquella fantasía de pizarra de Estado Mayor.

Las tres fuerzas quedaron, respectivamente, bajo el mando de: a) el general de brigada George William Crook (1828-1890), comandante del Departamento del Platte; b) el



*Las lápidas señalan los lugares donde se encontraron los cuerpos del 7.º de Caballería*

coronel John Oliver Gibbon (1827-1896), comandante del Distrito de Montana; y c) el general de brigada Alfred Howe Terry (1827-1890), comandante del Departamento de Dakota y responsable de la columna oriental. La dirección estratégica general de la campaña correspondía a Sheridan. Terry se reunió posteriormente con la columna de Gibbon y asumió la dirección de aquella fuerza septentrional conjunta, mientras que Crook operaba de manera independiente desde el sur. Bajo las órdenes de Terry marchaba el 7.º de Caballería, utilizado como principal fuerza de exploración y de choque (National Park Service, 2025a).

### «Indios hostiles»

El resultado fue exactamente el contrario del esperado. Al llegar la primavera, en vez de desmovilizarse e internarse en las reservas, muchos lakotas, realmente ofendidos por la situación, abandonaron para siempre las agencias durante la caza de verano y buscaron a Toro Sentado y a los otros jefes no sometidos, de modo que los campamentos de las praderas crecieron con familias y guerreros lakotas y cheyennes hasta formar la gran concentración indígena que Terry ignoraba que se encontraba junto al Little Bighorn en junio de 1876 (National Park Service, 2025b)<sup>7</sup>. Así, Little Bighorn no fue una aventura aislada ni una simple imprudencia del ejército en general, y de Custer en particular, sino el desenlace militar más desastroso de una crisis provocada por la presión minera, el incumplimiento práctico de tratados destinados a durar «mientras

---

<sup>7</sup> Según estas mismas fuentes, allí podrían haberse reunido 10.000 nativos, de los cuales hasta 2500 guerreros estaban listos para dar la bienvenida al ejército estadounidense. Todos juntos, recordémoslo, juntaron un rebaño de 15.000 ponis indios, fácilmente visibles en la lejanía, e igualmente fáciles de seguir el rastro, algo que de hecho sucedió.

creciera la hierba»<sup>8</sup>, y la conversión de pueblos libres en «hostiles» por vía administrativa.

La cuestión de fondo siguió abierta más de un siglo: en 1980, el Tribunal Supremo de Estados Unidos reconoció que la toma de las Black Hills había generado una obligación de compensación, fijada sobre el valor de 1877 y sus intereses acumulados; sin embargo, la nación sioux rechazó —y sigue rechazando— una reparación puramente económica que no incluya alguna forma de devolución o reparación territorial (*United States v. Sioux Nation of Indians*, 1980; Pommersheim & Drapeaux, 2025). Es decir, el gobierno de Estados Unidos está obligado a pagar el precio justo por las Black Hills, más el interés generado en todos estos años. Los nativos siguen rechazando esta cifra muchimultibillonaria<sup>9</sup>... Más de un siglo después, el propio Tribunal Supremo de Estados Unidos resumiría la cuestión del acantonamiento exprés en reservas con una frase demoledora: «Dada la dureza del invierno, era imposible cumplir estas instrucciones»<sup>10</sup> (*United States v. Sioux Nation of Indians*, 1980).

Desde la perspectiva lakota, aquello no era una rebelión contra Estados Unidos, sino la defensa de un territorio cuya ocupación y uso habían sido reconocidos por... Estados Unidos. Era a todas luces una actitud estatal «okupa», diríamos hoy, una especie de «es tuyo, pero me lo quedo yo». A Toro Sentado se le atribuye una respuesta que resume bien esa posición: «no estoy en guerra con ellos» (Garland, 1923). En otro pasaje del mismo relato, al discutir con el coronel Nelson A. Miles, Toro Sentado insiste en la misma idea: «No he declarado la guerra a Washington», aunque advirtió clarísimamente que pelearía de ser empujado contra la pared (Garland, 1923).

---

8 La célebre promesa de que los tratados durarían «mientras creciera la hierba y corrieran las aguas» no procede del Tratado de Fort Laramie, sino de una fórmula diplomática muy extendida en las relaciones entre los pueblos indígenas y las potencias coloniales, después heredada por Estados Unidos. Andrew Jackson la utilizó de forma explícita el 23 de marzo de 1829, cuando aseguró a los creek que, si aceptaban trasladarse al oeste del Misisipi, ellos y sus hijos podrían vivir allí «as long as the grass grows or the water runs», una promesa de permanencia que la política posterior de remoción indígena desmentiría cruelmente (Jackson, 1829). También hay antecedentes anteriores: en el Tratado de Fort Stanwix de 1768, todavía bajo autoridad británica, aparece una fórmula muy parecida: «so long as Grass shall grow or waters run» («mientras crezca la hierba o corran las aguas»). Y en un tratado estadounidense posterior con los creek, de 1863, la fórmula aparece de nuevo: «so long as grass grows and water runs». Para acceder a todos los tratados firmados por los Estados Unidos y las Primeras Naciones, se puede acceder a la página web «Tribal Treaties Database» de la Oklahoma State University (<https://treaties.okstate.edu/> y <https://treaties.okstate.edu/treaties>). Como complemento, accedan a <https://www.archives.gov/research/native-americans/treaties>, y su índice de tratados digitalizados: <https://www.archives.gov/research/native-americans/treaties/catalog-links>

9 Si se le pide a la IA el ejercicio de calcular ese precio, y los intereses compuestos, se superan con facilidad los 1500 millones de dólares.

10 «Given the severity of the winter, compliance with these instructions was impossible».

